

Luis Fayad

Cuentos reunidos

Los sonidos del fuego Olor de lluvia



Una lección de la vida

Luis Fayad

nació en Bogotá en 1945. Estudió sociología en la Universidad Nacional a principios de los años setenta. En 1975 viajó a Europa y ha residido desde entonces en París, Estocolmo, España (Barcelona y Santa Cruz de La Palma, Canarias) y Berlín. Además de la literatura ejerce el periodismo, la docencia y la traducción.

Luis Fayad

Cuentos reunidos

Los sonidos del fuego Olor de lluvia

Una lección de la vida

Luis Fayad

Cuentos reunidos

Los sonidos del fuego

Olor de lluvia

Una lección de la vida

APANGO EDITORES

© Luis Fayad, 2008

© Arango Editores Ltda., 2008

arango@editoresttryalioo.com

C11 18 No. 68D-61

Bogotá, Colombia

ISBN: 978-958-27-0068-3

Preparación editorial:

Arango Editores

Diseño de carátula:

Camilo Umaña

Impresión y encuadernación:

Nomos Impresores

Impreso en Colombia

Printed in Colombia

LOS SONIDOS DEL FUEGO
(1968)

Los momentos del verano

El recalcitrante vehículo rodaba como un bólido sobre la carretera destapada y lanzaba de sus llantas enormes nubes de polvo. Todas las ventanillas estaban cerradas excepto la que correspondía al asiento de Mateo. Una señora que iba atrás le tocó el hombro y le hizo una seña. El apartó un momento las manos de la caja que llevaba en las rodillas, subió el vidrio y volvió a ceñir la caja de cartón con los dedos. El sol calentaba el techo del bus y transmitía el calor sobre las cabezas. Mateo era cómo pasaban corriendo por su lado los árboles, los montecitos cubiertos de hierba alta, las mujeres que se acercaban con cántaros a los aljibes, los hombres que levantaban el azadón para descargarlo luego sobre la tierra, y las casitas de bahareque cubiertas con láminas de zinc. Las gotas de sudor se deslizaban desde su frente a las mejillas y después caían dejando pequeñas manchas sobre su camisa a cuadros rojos, azules y verdes. Una mosca empezó a revolotearle delante del rostro y cuando él la palpeó con la mano se lanzó al interior de la caja por uno de sus agujeros. El gato maulló, se revolvió y Mateo creyó oír cómo se relamía. El sudor le salía a borbotones de la frente y él sacó a ciñuelo y se lo pasó por la cara. El ronroneo del bus se hacía cada vez mayor y sus frenos chirriaban únicamente cuando se encontraba con una curva en forma de herradura. El asfixiante calor bajaba con más peso y el muchacho volvió a sacar el pañuelo y se restregó la nuca. Miró por uno de los agujeros de la caja y se encontró con dos ruedas rutilantes de color verde. Antes de iniciar el viaje su madre le dijo: “Ahora sí nos quedamos sin nada, vamos a vender hasta el gato, ve adonde doña Rosario y pídele veinte pesos para que te dé quince”. Hizo ademán de abrir la ventanilla, pero la señora que iba atrás le tocó el hombro y él volteó la cabeza y se encontró con un rostro enjuto y lleno de arrugas que se movía negativamente. No hizo caso y bajó el vidrio. Su padre había muerto la noche

anterior y ahora él tenía derecho a todo. El otro golpe en el hombro fue más fuerte pero Mateo continuó mirando los árboles que pasaban corriendo. La señora lanzó una exclamación y dijo:

—¿Nos quiere hacer comer tierra?

El muchacho la miró por largo rato, le hizo una mueca y cerró la ventanilla.

El bus empezó a frenar cuando se acercaba a un pueblo y lanzó un estrepitoso sonido al detenerse al lado de la plaza. Algunas personas bajaron. El muchacho se levantó para descansar sus nalgas laceradas y se acordó de su madre cuando lo acostaba boca abajo sobre las rodillas para pegarle porque no le resultaba bien un encargo. Depositó la caja en el asiento, bajó y preguntó dónde podía orinar. Regresó y miró por uno de los agujeros para comprobar que el gato permanecía en su sitio. El conductor gritó: “Nos vamos”, y las personas que continuarían el viaje se acomodaron de nuevo en sus asientos. El bus comenzó a ronronear, salió del pueblo e inició su devoramiento de tramos de carretera velozmente. Las gigantescas nubes de polvo quedaban atrás formando extrañas figuras y las piedras que golpeaban las latas del vehículo imitaban el traqueteo de una ametralladora en plena guerra. Mateo miraba sin parpadear al frente pero sintió que una fuerza le movía la cabeza hacia atrás, adonde estaba la señora de rostro enjuto. “Cara de bruja”, se dijo y permaneció con la vista fija en el muñequito que colgaba del espejo del conductor y

que se bamboleaba rápidamente hasta nublarle los ojos. Mateo los cerraba con fuerza y al abrirlos se encontraba de nuevo con el hombrecito de trapo que parecía burlarse de él.

Sintió que la fuerza se hacía cada vez mayor y por fin tuvo que voltear la cabeza y encontrarse con la cara de bruja. Fue con la rapidez de un relámpago porque luego se asomó a la mañana calurosa y se puso a contar las casitas de bahareque que pasaban a gran velocidad. Después contó los pájaros que cruzaban el aire en bandadas cantando y mostrando sus colores vivos. “Si hubiera traído mi cauchera”, pensó, y se dijo que el gato sería feliz comiéndose todos esos pájaros.

El bus aminoró la velocidad cuando entró en la hilera de casas sucias con techos de paja y adobe, atravesó el puente y Mateo vio abajo la línea platinada de aguas imperturbables que a él le parecieron estancadas, penetró por las casas de ladrillo y materiales de concreto y se detuvo en el marco de la plaza lanzando un estridente lamento completado por un resoplido que quedó vibrando en los tímpanos. El muchacho descendió del vehículo y al poner sus pies calzados con zapatos de caucho sobre la tierra que hervía del calor, creyó que se había metido en una caldera a todo fuego. Soportando las quemaduras del inclemente sol y mientras sus poros arrojaban seguidas gotitas de sudor pegajoso se dirigió a la casa de doña Rosario viuda de Barrientos. Se paró un momento ante la reluciente fachada, sacó el húmedo pañuelo para refregarse el rostro y la nuca y dio unos tímidos golpes en la puerta de color rojo brillante. Abrió una mujer vestida de negro, de carnes mofletudas y ojos enigmáticos, labios gruesos, rectos e insípidos, pelo como cerdas recogido atrás formando un moño abultado y cuello con

pronunciadas arrugas que semejaban abismos.

-Hola, muchacho —dijo con voz seca y vacía.

—Buenos días, doña Rosario —contestó Mateo con voz apagada.

-Mira cómo tienes la camisa -dijo la mujer señalando las manchas de la axila.

-Es que está haciendo mucho calor.

—Eso no tienes que recordármelo. Entra que te vas a enfermar.

Mateo transpuso la puerta y sintió que sobre su rostro congestionado descendía una estela de frescura. Doña Rosario viuda de Barrientes lo contempló minuciosamente.

—¡Cómo has crecido! —dijo, y se dirigió a un montón de cachivaches arrumados sobre una mesa—. Pero estás muy sucio.

Mateo estaba extasiado con la policromía de los objetos y quedó fascinado al ver los enormes y dorados candeleros. “Puro oro”, se dijo. La mujer abrió un escaparate dejando brotar de su interior una capa maloliente. Se agachó volteando sus protuberantes nalgas al muchacho y sacó del armario unas mantas destrozadas por las polillas. Luego extrajo una maceta, unos cuadros, un maletín, un balón, unos vestidos, un paraguas, unas cortinas, una lámpara, varios ceniceros y fue colocando todo sobre la mesa. Mateo agrandó los ojos con estupor. “Van a

llegar al cielo”, se dijo, y lanzó una exclamación. Doña Rosario se volvió a mirarlo y por primera vez vio la caja que sostenía con sus agarrotadas manos.

—¿Qué es eso? —preguntó señalando con el índice.

—Un gato —contestó el muchacho mirando la caja.

La mujer arrugó la frente, se sobó las manos una contra otra, se aproximó a la caja, vio por unos de los agujeros, volvió a retirarse y exclamó:

—¡Un gato!

—Mi mamá lo manda —dijo Mateo- para que usted lo compre.

—¿Y quién le dijo a tu mamá que yo necesitaba un gato?

El muchacho levantó los hombros y esquivó la mirada. La mujer regresó al escaparate y continuó sacando cachivaches.

—¿Cuánto vale? —preguntó sin desatender su labor.

—Veinte pesos —balbuceó Mateo.

La mujer lo miró y dibujó una inexplicable sonrisa. El sintió una lasitud de muerte en todo el cuerpo. Doña Rosario extrajo otra gran cantidad de objetos del armario mientras Mateo se contenía por no llorar y creía que estaba haciendo un esfuerzo sobrehumano.

—Te doy cinco pesos por el gato —dijo la mujer volteando la cabeza por encima del hombro.

El muchacho tragó saliva y quiso abrir los labios. Sintió que no podía contestar, pero las palabras salieron de su boca como figuras ajenas:

—Vale veinte pesos y por último quince —sólo cuando se formó un impresionante silencio se dio cuenta de que había hablado. Doña Rosario hizo temblar como gelatina sus exuberantes carnes y exclamó:

- ¡Ni porque fuera de oro!

—Es un gato fino —se atrevió a decir Mateo.

—Ni porque fuera de oro —repitió la mujer procurando que cada palabra saliera nítida y agregó—: a Rosario viuda de Barrientes no la estafa nadie.

Ante esa reacción Mateo sintió un leve temblor, volvió a tragar saliva, apretó los labios y con el pensamiento le lanzó la caja del gato a la mujer. Ella reanudó su tarea inicial, ejecutó toda clase de artimañas para demostrar indiferencia y se hizo la desentendida a los ojos de Mateo que trataban de persuadirla. El muchacho comprendió el lío en que estaba y cerró los párpados para imaginarse a su madre con un palo entre las manos. Dirigió la mirada por el espacio que dejaba la puerta a medio cerrar y vio que una bandada de pájaros de todos colores bajaba al centro de la plaza, picoteaba la tierra, volvía a

elevarse y volaba hasta formar un punto negro en el cielo y se perdía luego por completo. Creyó que esto auguraba buena suerte y tosió para llamar la atención de doña Rosario.

—Te doy cinco pesos -dijo la mujer depositando un cofrecillo sobre la mesa.

El pensamiento de Mateo dio un vuelco y ya no pudo hilvanar sus ideas. Ante la insólita y desagradable situación sólo pudo decirse que si su padre no hubiera muerto no habría necesidad de vender el gato. Buscó con la mirada un taburete, se sentó, descansó la caja sobre las piernas y pensó que el asunto no era tan grave. Unos golpes en las nalgas se los aguantaba cualquiera.

Miró por largo rato los movimientos que hacía doña Rosario, y luego se asomó por uno de los agujeros de las cajas y se encontró con los dos círculos que destellaban resplandores verdes.

Otra tarde en el pueblo

El fresco y liviano viento del atardecer se introdujo por las estrechas calles del pueblo, se instaló en las casas y disolvió el humo de la carne que se asaba encima de las parrillas. Apoyada sobre el mostrador, Isabel vio cuando el poste de luz encendió su bombilla y los zancudos empezaron a revolotear a su alrededor. Volteó la cabeza por encima del hombro para mirar la cortina que le impedía ver a su hermana y dijo:

-Date prisa con eso, no demoran en llegar los clientes.

Desde el fondo de la trastienda, Ana volvió la cara hacia donde había escuchado la voz, dijo “sí”, continuó aliñando la carne y se puso a pensar en el sol: le decían que era redondo como una naranja y sabía que calentaba hasta quemar, a veces más que la hornilla. Escuchó unos pasos que se acercaban y sintió la adusta presencia de Isabel a su lado. A pesar de estar acostumbrada a ella y de ser dos años mayor que su hermana, la poseía una intranquilidad que convertía su respiración anhelante y sus movimientos se tornaban desmesurados.

-Déjame trabajar sola -dijo—, no me gusta que me miren cuando lo hago.

—Tú no te das cuenta cuando te están mirando.

Ana volteó la cara para situarla frente a la de Isabel. Su pelo, notoriamente arreglado, se movió sobre sus hombros y

sus ojos parecieron llenos de vida.

-Me doy cuenta de todo lo que pasa -dijo.

Isabel hizo “ja”, y se retiró. Las brasas chirriaban y lanzaban con fuerza el humo que se precipitaba como una gran columna, se esparramaba al estrellarse contra el techo y se escapaba por las hendidias. Ana dio unos pasos, precisos, estudiados, se acercó a un armatoste cuyos goznes gimieron al abrir la puerta, extrajo varios platos y luego de limpiarlos con una servilleta y colocarlos sobre una mesa, se paró de nuevo frente a la hornilla.

—Estoy aburrida de este pueblo -dijo Ana-, tengo ganas de irme a otro lugar.

—A ti te da lo mismo estar en cualquier parte —contestó la hermana desde el otro lado.

—Hay lugares mejores que otros.

—A veces no sabes ni dónde estás —dijo Isabel asomándose por la cortina-. Hay noches en que te oigo llamar a mamá.

—Eso es en sueños.

-Y otras en que dices que quieres ir a la escuela y otras en que gritas groserías.

—Eso también es en sueños, tú lo sabes muy bien.

—No tienes por qué ponerte brava. Si no quieres hablar,

no hablamos -dejó caer la cortina y regresó al mostrador.

Luego se oyó el silbido que Ana había estado esperando y la voz de su hermana que siempre lo seguía:

—Tengo que salir un momento.

—Siempre sales cuando van a llegar los clientes.

-Ya no debería darte miedo cuando te quedas sola, nadie volverá a atreverse contigo.

—Eso ya no me importa.

—Voy a cerrar—dijo Isabel—, si golpea alguien dile que vuelva dentro de un rato, no me demoro.

—Salió y cerró la puerta.

El chirriar disminuido de las brasas le anunció a Ana que iban a sucumbir, y ella las azuzó con una lata hasta cuando el calor que brotaba de la hornilla encendió su rostro. Se sentó en un taburete, volvió a echar viento con la lata y empezó a respirar profundo, de manera que la ceniza que flotaba en el aire fue atraída tumultuosamente hacia su nariz, haciéndola toser y produciéndole asfixia, dibujando la imagen borrosa de su hermana cuando se acercaba con sigilo para que no la oyera y le restregaba la mano llena de ceniza por la cara, luego venía el ardor en los labios y la sensación de náusea, el llanto, las risas, y los gritos de la madre, y el bulto encima babeándole la cara y los gritos de insulto de la hermana. Las figuras quisieron continuar martillando tenazmente, pero Ana se incorporó con

agilidad y su cuerpo, que había adquirido una gran tensión, se aflojó y su respiración logró tomar un ritmo acompasado. Se paró junto a la hornilla con los brazos descolgados y la cabeza erguida, sin moverse, como una estatua levantada al silencio, repitiendo incesantemente las palabras lejanas de la madre: “Eres hermosa, te digo que eres más hermosa que tu hermana”, diciéndose que algún día se oiría un silbido cerca de la tienda y que ya no sería su hermana la que saldría, sino que sería ella, que diría “voy a salir, alguien me espera, no sé si regrese”. Escuchó el mortificante sonido de la puerta al abrirse, giró un poco todo su cuerpo para quedar de cara a la cortina, permaneció así un buen rato como si verdaderamente estuviera viendo, deformó los labios para que apareciera una expresión desafiante, se adelantó dos pasos, esperó con ansia y decisión que la respiración entrecortada de su hermana se hiciera presente, y dijo:

-Estoy aburrida en este pueblo, quiero irme a otra parte, tú lo sabes muy bien, por qué te empeñas en que nos quedemos aquí.

—No tenemos tiempo de hablar, apúrale que se nos está haciendo tarde -dijo Isabel pasándose las manos por el pelo y regresando a la tienda.

Lentamente, Ana dio media vuelta, volvió a pararse junto a la hornilla, ordenó sobre los platos la carne asada y luego escuchó que empezaban a llegar los primeros clientes.

Esperando el amanecer

—¿Sí oyes?

- ¿Qué?

-Están abriendo la puerta.

—Es el gato afilándose las uñas.

—Es un ladrón.

—Te digo que es el gato.

—¿Cómo sabes?

—Un ladrón no haría tanto ruido.

Entonces el hombre pensó que el gato tampoco haría tanto ruido afilándose las uñas, pero no dijo nada. Se volteó hacia la mujer haciendo chirriar la cama y se quedó mirándola tratando de descubrir entre la semioscuridad los rasgos de su rostro, unos ojos sostenidos por varias arrugas y protegidos por unos párpados a medio cerrar, unos pómulos que resaltaban ante las mejillas chupadas, y unas líneas en la frente, profundas y paralelas. La delgada cobija que los cubría copiaba sus cuerpos dibujándolos como caricaturas borrosas, como una mancha que se ha puesto para suprimir algo. En el cuarto flotaba un calor leve pero pegajoso, residuo de un día en que el sol hizo vibrar las casas y obligó a sus habitantes a prolongar la siesta. Los dos cuerpos, escondidos bajo la cobija, transpiraban

incesantemente, como una mutua identificación. Y parecía que volvían a sumergirse cada uno en sus pensamientos, cuando el hombre habló: “¿Y si no es el gato?”, preguntó despreocupado, mezclando su voz con una tufarada de ron.

—Es el diablo -contestó ella levantando los hombros.

- ¿Tú crees en el diablo?

La mujer soltó una carcajada y volvió la cara para mirarlo mientras continuaba riendo.

- ¿No crees? -preguntó el hombre, casi como una afirmación.

—Claro que creo, todo el mundo cree en el diablo.

El hombre empezó a mover negativamente la cabeza: “Yo no creo”, dijo sin suspender el movimiento. La mujer dejó de reír y lo miró con curiosidad: “Los que no creen se van para el infierno”, dijo agrandando los ojos.

—Tampoco creo en el infierno.

Ella agitó delante de su rostro el dedo índice y sentenció: “Más rápido te irás para allá”.

—Mejor: el cielo debe ser muy aburrido.

—Es el paraíso.

—Solo van los santos y los santos son muy aburridos
—dijo el hombre levantando la voz para ser más convincente.

-Ja, ja -hizo ella.

- ¿De qué te ríes? —preguntó él arrugando la cara.

—Tú puedes ser un santo y no eres aburrido.

El hombre estiró el brazo para alcanzar el paquete de cigarrillos y la caja de fósforos que estaban en el suelo. Irguió un poco la cabeza para encender el cigarrillo que colgaba ahora de sus labios y mientras la llama del fósforo mostraba débilmente lo que había permanecido invisible: un armario corroído, una mesa donde descansaban varios frascos de cremas, perfumes y remedios, unas paredes desnudas que muchos hombres habían visto desde donde miraba ahora él, un gato agazapado en un rincón, una tropa de zancudos revoloteando en torno a la cama y arriba de la cabecera de ésta un cuadro de la Virgen del Carmen, y mientras también el fósforo escrutaba sombríamente sus rostros brillantes por el sudor, dijo: “No me gustan tus chistes, son muy pendejos”.

—Lo digo en serio -dijo la mujer en el instante en que él reclinaba nuevamente la cabeza sobre la almohada—, tú no puedes saber si no eres un santo.

-Un santo no se acostaría contigo.

-Entre todos los que viven en el pueblo debe haber un santo.

—Un santo no viviría en este pueblo.

—¿Qué tiene este pueblo de malo?

El hombre, apoyando su respuesta con un continuo movimiento de manos como si quisiera dibujarla, lanzó una bocanada de humo y dijo: “Todo es malo, parece que todos estuvieran muertos como si fuera un pueblo de fantasmas, a veces camina uno y no se da cuenta ni por dónde va”.

-Eso es cierto -corroboró la mujer—, uno mueve los pies como si fuera un fantasma.

Debe ser por el calor -dijo el hombre meditando, con los ojos cerrados—, aquí hace más que en todas partes, es como si viniera del infierno.

A mí me gusta el calor, uno no tiene que comprar tanta ropa.

El calor es malo —dijo el hombre con la seguridad de quien ha estudiado largamente lo que va a decir—, va enfermando al cuerpo hasta dejarlo en los huesos. Por eso donde vivía no era tan caliente.

Deberías volverte para allá.

Uno no puede ser policía en su mismo pueblo.

Luego se quedaron en silencio por largo tiempo.

La respiración de ambos era acompasada, interrumpida sólo por algún corto bostezo apenas perceptible, incapaz de atravesar la pesada atmósfera que caía como una piedra sobre

los cuerpos, y cuando ya parecía que se estaban quedando dormidos, ella dijo “Pues dejas de ser policía”.

No sé hacer nada más —contestó él dándole una última chupada al cigarrillo para dejarlo caer al suelo—, desde chiquito jugaba a ser policía-dejó una pausa y continuó: Ahora me da lo mismo, lo único que me gusta es que el sargento dice que somos los defensores de la patria. Eso digo cuando me presento: “José Martínez, soldado de la patria” -concluyó enérgicamente, llevándose la mano a la frente a forma de saludo militar.

—Tú no eres soldado -objetó la mujer.

-Es lo mismo, los policías también defendemos la patria.

Ella reflexionó por un instante: “¿Cómo defienden la patria?”, preguntó incrédula. El hombre guardó silencio dando a su cara una expresión pensativa, como si recordara algo que tiene que ser contado ordenadamente: “No sé, eso lo sabe el sargento”, contestó. La mujer, sin ponerle atención y para sí misma, dijo: “A mí no me gusta el sargento, no me paga cuando viene”.

—El sargento dice que los soldados no deben pagar en ninguna parte —argumentó él sin dejar pausas—, que con ser soldado se arriesga la vida protegiendo a los demás —agregó con solemnidad.

—Él no es soldado -rechazó la mujer.

—Ya te dije que es lo mismo.

—Los soldados no viven en los pueblos, viven en el monte.

—Pero hacen lo mismo que los policías.

—Yo creo que hacen más —dijo la mujer asintiendo al mismo tiempo con la cabeza. El hombre se quedó callado un buen tiempo dando a entender que aceptaba lo que afirmaba la mujer, pero luego dijo: “El sargento dice que son más brutos, que no saben disparar bien”.

—¿Tú le crees al sargento?

—Hay que creerle, los sargentos saben más que los policías.

—Tú deberías ser sargento, eres más inteligente que él.

El hombre hizo que sus ojos se quedaran en un mismo sitio y se llevó una mano a la barbilla: “Eso es cierto, pero no me gustaría”, dijo con importancia. “A veces me hago el que soy sargento y que tengo que mandar a los policías y empiezo a caminar con las manos atrás como hacía el capitán en el cuartel”. Salió de la cama, desnudo, y se paseó por el cuarto con pasos largos y fuertes, las manos cogidas atrás, levantando el pecho, endureciendo el rostro y moviendo la cabeza sóbrellos hombros con golpes secos. La mujer se sentó y empezó a

carcajearse, cada vez más fuerte, llevándose las manos al estómago, y unas lágrimas producidas por la risa aparecieron en sus ojos. Él se detuvo y abrió los brazos: “Entonces no sé qué decirles a los policías”, dijo escondiéndose de nuevo bajo la cobija. La mujer procuró dejar de reírse y cuando logró hacerlo, poco a poco, dijo, secándose las lágrimas: “Pues les dices lo mismo que el sargento a ustedes”.

—El sargento siempre dice pendejadas, ya casi ni lo oímos, siempre vive emputado como si uno tuviera la culpa de lo que pasa.

Empezaron a revolverse sobre la cama para acomodarse otra vez, y sumidos en el silencio quedaron boca arriba, con la cabeza apoyada sobre las manos. Después de un buen rato, como si lo hubiera necesitado todo para reflexionar lo que iba a decir, ella comentó: “Debe ser jarto ser policía”. Y él, como si hubiera estado esperando que le dijeran eso, contestó al momento: “Es lo mismo que ser otra cosa”. Y volvieron a sumergirse en el silencio hasta cuando ella dijo: “Si fuera hombre no sería policía, a la gente no le gustan los policías, no saben hacer todo sino a la fuerza”.

—Es que a veces no entienden lo que dice el sargento.

—El sargento sólo dice pendejadas.

—Dice que hay que guardar el orden- dijo el hombre incorporándose un poco para mirarla a los ojos.

-El orden no se guarda disparando.

-A veces es necesario.

-Con lo de Pedro no era necesario- dijo disgustada la mujer, dándole la espalda.

—El sargento le dijo varias veces que dejara la vaina y no quiso hacer caso, guardaba armas en su casa.

-No encontraron nada- dijo ella casi gritando.

—Las tenía bien escondidas y el sargento le dijo que dejara la vaina, pero no quiso hacer caso y no las entregó.

La mujer volteó todo el cuerpo para quedar frente al hombre:

“El único que hace vainas es tu sargento”, dijo.

—Deberías irte adonde no hubiera policías -dijo él acercándole la cara.

-En todas partes hay policías -contestó ella.

—Claro, para guardar el orden.

La mujer se sentó y amenazándolo con el índice dijo: “Los policías no sirven sino para hacer lo que les da la gana”. El hombre también se sentó y dijo: “Yo no hago lo que me da la gana, hago lo que dice el sargento”. La mujer se río y exclamó: “Peor para ti, te dejas mandar por uno que es más bruto”. Entonces el hombre guardó silencio y se dejó descolgar,

quedando acostado de nuevo. Después de un rato dijo con voz pausada: “Eso es cierto, todos dicen lo mismo, dicen que el sargento es un bruto”.

—Deberías salirte de policía y hacer otra cosa.

El hombre abrió los brazos y levantó los hombros: “Me da lo mismo ser policía que ser otra cosa”, dijo. La mujer se hizo a su lado y se quedó pensativa: “A mí sí me gustaría ser otra cosa”, dijo. El hombre la miró sorprendido: “¿No te gusta hacerlo todas las noches?”, preguntó. Ella se quedó en silencio, con los ojos ausentes, como si se hubiera puesto a pensar en algo que no había imaginado nunca, como si empezara a perderse entre la soledad de un largo y escueto corredor. Y sin fijarse si estaba hablando o simplemente pensando, dijo: “Antes sí me gustaba, ya no, es muy jarto acostarse con todo el que tenga plata y decirle que lo quiero”. El hombre se sorprendió más: “¿Al sargento también?”, preguntó.

-Sí, aunque no me pague- contestó ella moviendo la cabeza para volver a la realidad.

—¿Te gusta decir mentiras?

-No, pero el que no sabe decir mentiras está jodido.

-Eso es cierto —exclamó el hombre-, cuando uno dice la verdad el sargento lo castiga.

- ¿Qué les hace? -preguntó la mujer con la única intención de decir algo. Pero el hombre no la oyó. Se había

incorporado hasta quedar sentado en la cama, desde donde podía mirar atentamente la luz blanca del amanecer que se introducía por debajo de la puerta. Se levantó y empezó a vestirse el uniforme de prisa, mientras la mujer lo contemplaba moviendo solamente los ojos, como si marcara sus movimientos. Cuando terminó se sentó en la cama y se calzó las botas, y luego se incorporó nuevamente. Se pasó las manos por el uniforme como queriendo quitarle las arrugas y cogió la cachucha que colgaba de una puntilla.

—¿Qué te hará el sargento? —preguntó ella sin el propósito de saberlo.

Creerá que estuve rondando el pueblo -contestó el hombre dirigiéndose a la puerta y, antes de salir a la calle, dijo Esta noche vengo.

—Si no viene el sargento -alcanzó a decir la mujer.

Un destino para Vidal

Arrojaron hacia delante la cobija y descubrieron la mitad de sus cuerpos, y de entre la sábana se desprendió un olor caliente y nauseabundo que se derramó rápidamente por toda la habitación. Se irguieron un poco para recostarse contra

la cabecera de la cama y mientras Vidal se levantaba Leonor permanecía quieta, con las manos sobre el estómago. Él la miró por largo rato, repasando laboriosamente la mitad desnuda de su cuerpo, adivinando la otra mitad que se escondía tras la cobija, detallando algunas arrugas de la cara, y depositando los ojos en sus senos endebles, agotados, que se escurrían perezosamente, como si estuvieran colgados sin ninguna utilidad. “¿Qué te pasa?”, preguntó ella indiferente, con una despreocupación adquirida por el cansancio. Él le volvió la espalda y levantó los brazos, se inclinó sin doblar las rodillas hasta tocar los dedos de los pies con los de las manos, se irguió de nuevo, repitió la operación varias veces y luego se quedó quieto un rato con los brazos en alto, y en la semioscuridad que ofrecía el día moribundo, ya sin fuerza que apenas si se podía colar por las hendijas, ella logró apreciar un cuerpo vigoroso, de color canela, brillante y bien formado, con trazos casi femeninos. Vidal, aún desnudo, entró al cuarto de baño y encendió la luz. Empezó a afeitarse y se dijo que era tiempo de salir nuevamente a la vida. Había permanecido encerrado una semana en la habitación y ya sentía que su cuerpo se cubría de una suciedad pegajosa, como una asfíxia. Leonor salía a las ocho, a trabajar al café, y él se quedaba toda la noche leyendo el periódico o alguna revista, recortando las mejores fotos de los partidos de fútbol, soportando los gruñidos de la dueña de casa: “La culpa la tengo yo por arrendarle a esas cuando se vienen con su zángano, la casa vive sucia de tanto entrar y

salir”. Casi a la madrugada llegaba Leonor y ambos se acostaban, permanecían el día entero entre la cama y se levantaban sólo a las horas de las comidas. “¿A dónde vas?”, preguntó Leonor, sin aliento. Vidal asomó la cara: tenía una mejilla cubierta con la espuma de la crema de afeitar y un mechón de pelo le caía sobre la frente. “A dar una vuelta”, contestó y volvió a esconder la cabeza. Al poco rato se escuchó el golpe del agua que salía de la regadera y la voz de Vidal que trataba de entonar una canción. Cuando salió del cuarto de baño tenía el pelo echado hacia un lado, y la piel de su rostro, sin asperezas, le daba un aspecto infantil. Se puso unos calzoncillos y empezó a dar saltitos sobre un mismo sitio. “¿A dónde vas?”, preguntó de nuevo la mujer. Él guardó silencio y continuó dando saltos, haciendo un ágil movimiento de piernas y lanzando con fuerza los brazos hacia delante como un boxeador. “No has vuelto al café, ya ni te asomas por allá”, dijo ella. “¿A qué voy ?, dijo él sin mirarla. “Yo jodiéndome toda la noche y tú ni siquiera vas a acompañarme un rato”, dijo ella. Vidal dejó de dar saltos y sacó de un pequeño y roído armario una camisa de colores vivos. “Ya ni a cine vamos”, continuó reprochando ella. “No dan películas buenas”, dijo él mientras se ponía la camisa. Se puso el pantalón, que le quedaba algo estrecho, se sentó en un taburete y se calzó. Luego se levantó y extrajo del armario toda su ropa.

—¿Qué haces? -preguntó la mujer con sobresalto.

—Me voy —contestó él guardando la ropa entre una

bolsa de papel.

—¿Te vas? -exclamó ella saliendo desnuda de la cama -
¿Por qué? En los tres meses que llevamos juntos no te ha faltado nada.

—No voy a quedarme toda la vida encerrado en este cuartucho—dijo Vidal—. Voy a trabajar donde don Martín.

—Ese viejo es marica.

-No me importa, yo voy es a trabajar -dijo él sosteniendo la bolsa bajo del brazo y dirigiéndose a la puerta.

—No te dejaré ir —gritó ella agarrándolo por la camisa y tirándolo.

Él la apartó con el brazo libre y con el puño cerrado le dio un golpe en la cara. “Eso es lo que pasa con las putas que se vuelven viejas, dijo, ya no sirven para nada y quieren estar pegadas a uno todo el tiempo”. Leonor cayó al suelo y quedó extendida con los brazos abiertos. Alzó un poco la cabeza y en su cara apareció una carga de desesperación, como si en ella se hubieran acumulado los últimos años. Permaneció tendida sobre el suelo, temerosa, sin intentar levantarse, comprendiendo que lo único que podía hacer era esperar a que saliera Vidal para luego arrojarle boca abajo en la cama y llorar sin detenerse.

Vidal abandonó la habitación, bajó al primer piso y salió a la calle. Aún quedaba el calor persistente y bochornoso

del día que había azotado al pueblo y sin embargo se sintió fresco, ágil. Con la bolsa de ropa colgando de una mano caminaba hacia la casa de don Martín, pero se arrepintió. Se dijo que podría estar comiendo y no convenía interrumpirlo. Además, tenía hambre y la conversación sería demorada. Entonces se devolvió y *se* dirigió al restaurante, sin apresurarse. Entró, se sentó ante la primera mesa del establecimiento y colocó la bolsa a su lado, sobre un taburete. Se acercó a atenderlo una muchacha y él pidió una comida. Cuando terminó ordenó una cerveza y encendió un cigarrillo. Tomó la cerveza lentamente, pensando que todavía podía esperar otro momento. Luego se levantó, pagó en la caja y salió a la calle. Un viento fresco se había regado por las calles del pueblo y Vidal se sintió más ágil, más decidido. Se encaminó a la casa de don Martín, situada a varias cuadras del restaurante. Recorrió el trayecto a paso lento, diciéndose que cambiaría totalmente de vida, no volvería nunca más donde Leonor ni donde ninguna otra, se pondría a trabajar en serio, progresaría por encima de todos los inconvenientes y obstáculos y no le importaría lo que hubiera que hacer para lograrlo. Cuando llegó a la casa contempló la amplia fachada detenidamente, como si se encontrara ante algo desconocido, y dio unos golpes en la puerta con los nudillos de los dedos. Le abrió una mujer joven, vestida con esmero, que, estudiándolo rápidamente, dijo: “A la orden”.

—Quiero hablar con don Martín.

—De parte de quién.

—Es para pedirle un trabajo.

Ella dijo “espere” y cerró la puerta. Vidal esperó impaciente, apretando la bolsa de ropa bajo el brazo. Al cabo de un largo rato regresó la muchacha y preguntó: “¿Qué clase de trabajo?”. Él pensó un momento y contestó: “Cualquiera”. La muchacha volvió a cerrar la puerta y luego de un buen tiempo apareció de nuevo. “Siga”, dijo. Vidal entró y se vio rodeado por grandes sillas, mesas con vidrio, espejos de marco dorado, floreros de todos los tamaños y otros objetos lujosos que él no conocía bien. Estaba observando cada cosa cuidadosamente cuando sintió a sus espaldas unos pasos. Dio media vuelta y se encontró frente a don Martín, alto y grueso, de cabeza plateada y ojos negros y penetrantes que no cesaban de mirarlo laboriosamente. Vidal se dejó examinar, complacido.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó el hombre.

-Veintitrés -contestó Vidal.

Don Martín se paseó a su alrededor y después fue a sentarse en un sillón, algo alejado. Se frotó las manos durante un rato mientras continuaba mirándolo en un prolongado silencio, como si estuviera en éxtasis.

—Lo siento, muchacho —dijo de súbito—, de veras lo siento, pero por el momento no hay nada —y antes de que

Vidal pudiera reaccionar se levantó y desapareció repentinamente. Vidal no supo qué hacer, quedó inmóvil como clavado en el suelo, sosteniendo con fuerza la bolsa de ropa bajo el brazo, y permaneció así hasta cuando se acercó la muchacha y abrió la puerta. Sin darse cuenta, con pasos enredados, salió a la calle. Su cuerpo transpiraba copiosamente y la bolsa de ropa empezaba a romperse por la presión del brazo. Caminó sin rumbo, comprendiendo que no tenía adonde llegar, pensando que no debería volver al cuarto de Leonor, a cualquier otra parte menos allá, no lo perdonaría, empezaría a burlarse delante de las demás mujeres y de los amigos, a decir que si era que no le había gustado a don Martín y tendría que pedirle perdón de rodillas, ira acompañarla al café y llevarla a cine. Mientras reflexionaba había llegado a la casa, automáticamente. Entonces movió la cabeza como si despertara de un extraño sueño en el que se hubiera sumergido profundamente, y golpeó en la puerta.

Los sonidos del fuego

Cuando el pueblo emergió de la oscuridad, calmadamente, casi con sigilo, su padre ya estaba vestido con la camisa negra desteñida y el pantalón ancho de dril que le caía hasta cubrir los zapatos de cuero duro. Marcelo lo vio desde su cuarto llegar a la sala, detenerse junto a la ventana, encender un cigarrillo y sostenerlo entre los labios mientras colocaba las manos en la cintura y se quedaba mirando hacia la calle. Luego se acercó la hermana en silencio y le entregó una taza de café. El la recibió sin mirarla y encendió otro cigarrillo. Al regresar al cuarto la hermana se arrodilló, rezó el rosario y besó los cuadros y pequeñas estatuas de santos que formaban un altar construido en un ángulo de la habitación, iluminado por varias lamparitas que ardían como si siempre fueran las mismas. Marcelo observó a su padre y lo oyó sorber el café, y cuando las campanas llamaron a misa escuchó su voz como un susurro:

-Ahora irán los santos a adorar los ladrillos de la iglesia.

Entonces la hermana se le acercó y le dijo:

—Con esos sacrilegios vas a hacer que el muchacho termine como el hijo del viejo Gregorio —y salió de la casa colocándose una pañoleta sobre la cabeza.

El padre repitió su susurro y se rió, haciendo cómplice a Marcelo. Él lo miró en silencio y no comprendió cómo podía reír mientras sus ojos continuaban brillando tristemente, conservando ese brillo que se fortalecía al pararse junto a la ventana que lo había visto amanecer durante quince años, desde el momento en que la esposa desapareció y recién el hijo aprendía a caminar. Hacía un año que no abandonaba su sitio en la ventana y en los años anteriores sólo iba un rato al café a departir sin ánimo con los conocidos, a buscar una mujer de ocasión o a mirar en silencio por breve tiempo jugar al billar.

Marcelo salió a la calle y bajo el sol que empezaba a calentar y a encender los techos de las casas, recorrió el mismo trayecto del día anterior como si se guiara por sus propias huellas. Llegó a la casa del viejo, quien le alcanzó unas llaves y le dijo:

—Algún día tendrás un negocio propio.

—Sí, señor —contestó él. El viejo, como otras veces, agregó:

—Algún día serás rico.

Marcelo se despidió y se dirigió al almacén, abrió la puerta y la ventana, quitó los papeles que cubrían la mercancía

y se colocó detrás del mostrador. Durante la mañana estuvo bajando y subiendo ropa de los estantes, sacudiéndole el polvo, sacándola de sus bolsas para enseñársela a los clientes y guardándola de nuevo o empacándola para venderla. Al medio día ajustó la ventana con una tranca y la puerta con dos candados y se encaminó a la casa bajo el sol que ahora caía vertical y pegaba su camisa en la piel, y sobre el polvo que lo envolvía mientras a los lados el fuego tropezaba con su cuerpo y sus ojos se dilataban por una extraña madurez. El padre continuaba parado junto a la ventana, fumando entre las colillas amontonadas en el suelo, con una taza de café en la mano. La hermana estaba en su cuarto releendo las cartas de un presunto novio, respetuoso y casto, que tuvo en su juventud. Al sentir llegar a Marcelo la mujer sirvió el almuerzo y los tres se sentaron ante la mesa, tosca y desgastada.

-Algún día serás rico y podrás ayudar a tu prójimo -dijo la hermana.

—Cuando seas rico podrás irte a conocer el mundo —agregó el padre. La hermana bendijo los alimentos y después del almuerzo Marcelo se dirigió de nuevo al almacén. Abrió los dos candados y quitó la tranca de la ventana, colgó del marco de la puerta una pequeña vitrina que servía de muestrario a la mercancía y fue a pararse detrás del mostrador. Adentro olía a ropa y cuero sin usar y a madera recién pintada. Se sentó en un taburete y se puso a fumar, cabizbajo. Ahora se arrepentía de haber aceptado la propuesta de sus amigos y no supo si

cumpliría el acuerdo, pero comprendió que ya no podía negarse. Además comprendía, se lo había repetido varias veces, que sería capaz de cualquier cosa por salir con Laura. No se atrevía a hablar con ella si los otros jóvenes, como testigos de algo que iba a ocurrir, estaban presentes, ni aceptaba que saliera con ellos. Quería estar con ella a solas para contarle que había deseado por mucho tiempo ese momento y para proponerle que en adelante fuera sólo amiga suya. Se levantó de un salto al escuchar el grito que llegaba como desprendido del cielo:

—Marcelo Marcelón.

En la ventana apareció la cara de Gabriel y luego la de Carlos, ambas sonrientes. Los dos entraron y observaron todo con detenimiento.

—Está bueno tu almacén -dijo Gabriel-, progresas, Marcelito.

—Esto no es mío —dijo él.

-Dentro de poco lo será —dijo Gabriel golpeando el mostrador—, y cuando sea tuyo nos iremos a recorrer todos los pueblos.

—No será mío.

—Claro, cuando se muera el viejo.

—Le quedará a su hijo, a veces viene al pueblo.

Los tres guardaron silencio. Marcelo se recostó contra el mostrador y los otros se pasearon por el almacén, sonriendo y mirando los estantes.

—Laura te espera a las seis en la puerta del teatro —dijo Gabriel. Marcelo los miró sin responder. El otro agregó-: y a esa hora tú dejarás todo listo.

—No sé —dijo Marcelo.

— ¡Cómo que no sabes! —exclamó Gabriel-. ¿Te achicaste al final?

—Se darán cuenta y me meterán a la cárcel.

—Nadie se dará cuenta, se volverán locos averiguando cómo fue —dijo Gabriel—. Además de que sales con Laura te damos tu parte. Tú quedas ganando.

Marcelo volvió a sentarse mientras los otros dos esperaban la respuesta, y un silencio absoluto invadió el almacén por largo rato.

—Es la única oportunidad que tienes de salir con Laura —Gabriel lo miró sin pestañear. Marcelo se levantó y vaciló un instante. Luego asintió con la cabeza y dijo:

—Ahora váyanse, puede venir el viejo.

—Entonces no se te olvide esta noche.

—Hoy no, mañana, cuando haya pasado lo de Laura. Ahora váyanse.

—Todos tendremos lo que queremos —Gabriel se dirigió con Carlos a la puerta—, para que te des cuenta que para progresar hay que asociarse.

Marcelo estuvo toda la tarde paseándose por el almacén como si le hiciera falta espacio. Atendía distraído a los clientes, fumaba sin descanso y volvió a arrepentirse de haber aceptado la propuesta. Pero se dijo que Gabriel tenía razón: era la única

oportunidad de salir con Laura, nadie se daría cuenta y además de salir con ella le darían su parte. Cuando la tarde se desmoronaba y la noche empezaba a caer sobre el pueblo, Marcelo salió del almacén, se aseguró de que los candados estuvieran bien cerrados y fue a entregarle las llaves y el dinero al viejo. Mientras se apresuraba al teatro, con una alegría nerviosa que le empapaba de sudor el rostro, pensaba en decirle a Laura que se casaran, que él continuaría trabajando sólo para ella, no para el padre y la tía pues no iba a pasarse la vida manteniéndolos. Laura estaba esperándolo al lado del teatro. Marcelo se le acercó lentamente, mirándola con ansiedad.

-Hace media hora estoy aquí —dijo ella.

—Perdóname, no pude llegar antes, vine lo más rápido posible, tenía muchas ganas de verte —empezó a decir Marcelo, pero se interrumpió al ver una sonrisa en los labios de Laura, y sus mejillas se enrojecieron.

-Entremos -dijo ella. Entraron y se sentaron en silencio mientras Laura continuaba sonriendo y la cara de Marcelo se encendía más.

-A veces me das risa -dijo ella. Las luces se apagaron y cuando empezó la película Laura tomó la mano de Marcelo, la pasó sobre sus hombros y la apretó. Él pensó que ese era el momento de revelarles lo que sentía, pero a pesar del esfuerzo las palabras se resistieron en un balbuceo silencioso y su rostro se congestionó aún más. Ella apretó de nuevo su mano y volvió

la cara para mirarlo.

—¿Dejaste todo listo? -preguntó. Marcelo se sobresaltó. No esperaba que ella estuviera enterada y no pudo contestar. Ella continuó interrogándolo con la mirada.

—Mañana —dijo él retirando los ojos. Luego la película empezó a moverse y las figuras y los letreros aparecieron borrosos. Laura acercó la mano de Marcelo a sus pechos mientras el teatro se llenaba de voces uniformes y enseguida de agudos chiflidos, de aplausos y zapateos acompasados que se desordenaron convirtiéndose en un bullicio alineado, sin altibajos. La mano de Marcelo se escurrió por entre el vestido de Laura. Alrededor de ellos las colillas encendidas volaron y se estrellaron contra el telón y cayeron formando un jardín resplandeciente. La otra mano se paseó por las piernas y las apretó con fuerza mientras ambos se acercaban las caras y a su alrededor se oían de nuevo aplausos y voces de protesta. Las siluetas se separaron de un golpe cuando unos débiles focos iluminaron el recinto y descubrieron las paredes desnudas y descoloridas y el techo de zinc sostenido por varios travesaños y vigas de madera, y como si se hubiera dada una orden se hizo un silencio que se rompió levemente por el crujir de las sillas. Tras unos instantes las luces se apagaron de nuevo y en el telón volvió a aparecer la película, y las manos de Marcelo y de Laura se encontraron otra vez bajo las prendas de ella.

Al salir del teatro los dos se introdujeron en la noche que se derramó por sus cuerpos como una caricia, oscureciéndolos más. Caminaron un rato en silencio, sin decirse adonde iban. Marcelo pensó que ese era el momento de proponerle a Laura que se casaran inmediatamente, pero sólo había alcanzado a pronunciar su nombre cuando ella lo interrumpió:

—Debo irme, mi tía llega en el tren de las diez y si no me encuentra en la casa me coge a palo.

Marcelo la vio alejarse y perderse en la noche. Se quedó un buen rato parado, mirando fijamente hacia donde ella había desaparecido, y luego empezó a caminar en esa misma dirección como si quisiera alcanzarla, pensando que todavía no había llegado el final. Se detuvo y se encaminó a su casa. El padre estaba parado junto a la ventana, fumando, y cuando vio entrar a Marcelo y sintió que llegaba impregnado de un olor a perfume, sonrió satisfecho. Marcelo se dirigió al cuarto de baño sin pensar en nada, ni en los cuentos que Gabriel le inventaba diciéndole que Laura tenía la piel suave y las piernas se le endurecían y se movía toda la noche hasta el amanecer, llenó una palangana con agua y metió la cabeza y se frotó con ambas manos la cara, y después derramó el agua sobre su nuca dejándola correr libremente. Fue a su cuarto y se tendió procurando mantener la mente vacía, pero pasó gran parte de la noche dando vueltas en la cama. Despertó con ardor en los ojos

y con un intenso dolor de cabeza. Se levantó pesadamente, como si su cuerpo se resistiera a hacerlo, pero luego se bañó y se vistió con rapidez y salió de la casa sin detenerse a observar al padre ni a espiar a la tía. Estuvo todo el día pensando en Laura y en que la próxima vez no la dejaría irse, y temiendo que no tuviera otra oportunidad. Oscurecía cuando salió del almacén y empezó a caminar por el pueblo. No iría temprano a la casa pues no soportaría el aire denso y meloso que se introducía en su cuarto y se pegaba a las paredes y se iba cerrando hasta envolverlo. Volvió la cara al escuchar que lo llamaban y se detuvo al ver a Gabriel y a Carlos.

—Hola —dijo Gabriel—, ¿adónde vas?

Marcelo levantó los hombros y guardó silencio.

—¿Dejaste todo listo? —le preguntó Gabriel.

—No —contestó Marcelo—. Ayer no pasó nada.

—¿Cómo que no pasó nada?

—Laura se fue para su casa después del cine.

—Eso no importa, saliste con ella. Ahora cumple con lo tuyo.

Marcelo les volvió la espalda y continuó caminando. Ellos lo llamaron y él se detuvo de nuevo.

—Vamos a otra parte -dijo Gabriel-, adonde podamos hablar sin que nos oigan.

Se internaron por las estrechas calles tapizadas con hojas secas de tamarindo que crujieron bajo sus pisadas y cuando se alejaron un poco del pueblo se detuvieron. Marcelo iba adelante y estuvo a punto de perder el equilibrio cuando Gabriel lo empujó.

—Ahora sí vas a explicarnos eso de que no pasó nada.

—Sólo fuimos a cine —dijo Marcelo, y vio que por sus lados aparecían Julio y Mario.

- ¿Era que querías acostártela en la primera salida?

—Esta vaina no te sirve para nada -dijo Gabriel golpeando entre las piernas a Marcelo. Él se encorvó protegiéndose con ambas manos—. Tú no nos ayudaste a seguir adelante -un rodillazo en la cara lo hizo caer hacia atrás- ¿Para qué sales a buscar mujeres? -el peso de un cuerpo en el estómago le impidió levantarse y un puntapié en la espalda y un golpe en la cabeza terminaron de aturdirlo. Luego sólo escuchó palabras sueltas, confusas como murmullos y gruñidos y los golpes no parecieron tan fuertes. Cuando despertó, la noche lo envolvía por completo. La cara le ardía, tenía los ojos pesados y la boca seca. Durante un rato no pudo pensar en nada y se quedó mirando el cielo que se extendía profundo y negro. Ordenó con dificultad sus pensamientos y sonrió: ya no tendría que dejar abiertos los candados. Trató de levantarse, pero unos agudos dolores en todo el cuerpo lo mantuvieron quieto. Entonces se dijo que dormiría ahí, mirando el cielo, sin más

preocupaciones. Cuando amaneciera, alguien lo encontraría y lo llevaría a su casa.

OLOR DE LLUVIA

(1974)

Cantor está de viaje

Se llamaba Cantor y no tenía adonde ir. Tenía atezada la piel por el calor y el viento, tenía veinte años y a pesar de los trabajos duros su rostro conservaba una expresión infantil y su mirada era tranquila. Tenía el pelo negro, revuelto y abundante. Llevaba unos zapatos pardos que no se ajustaban bien a sus pies, desgastados pantalones de dril, camisa que un tiempo tuvo muchos colores y saco de paño azul oscuro, manchado y raído por todos sus bordes. Tenía, además, un padre y una madre a los cuales había abandonado para lanzarse a la búsqueda de un mejor destino. Fue una larga y difícil decisión, una lucha sin tregua que libró para abordar la empresa. Tuvo que meditarlo varias veces, porque pensaba al mismo tiempo que amaba demasiado a los padres y se reprocharía siempre y hasta el último momento el haberlos dejado desamparados. Las reflexiones eran angustiosas, durante todo el día en el taller y toda la noche tendido boca arriba en la cama, sin manifestarle a nadie sus inquietudes. Los padres, tal vez por la edad, no advirtieron ningún cambio en el hijo. Él procuraba mantenerse siempre inalterable, ajeno a cualquier preocupación. Sin embargo, el dueño del taller le preguntó en alguna ocasión por

el objeto de su ansiedad. Él se limitó a guardar silencio y continuó subiendo el carro con el gato. Pensó sobre lo que le habían dicho de las oportunidades de cada día en la ciudad y empezó a aflojar las tuercas de una llanta trasera mientras el dueño sabía que algo le sucedía aunque no le dijera nada. Él pensaba en lo imposible de progresar en el pueblo así se trabajará como un burro, en tanto una tuerca salió resistiéndose un poco y el dueño murmuraba “caray, si no te conociera después de tanto tiempo”. “En Bogotá puede conseguir empleo todo el mundo”, le había dicho, luego aflojó las demás tuercas con más vigor y oyó que el dueño decía que seguramente algo lo tenía así, de modo que había que decidirse de una vez y la llanta se desprendió del eje, cayó y rebotó en el suelo.

Después de casi un mes, cuando le era imposible continuar viviendo con la incertidumbre que le arrebatava el sueño y lo hacía sentirse culpable ante los padres, les informó con pormenores sus planes, y entre el llanto quedo de la madre y la mirada grave pero resignada del padre les prometió ayudarlos desde la capital tan pronto empezara a trabajar. Encerrados en la humilde pieza donde vivían, los tres cayeron en un silencio largo y adormecedor que exigían las circunstancias, como si soñaran a un tiempo la misma pesadilla.

Así, una mañana que aún no empezaba a clarear salió de la pieza con un pequeño maletín, no obstante grande para lo que contenía, y se dirigió al bus que debería partir en pocos

minutos. Cuando éste abandonó el pueblo, lanzando un estrépito como para anunciar el nuevo día, aún estaba oscuro. Cantor miró con atención a su alrededor para apropiarse de todo y cada instante se convirtiera en un recuerdo imborrable, con la nostalgia o la felicidad de quien parte con la seguridad de que no regresará. Sólo una hora después empezó a clarear. A pesar de no haber dormido la noche anterior, pues estuvo ensayando posiciones sin lograr atraer el sueño, no se sentía fatigado. Al contrario, se había apoderado de él una energía motivada por el optimismo: miraba por la ventanilla casi sin parpadear, con una permanente sonrisa en los labios. Asistía plácidamente a este nuevo amanecer como si fuera el primero en su vida, pensando en los consejos de los que habían estado en la capital, cuando se acercó el ayudante del bus pidiendo los tiquetes, pero él estaba demasiado ocupado mirando por la ventanilla y repitiéndose que en Bogotá se progresaba cada día más. “Muestre su tiquete”, dijo el hombre. La ciudad era tan distinta que podía sentirse en otro mundo. “Oiga, que deje ver el tiquete”, el que trabaja duro se llena las manos en un momento, así que el ayudante lo cogió por un brazo y lo zarandeó: “¿usted hasta dónde va?”. Él se volvió azorado y el ayudante lo miró con ganas de darle un golpe y tuvo que repetir la pregunta. Entonces Cantor contestó con un grito de victoria:

—¡A Bogotá!

—Su tiquete —se limitó a decir el hombre sin mirarlo, ocupado en buscar la varilla para sostenerse.

Él sacó el tiquete y el hombre le dio una rápida mirada sin tomarlo y continuó al fondo del bus. Cantor volvió otra vez la cabeza hacia la ventanilla: lo que veía afuera no cambiaba mucho, constantemente pasaban por su lado casitas de bahareque, a veces aparecía un abismo o una montaña rocosa, un paisaje abrupto que se volcaba para presentar súbitamente una planicie que se extendía cambiando de color, y después venían de nuevo los abismos de los Andes, profundos y más constantes. A lo lejos, confusamente, alcanzó a divisar las torres de una iglesia, vio cómo se acercaban poco a poco, se iban haciendo cada vez más nítidas, en ocasiones se perdían tras los montes o se ocultaban con algún árbol, luego volvían a aparecer y las distinguía mejor creyéndolas enormes y hermosa la iglesia que las sostenía, hasta que por fin se perdieron totalmente porque el bus empezó a entrar al pueblo, y ya en la plaza comprobó que las torres no eran tan grandes y que la iglesia estaba deteriorada. No se demoraron mucho. Algunas personas bajaron, otras subieron y el bus reanudó su marcha mientras Cantor pensaba que el calor era el mismo de su pueblo y se preguntaba cuándo empezaría el frío de la capital con el que tanto lo habían atemorizado. Cruzaron por varios pueblos similares. El calor iba desapareciendo paulatinamente, de manera que se dio cuenta de la llegada del frío sólo cuando los demás pasajeros empezaron a abrigarse. Se puso el saco, que llevaba listo sobre las piernas según el consejo de los expertos, y se frotó las manos para imitar a los demás pues

consideró que era lo mejor ante su falta de experiencia. Ahora veía a lado y lado las enormes canteras formadas en los cerros, la tierra cultivada desordenadamente y cubierta de maleza, y sin darse cuenta lo envolvió un intenso frío que lo hizo estremecerse y lo obligó a esconder las manos entre las piernas.

El bus entró en la ciudad por el costado sur. Eran los barrios bajos, las calles hechas barrizales y las casas semi-destruidas que en nada se diferenciaban a las de su pueblo. Por todas partes se veía correr niños, husmear perros entre las canecas, ropa tendida en el quicio de las ventanas abiertas, y a través de éstas pudo comprobar la existencia de esteras parecidas a las que él utilizaba para dormir y camastros semejantes a los que utilizaban sus padres. Entonces experimentó una gran desilusión. A medida que avanzaban algunos sitios mejoraban, y era incomprensible para Cantor ver elevarse entre dos casas a punto de venirse a tierra un edificio de cinco pisos que a él le parecía monumental. A pesar de las revistas que le facilitaron para instruirlo y de las desmedidas advertencias que le hicieron para amenguar su estupor, no fue pequeño el asombro al encontrarse con las anchas calles, ver varios edificios reunidos en un mismo lugar, no alcanzar a contar los hombres que como accionados por un resorte descargaban y cargaban bultos en distintos camiones, o comprobar con enorme júbilo que los almacenes de una cuadra entera comerciaban exclusivamente con repuestos para automotores. Estaba apenas pasando del asombro a una

sensación de temor y fascinación cuando llegaron a la estación de los buses. La gente empezó a bajarse precipitadamente, atropellándose en la puerta. Cantor se levantó con parsimonia-, vacilante, se aferró a su pequeño maletín para asegurarlo, tal vez para asegurarse él mismo, se dirigió a la puerta con una lentitud que hizo exasperar a los que lo seguían y descendió del bus con los movimientos de un autómatas, como si el aire le sirviera de soporte.

No tenía adonde ir. Sólo entonces se dio cuenta de que no había pensado un solo instante en esto. Una nube se le había instalado en los ojos, las letras del bus se movían cambiando de colores y sentía que todos se le quedaban mirando y se reían. Las caras se deformaban, empezaban a bailar sin que lograra detenerlas y alguien lo empujaba por detrás y lo afanaba para que se quitara de en medio, pero él no podía moverse pues tenía que pensar primero. “Dé paso ahí, carajo”, le dijeron. Entonces consiguió retirarse, dio algunos pasos y quedó contra la pared. La nube se fue retirando y los rostros se aclararon. A pesar de no estar despejado del todo podía reflexionar de nuevo, pero dejó una pausa para experimentar ese frío helado contra el que tanto lo habían prevenido. Su desilusión fue total: si en el bus se había hecho presente en un momento, ahora parecía huir para acrecentar su desconcierto. Volvió pues a concentrarse y se dijo que en vez de narrarle tantas historias han debido aconsejarlo sobre qué hacer luego de bajarse del bus. Eran las once de la mañana en el reloj de la iglesia que le

quedaba enfrente. Cuando volvió a mirar eran las doce, y al comprobar que permanecía en el mismo lugar, sin moverse un solo centímetro, no pudo menos de evocar nuevamente a sus amigos. Observó para ambos lados y entró por una puerta que había a su derecha. Era un café. Se respiraba una mezcla de desinfectante y suciedad, y el estado corroído de todas las cosas aumentaba el desorden. Atendían dos muchachas que en ese momento estaban sentadas, y detrás del mostrador, al fondo, un hombre en mangas de camisa contemplaba la puerta distraídamente. Cantor se sentó ante la primera mesa que vio libre, y sin detallar el lugar fijó los ojos, como huyendo, en los dos grandes espejos situados en las paredes laterales y compuestos por otros pequeños en forma de rombo. Las dos mujeres lo miraban esperando su llamado para atenderlo, pero en vista de que él parecía no tener intención de hacer el menor movimiento una de ellas se le acercó. Cantor la observó un rato y después dirigió la vista hacia el hombre del mostrador.

- ¿Qué va a tomar? —preguntó la mujer, impaciente.

-Nada —dijo él mirándola apenas.

Ella se retiró con un gesto de disgusto aunque el caso era corriente a diario, que cualquiera se sentara sin pedir nada, simplemente a descansar. El hombre del mostrador no se inmutó, continuaba mirando hacia la puerta, ahora como si esperara a alguien, en tanto Cantor lo miraba a él sin decidirse a preguntarle. El hombre del mostrador no se daba cuenta de que era observado y seguía impassible mientras Cantor, en

medio de los tangos y las rancheras que salían del traganíquel, se decía que preguntarle era lo único que podía hacer por el momento ya que nadie lo había instruido al respecto antes de salir del pueblo. Ahora el hombre sintió la mirada y volteó un poco la cabeza para situarla frente a los ojos insistentes. Cantor pensó que por fin le había puesto atención y que era la ocasión de dirigirle la palabra. Pero los ojos del hombre eran severos y desdeñosos, entonces Cantor bajó un poco la cabeza y luego sólo lanzaba miradas fugaces hacia el mostrador.

El café empezó a llenarse. A esa hora del almuerzo los hombres dedicaban un rato a tomarse un café antes de buscar un restaurante o de irse para sus casas, de manera que Cantor tuvo que dejar libre la mesa y fue a pararse junto a la puerta. Cuando quedaron algunas mesas desocupadas volvió a entrar, pero luego vino la hora del descanso, después el momento de los negocios y más tarde otros ideados para tomar café, así que ante la mirada curiosa y los comentarios de burla de las empleadas, que iban aumentando en número, Cantor se pasó el resto de la tarde entrando y saliendo, aferrado al maletín, prometiéndose en sus idas y venidas que cada una sería la última porque ahora sí iría hasta el fondo del café. El hombre del mostrador parecía haberse decidido por una rigurosa indiferencia, dispuesto, eso sí, a sacarlo a la calle si no se limitaba a quedarse sentado, y esto mientras no se necesitará la mesa. Se aproximaban las siete de la noche cuando Cantor se dio cuenta de que el café no volvería a quedar vacío, pues

llevaba más de media hora recostado contra el marco de la puerta. Entonces se irguió con parsimonia y se dirigió al mostrador imitando una larga ceremonia. El hombre hizo un gesto seco, apenas mirándolo, ostentando una expresión díscola e interrogante. Cantor esperó un momento, preparándose para hablar.

-Perdone, señor -la voz salió carrasposa por falta de uso, de modo que Cantor tuvo que toser. El hombre lo miró sin mucho detenimiento.

-Perdone, ¿sabe usted quién necesita un mecánico?

Tampoco esta vez el hombre le dedicó una mirada atenta al joven, hasta el punto que le hubiera sido imposible reconocerlo si lo viera por segunda vez. Cantor insistió con los ojos, pero luego se dio cuenta de que era una actitud inútil. Tomó fuerzas y repitió la pregunta.

—¡Un mecánico! —exclamó el hombre. Su tono era apenas tolerable. Se agachó y se dio a la tarea de colocar una gran cantidad de botellas en sus respectivas canastas. Cantor persistió, dejó pasar un momento y volvió con la pregunta. El ruido de las botellas, cada vez más fuerte, revelaba que eran colocadas por una persona que empezaba a impacientarse. Cantor subió el tono, suponiendo que el hombre no alcanzaba a oírlo. El hombre volvió junto al mostrador, sacudiéndose una contra otra las manos y golpeándose el pantalón para desempolvarlo. Guardó un silencio calculado, esperó a que

Cantor hablara y lo interrumpió con una mirada fulminante que hizo imposible una nueva tentativa. La mirada se lanzaba contra su cara y las palabras fueron decididas: “usted sabe por dónde queda la puerta”, y la señalaba con el dedo sin dejar de moverlo, de modo que no cupiera duda de que debía retirarse. “La puerta queda por allá”, le dijeron, pero como él necesitaba un poco de tiempo para reponerse vio que el hombre en lugar de señalar la puerta golpeó el mostrador. “Conmigo no se haga el gracioso”, le dijo levantando los brazos, y si él alcanzó a retroceder un paso no fue suficiente pues dos prensas cayeron sobre sus hombros y a pesar de estar el mostrador de por medio empezaron a zarandearlo en tanto el maletín rodaba por el suelo y los clientes se levantaban y hacían corrillo, agarrándolo de la camisa sin riesgo de soltarlo lo empujaban y lo acercaban y todo hubiera terminado aún más lamentable para Cantor si no interviene esa voz firme cuyo tono decidido revelaba a una persona acostumbrada a mandar. Un silencio de cinco segundos aminoró la confusión y sirvió como preámbulo para que se elevaran los murmullos y los clientes se retiraran a sus mesas comentando risueños el incidente. El hombre del mostrador continuaba resoplando, mientras Cantor se reponía y miraba ahora a la mujer que había hablado. Corpulenta, de unos 45 años, Matilde llevaba el pelo descuidado debajo de los hombros y los labios del mismo rojo deslumbrante del vestido.

—¿Qué pasa? —le repitió a Ricardo, el hombre del mostrador.

-Este que vino a joder la vida.

Cantor se defendió: —sólo le pregunté si sabía dónde necesitaban un mecánico.

—Y a usted quién le dijo que aquí conseguíamos empleos —dijo la mujer.

Cantor no replicó. Recogió el maletín, sin ninguna prisa, los miró a ambos ligeramente y se encaminó a la puerta. Había avanzado apenas unos pasos cuando lo detuvo un “hola” áspero de la mujer. Se volvió y antes de encontrarse con ella se encontró con una pregunta:

—¿Qué más sabe hacer?

Cantor se turbó al principio y luego levantó un poco los hombros.

—¿Ni siquiera sabe si sabe hacer algo más? —la mujer tenía los brazos en jarra.

—Cualquier cosa.

Sólo el hombre los miraba. Tenues bombillos de varios colores iluminaban el establecimiento produciendo débiles sombras, mientras las empleadas revoloteaban sin descanso, el humo de los cigarrillos formaba contra el techo una nube que se iba ensanchando hasta convertirse en una capa asfixiante y el traganíquel no dejaba pausas para lanzar ruidosamente canciones sentimentales. Se hizo un silencio entre la mujer y

Cantor, como un vacío, entonces él pensó que era prudente retirarse, pero la mujer, con un cigarrillo entre los labios, lo detuvo con una pregunta:

- ¿Entonces trabajaría en cualquier cosa?

Cantor contestó asintiendo con la cabeza, sin hablar, pues ya había perdido la esperanza de que sus palabras lo condujeran a alguna parte.

—Está bien, venga.

La mujer fue hasta detrás del mostrador y volvió la cabeza para asegurarse de que el joven la seguía. Entraron por una pequeña puerta, incrustada prácticamente en la estantería, que para atravesar tuvieron que encorvarse, y quedaron en un cuarto semi-oscuro, con una gran cantidad de canastas de cerveza acomodadas en columnas que dejaban un espacio por donde cabía apenas una persona. Pasaron por otra puerta y llegaron a un segundo cuarto un poco más iluminado. Había sólo dos camas y una mesita con una jarra, un vaso, un cenicero y un radio. De las paredes —blanqueadas descuidadamente con cal- colgaban seis almanaques, dos crucifijos, tres estampas de la Virgen del Carmen, una de Carlos Gardel, dos del Sagrado Corazón de Jesús y una de Jorge Negrete. Al fondo había una tercera puerta, pero Cantor comprendió que la mujer no tenía intenciones de continuar porque se detuvo y se volteó. La mujer esperó un momento, suficiente sin embargo para que él se mareara con un olor

penetrante (no supo de qué), y luego le preguntó si había comido. Cantor no respondió pues se puso a pensar que era el único día en su vida que sin comer nada durante más de veinticuatro horas no sentía hambre. La mujer supuso que la vergüenza le impedía contestar.

—Siéntese ahí un momento —dijo señalando una de las camas y dirigiéndose a la puerta. Se detuvo y nuevamente le preguntó si estaba seguro de que trabajaría en cualquier cosa. Cantor asintió otra vez. Ya se había sentado y tenía el maletín sobre las piernas. La mujer abandonó el cuarto y regresó a los cinco minutos con un plato de arroz, papas y carne, una gaseosa y una taza de café.

—Coma de una vez porque después se le enfría —dijo.

Cantor dejó la botella en el suelo y colocó el plato sobre el maletín. La mujer le preguntó el nombre y sin esperar respuesta dijo que hasta eso se le había olvidado y mientras lo veía comer recordó que algunas veces había conversado horas seguidas con alguien y que al despedirse no se habían preguntado cómo se llamaban. Empezó a contarle un episodio, pero enseguida le hizo de nuevo la pregunta. Cantor respondió sin levantar la mirada del plato y continuó comiendo con lentitud, dejando que la mujer adivinara la timidez en sus movimientos. Ella esperó en silencio a que Cantor terminara de comer, y luego le averiguó con un rápido interrogatorio todo lo referente a su vida. Lo miró por largo rato pensando con

curiosidad en su viaje y en sus propósitos.

—Pues está de buenas —dijo por fin, sentenciosa, como amonestándolo, sin dejar de lanzar humo—, porque aquí la cosa no es sólo llegar y decir que quiere trabajar, así es de que dé gracias por haberme encontrado o le hubiera tocado aguantar hambre y frío de los buenos.

—Gracias —dijo Cantor.

La mujer se levantó y le dijo que era mejor que se fuera a dormir de una vez porque debía estar rendido. Se acercó a la tercera puerta, la abrió e invitó a Cantor a seguir. El entró y la mujer cerró la puerta dejándolo en la más completa oscuridad. Pasada la sorpresa cogió el maletín con una mano y con la otra inspeccionó el cuarto: era muy pequeño, húmedo, y un gran vacío que sintió a su alrededor y que le produjo temor le hizo deducir que el cielo raso estaba a considerable altura. Sólo había un colchón tirado en el suelo con dos cobijas revueltas. Dejó el maletín a un lado y pensó que casi no habiendo dormido la noche anterior era recomendable hacerlo ahora para levantarse con ánimos de trabajar. De manera que hizo a un lado los interrogantes que empezaban a llegarle, se quitó el saco, los pantalones y los zapatos, los colocó sobre el maletín, ordenó como pudo las cobijas y se acostó. Sin embargo no logró acomodarse un solo instante, se recriminó no haber sentido nostalgia durante todo el día por sus padres, a quienes no recordó en ningún momento, y en el transcurso de la noche

no alcanzó a tener conciencia de cuándo estaba dormido o despierto.

Se despertó antes de que aclarara. La oscuridad era total, y en ella sintió frío y miedo. Escasamente recordaba a sus padres (quizá más porque sabía que debía recordarlos) y algunos detalles del viaje. Entonces se alegró cuando al volverse se dio cuenta de que su cuerpo estaba maltratado: podía distraerse dándose masajes y dejar de esforzarse en recordar lo que había olvidado. Advirtió que empezaba a clarear por la luz que entraba por el resquicio de la puerta situada al fondo del cuarto, y que había descubierto la noche anterior en sus tanteos. Pasó algún tiempo más distrayéndose con los masajes, y luego oyó un gran ruido de carros y buses, de pitos y voces, percibió un fuerte olor a comida, escuchó a los anunciadores de periódicos y loterías, y sintió cada cosa dentro de sí como si le perteneciera de tiempo atrás, como si la ciudad le perteneciera de tiempo atrás, como si la ciudad lo esperara, lo hubiera estado esperando desde siempre. Entonces empezó a recomfortarse.

Matilde abrió la puerta con una delicadeza que contrastaba con su figura. En la leve claridad que había ahora Cantor logró descubrir apenas un bulto. Matilde se encontró en tinieblas y tuvo que esperar un momento mientras sus ojos se acostumbraban al cambio. Vio a Cantor pero debió agacharse para comprobar que estaba despierto.

—¿Durmió bien? —preguntó irguiéndose.

Cantor asintió con la cabeza.

—Es temprano todavía —dijo la mujer—. Cuando quiera puede levantarse. Aquí hay un baño —señaló hacia atrás con el pulgar por encima del hombro y se quedó esperando a que Cantor dijera algo. Pero como supo que por el momento él no iba a hablar se retiró.

-Aquí no hay agua caliente —dijo desde el otro cuarto—, si no se quiere bañar no se bañe.

Cantor permaneció otro rato en la cama. Distinguía ahora perfectamente el cuarto: aparte del colchón no había ningún otro objeto, y la puerta por donde había entrado la primera luz daba a la calle. Se levantó y se vistió enjuagándose apenas la cara y humedeciéndose el pelo. Cuando estuvo listo no salió del cuarto. Extendió lentamente las cobijas sobre el colchón con la minuciosidad de quien se ocupa en algo sólo para soportar la espera, colocó el maletín al lado de la almohada y se sentó sin resolverse a salir. Más tarde llegó Matilde, que lo observó por un segundo.

- ¿Qué le pasa? -dijo.

Cantor se levantó. Sus movimientos revelaban que estaba esperando que lo dirigiera. Matilde hizo un gesto para que la siguiera, y atravesaron el cuarto de las dos camas, pasaron por el de las canastas y llegaron al establecimiento. En

el mostrador había otro hombre que no era Ricardo. La mujer le explicó que ese era Roberto, que reemplazaba a Ricardo desde las doce de la noche hasta parte de la mañana. Luego le dijo que por ahora su trabajo consistía en ayudar en el mostrador, y Roberto ya debía estar enterado de todo, pues apenas lo había saludado cuando empezó a ordenarle que recogiera las botellas y pocillos dispersos sobre las mesas (a esa hora atendía sólo una muchacha) y que colocara en fila las canastas de cerveza y gaseosa. Los quehaceres aumentaban mientras transcurría el día y se multiplicaron para Cantor cuando Roberto fue reemplazado por Ricardo, quien lo mandaba con voz hosca y movimientos rudos, y que a veces le ordenaba algo sólo para alejarlo de su lado.

Esperó hasta el día siguiente a que Matilde le dijera de alguna parte donde necesitaran un mecánico, o por lo menos cuál iba a ser su trabajo definitivo, pero debió esperar durante todo el día y luego una semana más sin que la mujer le manifestara nada. A los ocho días osó preguntarle, y ella le recomendó paciencia, le recordó la dificultad del momento y le pidió las gracias por haberla encontrado a ella, una persona sin ningún interés. A Cantor no le quedó otra alternativa que resignarse a esperar. Pero como transcurrieron los días y la mujer continuaba guardando silencio sobre el asunto, decidió salir él mismo a hacer sus averiguaciones. Primero fue a los almacenes cercanos donde vendían repuestos buscando que lo orientaran, y después decidió ir directamente a los talleres de

mecánica. Recorrió sin ningún resultado muchos sitios aprovechando las salidas que hacía cuando lo enviaban a algún encargo. Entonces Matilde empezó a notar las largas ausencias, y sospechando lo interrogó hasta sacarle la verdad. Le dijo que por lo menos había conocido parte de la ciudad, pero que era mejor que confiara en ella, que en ningún momento había descuidado su recomendación. Cantor otorgó satisfecho diciéndose que Matilde tenía razón y que al fin de cuentas debía agradecerle que se preocupara por él sin tener ninguna obligación.

De nuevo esperó un tiempo considerable, soportando a Ricardo, quien continuaba hostilizándolo, tal vez porque no podía olvidar la inoportuna intervención de Matilde a su favor la primera vez que llegó al café, y ya estaba a punto de inquirir nuevamente por su empleo cuando reparó en que la mujer entraba a veces a su cuarto y cerraba la puerta. Dedujo que lo vigilaba y registraba maliciando que él podía ocultarle algo respecto al empleo que deseaba, y para aclarar su sospecha acomodó el maletín sobre la almohada de tal forma que si fuera movido un solo milímetro él se daría cuenta. Tuvo que hacer la misma operación tres veces, pues sólo a los tres días Matilde se encerró en el cuarto. Cuando salió, Cantor aguardó cautelosamente unos minutos y luego corrió a cerciorarse de la postura del maletín: estaba tal como lo había dejado. Suponiendo que quizá Matilde tuviera cuidado en esto ideó una nueva celada: colocó un diminuto papel (invisible para

cualquiera) en una esquina del maletín, de manera que si desaparecía quedaban corroboradas sus sospechas. El papel resistió tres pruebas sin ningún cambio. Entonces Cantor intentó lo que consideró una osadía: si la mujer abría el maletín se encontraría con un papel que decía: “Matilde es gorda como una vaca”. A cualquier reclamo él alegaría que el único propósito era confirmar sus temores. Al pasar varios días sin que la mujer reaccionara, Cantor descartó la posibilidad de que con los encierros vigilara sus movimientos, pero la causa quedaba en el misterio. De manera que decidió escuchar a través de la puerta en esas ocasiones. Primero que todo debía contabilizar cuánto se demoraba Matilde dentro del cuarto, y con una tarea que le llevó algunos días pudo precisar que él alcanzaba a contar hasta quinientos o seiscientos antes de que ella saliera. También debía buscar el día en que pudiera pararse ante la puerta sin que Ricardo lo viera. Fue difícil, pues cuando la mujer se encerraba el café se encontraba casi desocupado y Ricardo se convertía en un vigilante eficiente. La oportunidad llegó en un momento en que Ricardo salió del mostrador a arreglar unas mesas descompuestas, así que Cantor pudo acercarse a la puerta, y entre el temor de que lo descubriera Ricardo y la angustia de que saliera Matilde oyó susurros, pero cuando intentó concentrarse para descifrarlos olvidó iniciar el conteo, y como no sabía si iba antes de quinientos o más no quiso arriesgarse y se retiró. Si Ricardo hubiera estado en su camino habría notado su rostro congestionado y sus manos

inquietas. Cuando logró calmarse, con dificultad, y a ésta sumada la de tratar de ocultar su exaltación, se recriminó no haberse comportado serenamente e hizo un juramento para una nueva ocasión. Lo difícil era dar con ella, y como así lo comprendió dejó pasar los días sin buscarla, confiado en que llegaría en cualquier momento, tal vez cuando Ricardo tuviera que componer otras mesas.

En tanto, acompañar a Matilde a hacer varias diligencias lo ayudó a continuar escudriñando la ciudad. Poco a poco participó en todo de ella hasta que se hizo a la idea de que nunca había vivido en otro lugar. Sin embargo no podía olvidar los encierros periódicos de Matilde en su cuarto y no dejaba a un lado su interés por conocer el motivo. En una de las salidas que hizo con la mujer le dijo:

—Quiero poner un bombillo en mi cuarto. A veces oigo voces cuando no estoy adentro.

Caminaban rápido. Iban de afán y Matilde disminuyó el paso: sabía que si Cantor quería un bombillo lo hubiera puesto él mismo, y no como la vez pasada cuando se dañó el primero. Cantor esperaba que por lo menos la mujer lo mirara, pero ella se detuvo un momento para mirar distraídamente una vitrina: comprendió que el niño que había llegado por primera vez al café no era el mismo: empezaba a tomar trago, a fumar, a acostarse con mujeres e intentaba hablar irónicamente y hacer preguntas insidiosas. Se dio cuenta entonces de los efectos del

tiempo. Caminaban lentamente y parecía que se dedicaran sólo a contemplar el alboroto de los carros y la gente. Matilde lo miró a los ojos y él sostuvo la mirada: sabía que tenía que decirle algo, pero ella volvió la cara y continuó en silencio. Luego lo miró nuevamente.

- ¿Y con el bombillo no oye voces? -dijo.

Cantor no respondió. Matilde aceleró el paso y él tuvo que apresurarse para alcanzarla. Ahora parecía que era Cantor el que debía dar explicaciones, y para sostener la situación Matilde continuaba rápido, sin mirarlo.

La vida del café seguía cambiando para Cantor y empezaba a parecerle menos soportable. No demasiado, pero sentía que el trajín inesperado que llevaba a cabo desde que entró a la ciudad lo había hecho olvidarse en gran parte de los propósitos que tenía antes de partir. Un día, en contra de la voluntad de Ricardo, tuvo que hacer el turno del hombre que permanecía en el mostrador de doce de la noche a doce del día, porque, según le dijo Matilde, empezaba a desconfiar del hombre y había decidido reemplazarlo. A los ocho días volvió a desempeñar esta labor, y desde entonces continuó haciéndolo, pero en el turno de doce del día a doce de la noche. Ricardo no quedó muy conforme y dijo que de esta manera se vería obligado a hacer gran parte del turno de Cantor para no descuidar el negocio. Con el nuevo cargo Cantor se acercó más a los secretos del café, y se dio cuenta de que así lo había

comprendido la mujer porque una vez le dijo en un tono más familiar que el de costumbre, guardando, como siempre, su posición de propietaria y su acento de autoridad:

—Las voces que oye a veces en su cuarto no son de ningún fantasma.

Cantor no supo si sorprenderse o agradecer la confidencia de la mujer. Además, el interés por conocer lo que sucedía en su cuarto cuando ella entraba había decaído. Matilde le recomendó que no le dijera nada a Ricardo, pues a él no le gustaba que se enteraran de la existencia del otro tipo. Luego, contestando la pregunta que en silencio se hacía Cantor, dijo:

-Después le cuento.

El trasiego de las botellas, las riñas que todos los días y a veces con heridos sucedían en el establecimiento, las instrucciones que sobre organización le daba Matilde, fijarse que las empleadas sirvieran sin demora, estar atento para cada vez que pudiera cobrarles más a los clientes, pelear con ellos cuando se negaran a cancelar las cuentas, hacer llamadas y visitas solicitando el surtido, resanar paredes, atender muy bien a los agentes de policía para que fueran tolerantes si infringían una ley, ajustar muebles y otros quehaceres más se convirtieron en las diarias labores de Cantor, en la rutina sin horario que lo obligaba a distribuir con precisión el tiempo y que paulatinamente fue terminando con los turnos exactos de doce a doce. Sólo una que otra vez salía a la calle, siempre de afán, y

si le quedaba un rato libre Matilde lo ocupaba en ampliar sus instrucciones. En medio de estas charlas la mujer empezó a manifestar interés por ir informándolo sobre los murmullos que él oía en su cuarto.

—El tipo que habla conmigo viene a hacer negocios. Entra por la puerta que da a la calle.

Pero Cantor mostró ahora indiferencia, ajeno a las palabras de Matilde como si hubiera olvidado por completo el asunto. Ella dejó pasar inadvertido el silencio y en otra oportunidad insistió:

—El tipo del que le he contado me vende cosas —y para no soportar la larga pausa de siempre aclaró: -son cosas robadas y me las vende baratas.

Esta vez pareció que Cantor le dedicó más atención: la miró como queriendo informarse y luego de la pausa que faltó antes hizo “ah”. Matilde se dio cuenta de que estaba logrando interesarlo o por lo menos sorprenderlo un poco, pero comprendió que él no iba a decir nada, que la exclamación era como una disculpa a lo que había supuesto del tipo y de ella.

—Yo vendo las cosas más caras —dijo Matilde, —a veces al doble.

—Es un buen negocio -comentó él, un poco turbado.

Luego Matilde le dijo que al día siguiente saldrían a hacer una diligencia, que estuviera listo a las tres de la tarde. A

esa hora abandonaron el café, doblaron la esquina y Matilde se detuvo cuando llegaron a la puerta que comunicaba con el cuarto de Cantor. La abrió y sin decir nada lo invitó a seguir. Ya adentro, Cantor observó el candado en el suelo.

—Yo lo puse ahí antes de salir —explicó Matilde cerrando la puerta. Se quedaron en silencio mientras Cantor la miraba sin entender, y luego ella se le acercó dejando que su aliento se confundiera con el de él descaradamente. Apretó ligeramente su mano, se aproximó al colchón y mostró una sonrisa preparada, dejó ver la punta de la lengua, una sonrisa apenas húmeda por el colorete, áspera y envejecida por el uso. Cantor quiso ver muchas cosas tras ella, logró marcarle una larga trayectoria y la llenó de episodios. Luego la sonrisa desapareció para que en un esfuerzo supremo los labios intentaran en vano conservarse húmedos. Cantor sabía que la mujer no tendría que pronunciar palabra y que a él le tocaría sentir sus labios ahora totalmente secos y arrugados, acariciar el pelo enmarañado, despojar las ropas transpiradas y soportar las manos callosas que no dejarían adivinar la habilidad de otros tiempos.

Cantor se distrajo un buen rato fumándose un cigarrillo y mirando las sombras que pasaban por el resquicio de la puerta, lanzando el humo contra esa luz intermitente, formando coronitas, y se levantó y se vistió cuando no toleró por más tiempo los dedos de Matilde jugando entre su pelo. También la mujer empezó a vestirse, más despacio, casi con parsimonia,

lanzándole continuas miradas como buscando su complicidad.

—¿Quiere trabajar conmigo? —le preguntó.

Cantor se confundió.

—Yo trabajo con usted —dijo.

—No digo en el café —dijo Matilde—. En el otro negocio.

Cantor se acercó a la puerta. No ocultaba su deseo de salir a la calle.

- ¿Qué dice? —dijo ella.

—Estoy bien en el café.

-Puede estar mejor.

-Prefiero seguir así.

—Puede hacer las dos cosas.

—No me queda tiempo.

—Trabaja menos en el café.

—Me gusta más este trabajo.

—Con el otro gana más.

—No me gustan los riesgos.

—Usted no corre peligro.

-Quiero seguir siendo honrado.

—En estos tiempos no se puede ser honrado.

Cantor retiró los ojos temiendo no encontrar una objeción.

Salieron a la calle y doblaron hacia el café. Ricardo parecía más enojado que de costumbre, a punto de estallar: les dijo que el trajín de hoy era enorme, que lo ayudaran a destapar botellas, que porqué se habían ido, a servir tragos de aguardiente y ron, que en días así era mejor quedarse todos, a afanar a las empleadas, que había llegado el recibo de la luz, a vigilar a los clientes, que las ratas los estaban invadiendo, a traer más cerveza del depósito, que esa vaina así no funcionaba, carajo.

Matilde se retiró y Cantor debió soportar otro rato el mal genio de Ricardo, hasta el momento en que súbitamente el hombre lo asió con brusquedad y quiso zarandearlo, pero Cantor reaccionó sin esperar y lo detuvo aprehendiéndolo de las muñecas, y en ese pequeño forcejeo que duró sólo unos segundos entendió que de alguna forma Ricardo sabía que él había estado con Matilde. Se apartó un poco, sin agresividad, dándose cuenta de que era la primera vez que se encaraba con Ricardo y que también esto lo sabía el hombre.

Los disgustos injustificados de Ricardo fueron menguando desde entonces, hasta que desaparecieron para convertirse en una violencia pacífica que no interesaba a Cantor y que los llevó a los dos a comunicarse menos de lo necesario. También desde aquel momento la proposición de

Matilde para que Cantor trabajara con ella en el otro negocio se transformó en una insistencia que a veces era mandato, ruego o consejo, y que podría ser, imaginaba Cantor, un cambio de favores cuando estaba con la mujer en la cama, pues en verdad nunca supo si Matilde lo hacía sólo para convencerlo, para lograr en ese proceso de paciencia que apartara los escrúpulos y se preocupara más por su comodidad. Al comienzo la oposición de Cantor era tenaz: exponía argumentos, levantaba la voz e ideaba sucesos ocurridos a amigos suyos que andaban por esos caminos. Luego la resistencia fue decreciendo y fue menos dignificada y convincente su posición de trabajador, hasta que por aburrimiento, por cansancio o porque ya dudaba de sus propios principios, empezó a guardar silencio cuando Matilde volvía al tema. Era el momento que la mujer estaba esperando: una mañana le dio un paquete y un papel.

—Llévelo a esta dirección -ordenó.

Luego vino otro encargo, con el tiempo uno más y después fueron menos espaciados y más comprometedores. Ya no se trataba sólo de llevar paquetes, sino que a esto se adicionó hacer llamadas telefónicas, concertar citas, discutir precios, rechazar propuestas o aceptarlas. A medida que aumentaba su responsabilidad crecía su interés por conocer al tipo que hablaba con la mujer en el cuarto y por saber de las otras personas que como él desempeñaban labores similares en asocio de Matilde. En cuanto al tipo, Matilde le dijo que era muy quisquilloso, que no le gustaba que lo viera nadie, y de los

otros que no tenía objeto conocerlos, pues él mismo estaba adquiriendo en el negocio más importancia que ellos.

—Usted hace citas y decide muchas cosas —dijo la mujer-. De los otros son pocos los que hacen eso.

Luego le reveló que si bien era cierto que se había acostado con algunos al comienzo fue sólo para convencerlos de trabajar en el negocio, y que toda la confianza que le brindaba a él era una excepción.

—La prueba está en que usted sigue viviendo en el café.

Cantor no quedó muy convencido ni satisfecho con la explicación. Dejó transcurrir unos días como si agradeciera tanta deferencia, y luego insistió. Esta vez Matilde le contestó sin hablar, mirándolo de medio lado como si sólo quisiera comprobar que también él la estaba mirando. Pero Cantor no se dejó intimidar e inmediatamente volvió sobre lo mismo. La mujer puso una cara malhumorada.

—¿Es que no entiende lo que le digo?

Cantor dijo que entendía perfectamente, pero que se le hacía lógico que quisiera saber de los demás.

-No tiene nada de lógico -dijo Matilde—. Si a los demás no les interesa saber de usted.

Por un tiempo Cantor tuvo que evitar las referencias sobre sus invisibles compañeros, pero cuando volvió, si bien no con la misma frecuencia, a inquirir sobre la existencia aunque

fuera de algunos, ella estuvo tolerante unos días pero a pesar del esfuerzo gritó que lo único conveniente era que él dejara la vaina, que de cuándo acá no entendía, y terminó, amainando el tono, diciéndole que ya que estaban hablando le iba a dar un consejo que tenía pendiente desde hacía mucho tiempo, algo que en realidad le convenía. Él debía trastearse del café a algún hotel barato o a alguna pieza de pensión, todo con el propósito de no hacerse sospechoso, pues uno nunca sabía quién lo estaba acechando.

Las dudas atormentaron a Cantor. Quizá poco a poco no iba siendo sino uno más entre los otros, o se había excedido al pedir casi exigiendo que lo informaran sobre gente que a él no le interesaba, o todo correspondía a un proceso manejado desde siempre por Matilde en busca de resultados similares y él era sólo una parte de ese proceso. Lo cierto fue que la confianza de Matilde se enfrió paulatinamente y aparecieron de nuevo los disgustos injustificados de Ricardo. Los trabajos que desempeñaba disminuyeron en responsabilidad, muchos de los acuerdos por él efectuados eran rechazados por Matilde y se le dijo que suprimiera las llamadas telefónicas para no correr riesgos.

-Eso se debe -aclaró la mujer- a que creo que le falta un poco de experiencia.

La explicación pasó inadvertida para Cantor, quien se sentía cada vez más como cualquier extraño en el café. Más

aún cuando Matilde, no contrariada pero decidida, lo estaba esperando en una ocasión a que regresara de la calle.

—Era en serio que debía buscar pieza -le dijo-. Usted puede seguir trabajando conmigo, pero no viviendo aquí.

Entonces Cantor aprovechó las salidas que hacía para demorarse notoriamente, alegando que estaba buscando adonde irse y que no le resultaba fácil: en los hoteles no confiaban que pudiera pagar cumplidamente y en las casas de pensión no lo creía acertado, pues luego de la familiaridad vendrían las sospechas. En tanto sentía con más convicción que ya no tenía nada que hacer en el café, no porque Matilde lo acosara con la pieza, pero le había ido suprimiendo trabajo hasta el punto que haciendo un gran esfuerzo ganaba apenas lo necesario. Además, Ricardo no dejaba escapar la menor oportunidad para referirse a su incompetencia en el manejo del negocio y por cualquier falta lo increpaba amenazándolo con el puño cerrado. De manera que Cantor se vio ante una sola alternativa: dijo que ya había encontrado pieza, que dentro de dos o tres días se marchaba y que inmediatamente le avisaría a Matilde su nuevo paradero. Así, ordenó su pequeño maletín y buscó la ocasión. Fue Ricardo quien encontró la caja vacía y en reemplazo del dinero una nota: Ahí les dejo su café de mierda.

Hasta mañana por la noche

Aunque sea cierto que el dueño del taller necesita hablarte con urgencia, no puede ya inquietar a Pedro Valde. Una persona que como él, a los veinte años, luego de concentrados soliloquios sobre un viaje a la ciudad logra por fin efectuarlo, salvando los inconvenientes del caso, adquiere, según Pedro Valde, una dureza difícil de doblegar. Y él se siente más seguro que cualquiera, se empezó a sentir fuerte desde esa noche en que ya tomadas las determinaciones se enfrentó aún con la mirada furtiva a su padre y le dijo, no para pedirle permiso sino para informarle, que se iba a la ciudad, que se iba a trabajar a la ciudad porque era el único medio de progresar, y el padre, como respuesta, le golpeó la cara con el dorso de la mano, entonces él trastrabilló, se perdió en un mundo de pensamientos desconocidos donde no alcanzaba a ordenar ninguno, y poco a poco, como si saliera de una nube que lo hubiera suspendido para no dejarlo caer al suelo, regresó y se encontró nuevamente en el cuarto calcinado, frente al padre que persistía con la mirada en su rechazo mientras él lo miraba ahora con desdén, y fue entonces cuando supo que había salvado la puerta que le permitía realizar desde ese momento libremente sus deseos. Y no dijo nada más.

-Pedrito, te necesita urgentemente el señor Zambrano.

Talleres Zambrano, decía el gran cartel de la fachada. Lo leyó y sin pensarlo dos veces entró, porque, según Pedro Valde, las cosas que necesitan pensarse dos veces no son seguras. No vaciló. Ya había vacilado bastante cuando al llegar a la ciudad debió desempeñar diferentes oficios ajenos al suyo. No dijo que quería empleo ni preguntó si había vacantes, aseguró, simplemente, que venía a trabajar. Su tono no era altanero y el señor Zambrano, impasible, estudioso, adivinó en él a un joven emprendedor y de iniciativa.

-Pedrito, te necesita urgentemente el señor Zambrano.

—Pedrito—dice el señor Zambrano, como le dicen todos desde niño, porque, según la gente, es muy bueno—, tú eres el que siempre cierras el taller, tú te quedas aquí, eres el responsable de todo y vamos directo al asunto- y el asunto es que se han perdido tres herramientas valiosas que el señor Zambrano no puede reponer de la noche a la mañana, el taller no produce montañas de dinero como para estar comprando herramientas, y se han perdido tres y el encargado del taller es Pedrito, duerme ahí, es el único y las herramientas tienen que aparecer.

—Señor Zambrano, ¿cree usted?

El señor Zambrano no cree nada, sólo dice que se han perdido tres herramientas, pero se lo dice a Pedrito.

—No te alteres, siéntate, tú estás al frente del taller y yo

te encargo para que hagas aparecer las herramientas. Eso es todo.

-Pero, señor Zambrano, yo no tengo ni idea.

—Ni yo tampoco. Por eso te dejo esa misión.

—Tienen que estar aquí.

—No están.

-En alguna parte.

-Ya buscamos bien.

Pedro se sienta poco a poco, como descolgándose, como si el taburete fuera incapaz de sostenerlo. Mira al suelo, mira fugazmente al señor Zambrano.

—Imposible -dice.

-Pero cierto -dice el señor Zambrano y al mismo tiempo asiente con la cabeza.

-Imposible.

—Lo mejor es que empieces de una vez, no puedes perder tiempo. Tienes plazo hasta mañana por la noche.

Pedro sale de la oficina y se queda parado un momento, contemplando el taller con una mirada que tiene la misma intensidad, esta vez de desasosiego, de cuando llegó por primera vez a trabajar. Ve que Manuel está de cabeza en el motor de un automóvil y se le acerca. Lo llama, y cuando el

otro vuelve la cabeza Pedro vacila un instante.

—Se perdieron tres herramientas —dice sin mucha seguridad.

Manuel se yergue y se limpia las manos con una bayetilla.

—Ya sé, se lo dije al señor Zambrano.

—¿Por qué no me lo dijiste a mí?

—Creí que tú lo sabías. Eres el que te quedas aquí.

-Pero no soy el primero en usar las herramientas y además esta mañana estuve afuera.

—¿Está muy bravo Zambrano?

-Ahora lo que importa son las herramientas.

—Ya las buscamos.

—Hay que buscar más, hasta que aparezcan.

Luego se acerca a Ricardo, que está debajo de una camioneta. Sólo se le ve la mitad de las piernas, los pantalones manchados de grasa. A la pregunta de Pedro, contesta sin aparecer:

—Si supiera dónde están las tendría aquí, las estoy necesitando.

—¿Dónde está Memo?

-Afuera probando un carro.

Pedro lo espera en la puerta con impaciencia. Cuando llega lo interroga hasta desesperarlo, sin ningún resultado. Entonces resuelve iniciar la búsqueda solo, dedicando el resto del día a reburujar cuanto cachivache hay en el taller. Ya tarde, convencido de que sus esfuerzos son infructuosos, decide pedir ayuda a Felipe Contreras, un agente de la policía que por lo general está de turno en su barrio y es amigo de los jóvenes del taller. Va a buscarlo en el café de enfrente. En una mesa están Manuel, Ricardo y Memo con otros dos amigos. Pregunta por el agente sin saludarlos, pero nadie lo ha visto. Qué le pasa a éste, dice uno de los amigos. Pedro los deja, se acerca al mostrador y averigua por el policía. No lo han visto, pero hoy debe venir pues hace tres días anda desaparecido. Pedro se sienta a esperarlo con una paciencia obligada que puede transformar su inquietud en rabia. Luego de una hora entra el policía Felipe Contreras. Pedro aguarda a que lo saluden y a que se tome el café que le brinda el hombre del mostrador y luego empieza por decirle que va a pedirle un gran favor. Le dice que no se explica y que si él vino a la ciudad fue a trabajar, pero qué pudo pasar, ah, es un enredijo que no lo descifra un mago, señor agente, tres herramientas de las valiosas, cuando no hay fantasmas ni duendes, cualquiera de los otros las tiene, tal vez Manuel que no es el más bueno, y le pide el favor al agente de que registre sus cuartos, con seguridad ahí están, puede jurarlo. Pero Felipe Contreras es un amigo como hay pocos y Manuel, Ricardo y Memo, pues a fin de cuentas son

sus amigos, la sospecha es imposible, caramba con las cosas que se le ocurren a Pedrito, ellos no, quizá alguien se metió por encima de la tapia, claro, son amigos viejos, y además se necesita una orden para entrar en casa ajena.

Durante la noche Pedro no puede dormir. Hay instantes en que no sabe si es cierto lo que sucede, pero en ningún momento logra calmar su inquietud. En otra ocasión hubiera permanecido sereno del todo, pero lo cierto es que ahora no puede dormir. No tanto pensando en las herramientas sino en ¡cómo es posible!, el señor Zambrano le dice ladrón y se queda como si lo hubiera saludado, los amigos no lo ayudan en nada y el agente Felipe Contreras ni la mínima intención de averiguar algo, ¿amigos?, no hay tal, ¿y las herramientas?

Se levanta cuando apenas empieza a disiparse la noche y se da de nuevo a la tarea de inspeccionar los rincones del taller, comprendiendo, sin embargo, que está cayendo en el vacío, aunque, según Pedro Valde, el que pisa dos veces sabe por dónde camina. Espera a que lleguen sus compañeros, pero no dice nada. Tiene confianza en que sean primero ellos los que hablen. Transcurrida parte de la mañana aún continúa esperando, ávido, sin preocuparse en ocultar su angustia. Luego llega el señor Zambrano, que también en el más completo mutismo se dirige a su oficina. Entones Pedro recuerda que el plazo para encontrar las herramientas termina por la noche. Mira a Manuel, luego a Ricardo y por último a Memo. Los mira sin rencor, más bien con un poco de tristeza.

Manuel se viene caminando despacio, hasta acercársele.

—¿Tienes un cigarrillo?

¡Un cigarrillo!, entonces total amigos, no, primero las herramientas, aquí mismo, después sí hasta una caja de cigarrillos.

Al no obtener respuesta Manuel se retira. En ese momento Ricardo mira a Pedro, y Pedro alcanza a alegrarse.

- ¿Sabes dónde está la llave inglesa grande?

—¡A estas horas preguntar por llaves inglesas!, ¿no se dan cuenta de lo que sucede?, tres herramientas de las valiosas, hasta la noche solamente. Se retira antes de que a Memo se le ocurra pedirle una cerveza, y se dirige hacia la calle y va a cruzar la puerta cuando el señor Zambrano lo llama. Pedro guarda una esperanza y quiere creer que el señor Zambrano siempre ha sido como un padre.

—¿Qué hay de las herramientas?

No lo llama para decirle que ahí están, que se habían refundido sin saber cómo, que perdonara, que cualquiera puede equivocarse.

—Todavía no sé nada.

—Ya va a llegar la noche.

Pedro Valde lo sabe. Se le ocurre pedir otra vez ayuda al agente Felipe Contreras. En el café le dicen que no lo han visto,

y él lo busca en vano por el barrio. Entonces tiene que volver al taller y reburujar hasta morirse de cansancio para que al menos el señor Zambrano vea que está haciendo todo lo posible y diga que tiene todas las intenciones, pues eso, según Pedro Valde, es más importante que cumplir la orden. Ya de noche, en el taller sólo quedan Pedro, agotado y casi llorando, sentado en una caja, y el señor Zambrano en su oficina. Pedro espera que al salir el señor Zambrano le diga algo, qué hay de las herramientas, se acabó el plazo, pero el señor Zambrano abandona el taller sin pronunciar palabra. Eso es peor para Pedro, quien deja pasar otra noche haciendo conjeturas, y llega a deducir que el agente Felipe Contreras es aliado de los otros, y que el señor Zambrano armó la trama para ganarse las tres herramientas. Luego se recrimina, niega y vuelve a empezar.

No obstante haber dormido muy poco las dos noches anteriores, y sólo para tener pesadillas las veces que lo hacía, no está cansado. Las preocupaciones, según Pedro Valde, no le permiten al cuerpo distraer su atención en nada. Tiene la vaga esperanza de que durante la mañana los compañeros le revelen algo o que el señor Zambrano le diga que olviden el asunto. Se resguarda en esas cavilaciones, pero los otros trabajan entregados de lleno en lo suyo, con la mayor indiferencia, y el señor Zambrano no aparece. Pedro se esfuerza por calmarse, pues él no se ha llevado las herramientas, eso es todo, así va a decírselo al señor Zambrano.

Pero el señor Zambrano piensa de otro modo. Aparece

en la puerta acompañado del agente Felipe Contreras y de seis o siete curiosos. No hay nada que decir, Pedrito, boleta de captura, nada que hacer, sospechoso de robar herramientas. Sin embargo no es nada grave: si comprueba que es inocente lo dejan libre y todo se convierte en un paseo. El señor Zambrano lo coge de un brazo y lo jala, pero Pedro jala más fuerte y se echa hacia atrás, mientras los curiosos se apelonan e interviene el agente Felipe Contreras. También a él se le zafa y grita que están equivocados, carajo. Si eres inocente te sueltan en un santiamén, dice el agente Contreras. A alguien tienen que apresar y no voy a ser yo, dice Pedro al tiempo que el señor Zambrano se enardece y amenaza con golpearlo. Pedro se agacha rápido, da dos pasos atrás sin que nadie logre siquiera tocarlo, hace un quite a un lado, da un salto al otro y mientras la furia entorpece a los demás él calcula por dónde salir del cerco y logra al fin escurrirse por un claro y echa a correr como una gacela. El agente Contreras se desconcierta, mira al señor Zambrano, se avergüenza ante él y siente temor ante su poder y se disculpa y empieza a gritar:

—Pedrito, no corras, detente o disparo, párate, no hagas pendejadas, detente o tengo que disparar, Pedrito.

El entierro de Mico

Esa vez ni siquiera Pórtela pudo explicar qué le sucedió a Mico. Pórtela era el mayor y por eso todos sabían que lo que decía era verdad, pero en aquella ocasión no dijo nada por más de que estuvo pensándolo bastante tiempo. Pórtela tenía once años y Mico era de los más pequeños con otros cuatro o cinco. A Mico lo cargaron desde el centro hasta el cerro los mayores, turnándose no porque se cansarían sino porque todos querían llevarlo. A su lado caminaba Peto sin quitarle los ojos de la cara y sollozando en silencio, pues todavía no terminaba de entender lo que sucedía. Peto era hermano de Pórtela y como pertenecía a los más pequeños era muy amigo de Mico, se la pasaban juntos y cuando todos se separaban ellos se iban por su lado, a veces en compañía de otros pequeños, pero siempre los dos. Sabían a qué cafeterías y restaurantes entrar y conocían con sólo mirarlo al cliente que les daría un pedazo de bizcocho o que les permitiría coger las sobras de los platos. Se divertían viajando en los parachoques traseros de los vehículos o sobre un cartón que les servía de coche luego de asirse a la parte posterior de los buses, pero no se alejaban mucho porque todavía eran muy pequeños aunque ya se habían arriesgado en unas ocasiones para salir a otros barrios. La primera vez estuvieron en Chapinero y después más abajo de San Victorino, donde se aventuraron solos porque a Chapinero los acompañó

Crespo, que era de los mayores. Crespo se conoció con Pórtela en un patio, un día que se regó la voz de que estaban haciendo recogida y todos corrieron a esconderse. Casi les daba lo mismo que los prendieran pero preferían estar en la calle donde podían combatir mejor el frío. Supusieron que algún personaje importante llegaba a Bogotá y Pórtela y Peto fueron a dar al patio en el que conocieron a Crespo, y cuando los dejaron libres luego de darles una buena bañada con manguera salieron y siguieron los tres hasta la calle diecinueve. Desde entonces Crespo frecuentó la diecinueve y más tarde empezó a cantar en los buses con Chiquito, se subían por la puerta de atrás y ofrecían al público una canción para luego recoger unas monedas. Crespo regañaba a Chiquito porque se equivocaba en la letra de las canciones y lo llevaba a la puerta de los cafés para que las oyera y se las aprendiera bien, pero Chiquito tenía seis años y a las doce de la noche ya se quedaba dormido, entonces Crespo le decía que por eso era que los choferes no los dejaban cantar en los buses. Ese día cuando Chiquito llegó a buscar a Mico y a Peto vio que Mico estaba tendido contra una pared y que todos lo rodeaban. Luego llegaron Mocho y Coconís y otros más, entonces dijeron que lo mejor era llevárselo a otra parte. El sol de la mañana estaba fuerte pero empezaba a lloviznar aunque tan leve que la gente podía ir sin paraguas, y ellos iban por entre la gente cargando a Mico sin que nadie se diera cuenta. Mocho y Coconís llegaron temprano a la esquina de la diecinueve para encontrarse con Pórtela y los

demás que formaban el grupo. Coconís se había alejado un poco de ellos porque se había dedicado a embolar, pero cuando le robaron la caja y los cepillos volvió a integrarse a la patota y Pórtela le dijo que también él se robara una caja y unos cepillos, pero Coconís siguió con ellos y a veces se iba a cantar con alguno de los pequeños en los buses o a la salida de los cines. A los grandes les gustaba estar con los menores porque la gente era más generosa con ellos, aunque en ocasiones les molestaba que no corrieran rápido cuando los perseguía la policía, como la vez que Coconís iba con Nato y arrancó una revista del muestrario de una cigarrería y los tuvieron dos noches en un patio porque Nato rodó por el suelo y el dueño los alcanzó. Les había dado por reunirse en la acera de un restaurante y cuando aparecieron después de dos días Coconís contó mientras continuaba regañando a Nato y éste se defendía lo que les sucedió, pero luego salió el dueño del restaurante gritando que dejaran el alboroto y los sacó corriendo. El restaurante tenía abierto hasta la madrugada, concurrido por choferes de taxi y trasnochadores de oficio, y si el dueño no estaba a la vista y la mesera se encontraba ocupada ellos entraban sigilosos, tomaban la comida que quedaba en los platos, a veces lograban un pan entero, acababan la gaseosa que había sobrado en las botellas y terminaban huyendo en desbandada por entre mesas y asientos con el dueño detrás lanzando imprecaciones porque lo estaban volviendo loco. También enloquecían a los vendedores callejeros, a las

empleadas de almacén, a los transeúntes y hasta a los mismos pordioseros. Para los vigilantes nocturnos era un oficio estar despertándolos a cada rato porque se quedaban dormidos contra las vitrinas, especialmente en las que había más bombillos pues no pegaba tan duro el frío, y cuando hacía mucho calor se desnudaban y se bañaban en las piletas mientras la gente los contemplaba divertida, hasta cuando llegaban dos o tres policías y ante los observadores aún más divertidos los espantaban porque si los prendían no sabían qué hacer con ellos. El que sí sabía era el español de la séptima que los tenía que soportar alborotando en la puerta de la cafetería, y si los azuzaba para que se fueran ellos le remedaban el acento, entonces el español empezaba a gritar y entre más se enfurecía más monerías le hacían, pero era mejor no dejarse agarrar pues el español era experto en dar coscorriones. A Mico le constaba porque un día lo había cogido, pero era que a Mico siempre lo agarraban fácil. Del suelo lo levantaron Pórtela y Crespo tal como había amanecido y sintieron que pesaba más, y sintieron un calor pegajoso pues el viento estaba quieto y la llovizna que caía era apenas como una brisa húmeda que no alcanzaba a mojar. Cuando lo levantaron no había muchos pero por el camino se les unieron otros y al llegar al cerro eran una procesión en caos. En cada cuadra había unos y de cada esquina aparecían más, y mientras la gente seguía de largo sin advertir lo que sucedía todos notaban que algo ocurría entre ellos, se acercaban empujando a los demás o apoyándose en

sus hombros para mirar, preguntaban y continuaban detrás formando un desfile desordenado, y cuando ya había demasiados empezaron a ponerse zancadilla, a lanzarse terrones y cáscaras de naranja, a luchar en el suelo, en medio de la calle, y en la pileta del parque Santander se echaron agua como en una guerra hasta quedar todos ensopados. A Mico lo llevaban colgando de manos y piernas y Crespo dijo que ahora le tocaba a él, pero Coconís se hizo el desentendido, entonces Crespo lo cogió de un brazo, de manera que Mocho aprovechó y también él lo cogió de donde pudo y terminaron cargándolo todos, hasta los pequeños que se agarraron de sus ropas pero más que llevarlo lo que hicieron fue aumentar su peso. El que más se recostaba era Nato porque el día anterior se había clavado un vidrio en un pie al tratar de colarse en la plaza de toros. Hacía un año que había usado zapatos por primera vez pero se le gastaron tan pronto que no alcanzó a perder la costumbre de andar descalzo, y cuando buscaba por dónde entrar burlando la vigilancia sintió la punzada en el pie, de modo que tuvo que quedarse sentado en un prado mientras le pasaba el dolor y ni siquiera pudo estar como los demás que no lograron colarse, entre la multitud de aficionados pidiendo que le regalaran algo. Por la noche aún no le había sanado la herida y Mico debió conseguirle los periódicos, los tendieron en forma de cama junto a una pared y con Pórtela y Peto se acostaron muy cerca el uno del otro para sentir un poco de calor. Preferían dormir en los portales de los edificios o

pegados a las vitrinas de los almacenes, pero a veces les daba lo mismo y se quedaban en cualquier parte o buscaban cuerdas menos concurridas porque querían soñar a su antojo. Nunca dormían toda la noche de manera que constantemente se les veía por ahí, merodeando por las calles y rondando hasta el amanecer todos los lugares, y en cada sitio les decían que se fueran a joder a otra parte pero de todas formas estaban jodiendo en esa y en todas partes, pidiendo cinco centavos o asomando las caras sucias por los vidrios de los restaurantes. A los cafés entraban buscando un cigarrillo y no les interesaba si el administrador los detenía chasqueando los dedos desde que los veía en la puerta, pues recorrían veloces dos o tres mesas y si no lo conseguían volvían a la calle donde por mal que estuvieran las cosas nunca faltaba una buena colilla. Mocho y Coconís anduvieron por la séptima, de la veintiséis a la Plaza de Bolívar, lanzándoles piedras a los perros callejeros para despertarlos, mortificando a las prostitutas y a los homosexuales, y tendiendo la mano hacia cada transeúnte. Sabían a qué horas se terminaba la nocturna en los cines y se detuvieron en algunos a esperar la salida, pero no en los que al frente tenían estacionamiento de carros pues los vigilantes los corrían amenazándolos y diciéndoles que a lo que iban era a robarse los limpiabrisas, y también se las arreglaban para sacar con precisión la tapa de la gasolina y las copas de las llantas, pero había que estar alerta cuando los vendían porque una vez Crespo le mostró un limpiabrisas a un chofer para que lo

midiera y el chofer arrancó sin decir nada. No tenían sueño pues durante el día habían dormido unas horas bajo el sol que caía sobre los puentes, de modo que estuvieron hasta el amanecer por las calles y cuando llegaron a la diecinueve vieron a Pórtela y a algunos de los pequeños rodeando a Mico. Pórtela lo examinó y dijo que durante la noche lo había sentido moverse mucho, pero todos sabían que por las noches Mico sufría de pesadillas. Lo contemplaron un rato y decidieron entonces llevárselo del centro porque había que hacer algo, y necesitaron el trayecto hasta el cerro para convencerse de lo que sucedía y quedar más confundidos. Pórtela y Crespo se sintieron con derecho a cargarlo pues eran los que siempre lo ayudaban, pero de todas formas los mayores siempre habían ayudado a los pequeños, tenían más oportunidades en la calle aunque al fin y al cabo los menores contaban con mejor suerte en el quicio de las iglesias y en la puerta de los cafés. A mitad de camino Mico se hizo más pesado, no tanto como para que no pudieran cargarlo entre dos, pero todos quisieron participar y cuando llegaron arriba cada uno lo llevaba de un lado. Los demás se acercaron para observarlo otra vez y luego se dispersaron por el cerro, se lanzaron pepas de eucalipto y se treparon a los árboles, lucharon y rodaron por entre piedras y tierra y en desbandada bajaron nuevamente a la ciudad para desperdigarse por las calles.

Tigre

Atrás quedaba la avenida bien iluminada. Por la calle que corría ahora era oscura y tal vez por eso la avenida que dejaba parecía llena de luz. Después de correr veinte cuerdas cualquiera se cansa, pero él podía correr otras tantas y luego veinte más. Por algo le decían Tigre. Porque era capaz de saltar una tapia como nadie y regresar con una máquina de escribir o un radio o una cámara fotográfica en un abrir y cerrar de ojos, entonces lo menos que se le podía decir era usted es un tigre, como le dijo el compañero de la escuela la primera vez que salieron con los otros tres y le indicaron lo que debía hacer y él cumplió a la perfección con una habilidad producida por el miedo. No se le habría ocurrido nunca que cuando le dijo al compañero que se tenía que retirar de la escuela porque la madre se estaba matando encima de un lavadero para ganar una miseria, que no podía darle ni para comprar un cuaderno, no se le habría ocurrido que el compañero le iba a decir que esperara y que esperara otro poco y que al cabo de unos días le diera la solución. Pero él replicó que era distinto coger algo de vez en cuando de la tienda de la escuela, entonces el compañero le dejó la inquietud para que la pensara. Esa misma semana transcurrió como un solo día tormentoso, luchando contra la propuesta hasta el momento en que se dio cuenta que estaba luchando contra su propia esperanza. El compañero le dio un

abrazo que le quitó la respiración, le iba a presentar al jefe y a los otros dos, lo animó porque lo vio algo intimidado, hermano, tranquilo, todo saldrá de perlas. El jefe dijo que harían un ensayo, tenía todo preparado y sólo bastaba saber si él corría o no el riesgo. El jefe mismo lo ayudaba a subir la tapia mientras el compañero y los otros dos campaneaban por si venía alguien, y él contestó que era capaz, tal vez por vergüenza de decir que no se atrevía pero en todo caso la prueba no podía haber salido mejor, regresó con un estuche o un maletín, no sabía, nunca supo qué contenía, no se acordaba de la forma y el compañero de la escuela dijo usted es un tigre, los otros dos lo palmotearon y el jefe le dio un abrazo que lo ayudó a ocultar el temblor que le arrebatava el control de las manos y las rodillas. Luego no lograba establecer si lo que hacía estaba bien, pero el jefe le explicó que era para poder seguir estudiando, y lo hizo pensar que quitarle al que tiene mucho no es pecado, imagínese a su mamá trabajando tanto para ganar una miseria y al poco rato ya se había esfumado la intranquilidad de su conciencia. Buena gente el jefe y el compañero y los otros dos, se portaron bien desde siempre, desde que se conocieron por los tiempos de la escuela hasta ahora que ya no estaban, hasta ahora en que él dejaba atrás la calle oscura para introducirse por un corredor interminable como un túnel en que no veía nada, pero él podía cruzarlo sin tropezarse, sin enredarse, por algo le decían Tigre, como le había puesto el compañero la primera noche, porque fue al compañero al que se le ocurrió, siempre tan ingenioso y

buena gente, capaz de darlo todo por los demás. Fue él quien le dijo que no se saliera de la escuela y un día le salvó la vida a costa casi de la suya, la tarde del asalto al banco, el cajero sacó el revólver y si el compañero no lo empuja, Tigre hubiera quedado con un tiro peligroso, pero la bala fue a dar en un brazo del compañero y tuvieron que irse con las manos vacías, buena gente aunque a veces pusiera trabas en la repartición, alegaba que él hacía más que todos, que se exponía más, era falso pero todos decían lo mismo, no se podía culparlo aunque un día le sacó en cara a Tigre que estaba ahí gracias a él, qué carajo, lo que no se podía olvidar era los méritos del compañero, ingenioso como él solo, sólo él había podido planear lo de la joyería, tomaron el local de al lado y cada noche taladraban un poco la pared amortiguando el ruido, se quedaban de a dos y uno trabajaba mientras el otro velaba para avisar cuando pasara alguien, y al calcular que ya no faltaba sino una noche esperaron a que la joyería estuviera llena. Buen trabajo dijo el jefe hoy invito yo, y como el jefe no hablaba por hablar esta vez gastó la comida y los tragos, nada de raro tenía su actitud, ahí estaba demostrando el buen corazón del jefe aunque la verdad sea dicha era al que más le tocaba en la repartición, tal vez por ser el jefe o porque dirigía las operaciones o como él decía porque de vez en cuando tenía que untarle la mano a alguno del servicio secreto que los tenía fichados, y seguro fue algún carajo de esos el que nos sapeó dijo el jefe cuando estaban en plena balacera, la casa rodeada y

ellos escondiéndose, defendiéndose agachados, levántense que no están disparando mierda, valiente el jefe, siempre dando buen ejemplo, con razón era el jefe y el que había ido enseñándoles todo desde que comenzaron, pacientemente los instruía hasta que supieran la lección, ante todo serenidad, muchas cosas no las daba la práctica sino que había que aprendérselas de memoria, no ponerse nervioso con nada aunque el peligro fuera repentino, comprender que siempre estaban en peligro, no apresurarse si no era necesario, el afán traía nerviosismo que producía ruidos delatores, no distraerse con nada, poner los cinco sentidos sólo en el trabajo, actuar con naturalidad como si se fumara un cigarrillo, no llamar la atención ni levantar sospechas, ante todo serenidad, los nervios de acero, grabarse eso en la cabeza y repasarlo hasta que se hiciera costumbre, hasta que hiciera parte de uno mismo y saltara sin ningún esfuerzo, ante todo serenidad, y ahora la tenía, la necesitaba para dejar atrás el negro corredor y enfrentarse con los obstáculos del potrero que le salía al encuentro, lleno quizá de alambradas y trampas que perdían significado ante él, insuficientes para detener esa carrera que hubiera querido compartir con alguno de ellos, con uno de los otros dos que era el más ágil, el más resistente, de golpe más que el propio Tigre, lo tenía muy presente en la memoria, el mismo que se encaramó a la azotea de un edificio y abrió todos los apartamentos rompiendo los seguros sin dificultad, qué día de fiesta aquél, todos brindaron a su salud, se merecía esos

brindis y muchos más por ser buen amigo y darles ánimo en todo, desde la época de los entrenamientos, el jefe hacía que Tigre repitiera la lección anterior y él aplaudía, perfecto, perfecto, después consistía en escalar y descender una pared con la mayor rapidez, muéstrenos otra vez, bravo, hágalo cinco veces más, aplausos, sólo le faltaba un poco de calma, felicitaciones, es un tigre, amigo como no había otro y fue el primero que cayó con diez o veinte impactos que lo hicieron saltar, ya los tenían más que acorralados y el jefe dijo que miren a esos mierdas después que les untamos la mano hasta que se les dio la gana, disparaban con rabia de ver al amigo, el mejor aunque le gustara buscar bronca, armarles camorra a ellos mismos, claro que no llegaba a extremos ni a cosas serias como el compañero que una vez le sacó cuchillo porque dizque le quería quitar a Leonor, pero era Leonor la que le estaba coqueteando a Tigre, haciéndole ojitos y él a fin de cuentas era hombre, qué hacía, si no se mostraba por lo menos un poco interesado qué no le dirían, y por eso casi tiene su lío con el compañero, de cuchillo y todo porque el compañero no era de los que se ponían con pendejadas ni Tigre tampoco, que si no interviene el otro amigo, al que no le gustaba el escándalo, tan sentimental, alguno de los dos hubiera caído pero el amigo los separó, dijo primero me matan a mí, hasta los empujó indignado, esas vainas no se hacen ni en chiste, y fue el que dijo que le daba mala espina lo del camión, que algo le decía que no les iba a ir bien, no hay que ser pesimista dijo el jefe,

tenían todo planeado con el tiempo suficiente, sabían dónde parqueaba el camión luego de recoger el dinero, a qué horas, cuánto se demoraba ahí, el número de hombres que había, sólo dos o máximo tres, todo salió perfecto, ni una bala aunque el compañero tuvo que usar el cuchillo en uno que quiso hacerse de héroe, pero nada de ruido, el ruido vino después cuando ya estaban en la casa, rodeados con toda clase de armamento y les dijeron que salieran, los güevos gritó el jefe, tenía razón el amigo, empezó la balacera entonces era verdad que no les iba a ir bien, tan intuitivo como la vez que dijo vámonos por aquí porque me da la espina y se salvaron pues por el otro lado los estaban esperando cuatro carros, tan acertado y en el fondo tan ingenuo y confiado, cuando vio que cayó el amigo quiso sacar un pañuelo blanco, no nos harán caso dijo el jefe lo que quieren es bajarnos a todos, pero él sacó el pañuelo, sólo un poco porque lo devolvieron, le hicieron dar sus buenas vueltas por el suelo y fue a parar junto a Tigre con los ojos abiertos como si lo mirara, con la misma mirada de asombro que puso cuando Tigre y el compañero se retiraron de la escuela, él no comprendía porqué desperdiciar esa oportunidad, si él la hubiera tenido, no se daba cuenta que se iban a dedicar a cosas grandes, si se estaban arriesgando pues que fuera por algo que valiera la pena, entonces él decía que sí pero que no se salieran, que él hacía su trabajo, en el fondo tan bueno, abría los ojos como ahora sin entender, como si no supiera que los iban a matar a todos y Tigre dijo hasta aquí llegamos, nos vamos por

atrás dijo el jefe aprovechemos que está oscuro, salieron al solar, cada uno coge por su lado susurró el jefe a ver quién se salva, saltaron la tapia y empezaron a correr como sombras que dejaron de serlo cuando prendieron los reflectores, otra vez el ruido y Tigre logró introducirse por entre la gente, hacerse invisible ante los ojos que lo miraban espantados y cobardes, abrirse paso por ese hormiguero que los había presenciado durante horas, lanzó una imprecación iracunda y siguió adelante acelerando el paso sin volver la mirada.

Un lugar para la hija

Con una voz que primero recorrió toda la casa el padre ordenó cerrar la tienda. Pero la muchacha continuó sentada en el butaco detrás del mostrador. Cerrar la tienda significaba para ella entrar en ese mundo oscuro, deprimente y vacío que era la casa. La voz del padre volvió a llenarlo todo antes de llegar a la tienda. Era una voz recia que producía temor desobedecer: cuando se dejaba oír se materializaba, se hacía palpable y se la podía ver gruesa, horizontal y opaca. Entonces la hija se levantó —sin ninguna manifestación de furia porque era dócil— y cerró la puerta. En ese momento experimentó, como todas las noches, una sensación de desamparo. Era como si cruzara una línea abandonando su mundo individual del que era única dueña, para introducirse en ese universo que repudiaba, que la sofocaba y que terminaría asfixiándola por completo. Se quedó un largo rato en la tienda para saborear aún el rescoldo de soledad que le pertenecía y que no recuperaría hasta la mañana siguiente. Apagó el bombillo, salió por la puerta que comunicaba con la casa y quedó en el patio. Una luna redonda lanzaba la única luz que existía en ese momento y que la iluminó toda intensificando su palidez. A un lado estaba el cuarto del padre: por la rendija de la puerta ella se daba cuenta si había luz en el interior, pero esto poco le interesaba. A veces, involuntariamente, oía frases que permitían adivinar

sus tormentos y producían compasión. Por eso —rechazando dolerse de quien en ocasiones le hacía odiar la vida— resolvió no volver a llevarle la comida al padre, intento que se frustró a los dos días ante la determinación de él de no probar alimento si no era preparado y conducido por la hija. De manera que el fracaso al tratar de eludir las visitas obligatorias no hizo sino acrecentar su desasosiego, pero al mismo tiempo le dio fuerzas para solucionar sin admitir objeciones el hecho de encontrar en una ocasión al padre desnudo: optó por llamar tres veces a la puerta antes de entrar y sólo lo hacía si el padre, también tres veces, ordenaba seguir.

Apenas salió al patio se dirigió por el corredor a su habitación, al fondo de la casa, se encerró con llave y se sentó en la cama a pensar por largo tiempo en la mañana siguiente. Era lo que siempre en ese instante -que se repetía sistemáticamente cada día- ocupaba su pensamiento, pues era lo único que la reconfortaba, lo que con el tiempo la había hecho olvidarse de todo, hasta de su propia madre: la conoció borrosamente en su niñez y a veces evocaba en forma incierta su cara, unos rasgos tal vez supuestos, y de sus manifestaciones maternas no tenía una sola impresión. De la única persona que hubiera podido saber algo no obtuvo muchos indicios: el padre se limitaba a decirle que había muerto de repente y ella sentía que le ocultaba algo, que en las respuestas lacónicas del padre se escondía un tormento o un rencor. Algunas veces trató de comprenderlo, de descubrir en sus palabras incoherentes la

causa de su comportamiento. Pero más tarde se fue desentendiendo del padre de la misma forma que lo había hecho con todo lo demás, y poco a poco él tuvo que acostumbrarse, luego de una lucha estéril, a la idea de que vivía solo y darse cuenta por fin de que en verdad la hija ya no se conmovía, que comprendía como él que la vida de ambos marchaba como una sola repetición. Ese día el padre se había despertado a las cuatro de la mañana. No tenía una hora determinada para levantarse, pero habitualmente lo hacía a las cuatro. Asió la botella de aguardiente que estaba al lado de la cama, bebió un trago y permaneció un rato acostado boca arriba con las manos bajo la nuca. Se levantó lentamente, como todo, y sin encender la luz bebió otro trago. Salió del cuarto y mientras daba vueltas alrededor del patio en su mente se formó la confusión de siempre con pensamientos atropellados y reflexiones inconclusas que se tornaban cada vez más oscuras. Al comienzo, aún lúcido, cuando adquirió la costumbre de trazarse en cada ocasión la trayectoria de su vida, nada podía doblegarlo. Pero con el tiempo le fue menos sencillo sentirse ajeno a su comportamiento, persuadirse de que éste no era más que producto de una existencia que no quería vivir. Alguna vez, también a las cuatro de la mañana, levantó la mirada para escrutar el cielo y despejar la mente: no encontró nada en la oscuridad y sintió miedo. Sólo de vez en cuando, luego del esfuerzo de muchos amaneceres, volvía a afianzar los argumentos con que lograba atestiguar su sinceridad. Pero en

unos cuantos segundos sentía que temblaban, que empezaban a nublarse o a huir para ausentarse por mucho tiempo: entonces lloraba un poco.

La hija se levantó a las cinco. Aunque quería despertarse más temprano de la noche y de sus sueños a veces tan tormentosos, el padre no se lo permitía arguyendo que necesitaba dormir para descansar. En ese momento él podría estar en el patio o en el cuarto, pero ella no lo supo pues salió del suyo sólo media hora después. Fue a la cocina, preparó los desayunos y le llevó el del padre. Lo saludó como ausente de su presencia, con una voz lejana que repetía cada mañana las mismas palabras. Regresó al interior de la casa y luego de tomar su desayuno abrió la tienda. La luz que llegaba de afuera la reconfortaba: era distinta a la de la casa, entraba llena de los ruidos, voces y gritos de la ciudad que la distraían y la aislaban aún más.

El padre vino a vestirse sólo al mediodía. Durante la mañana leyó una novela de pistoleros mientras escuchaba radio y bebía de vez en cuando un trago de aguardiente. El almuerzo, que la hija empezó a preparar desde las once, ingeniándoselas para no abandonar su trabajo, corriendo de la tienda a la cocina, estuvo listo a las doce. Le sirvió el del padre y llevó el de ella a la tienda, y a los ruegos de él para que cerrara y descansara un rato objetó que esa hora era en la que más vendía. Pudo así alejarse de la casa, pues aunque durante el día las relaciones con el padre eran apacibles, porque en realidad

ella las eclipsaba con sus labores, el recuerdo de la noche con sus tensiones y suspensos hacía que ligara la casa con el temor. La casa era la noche y la noche era el padre ya más trastornado por los efectos del alcohol, moviéndose torpemente con la camisa abierta, transpirando, musitando frases de reproche o de disculpa como dirigidas a ella, lanzando en voz alta palabras un tanto gemebundas a las que la hija no les hallaba significado o no quería oír. El tiempo que consiguiera permanecer en la tienda era la fuerza que asimilaba, el viaje diario que cumplía y que le permitía enfrentarse a la oscuridad.

La hija dejó el cuarto, fue a la cocina y puso a calentar en una sartén ennegrecida por el uso la comida del padre. Después haría lo mismo con la suya, se encerraría nuevamente y comería, trataría largamente de conciliar el sueño y se dormiría fatigada, rechazando pensamientos y esforzándose en soñar con la mañana siguiente. Desocupó en un plato la comida humeante y fue hasta la habitación del padre. Tocó con los nudillos de los dedos y tuvo que esperar un buen rato.

—Sigue —el acento de la palabra pertenecía a una persona contrariada. Ella volvió a tocar.

-Sigue.

Por tercera vez los nudillos golpearon levemente la puerta. -Sigue -el tono subió con una desesperación resignada.

Ella entró. El padre se encontraba sentado en el borde

de la cama: estaba en mangas de camisa y mostraba una barba de varios días. La hija dejó el plato sobre una mesita y se encaminó a la puerta.

—¿A dónde vas? -preguntó el padre.

Ella no se detuvo—: A mi pieza.

—¿Por qué tan rápido?

Esta vez ella se detuvo, pero continuó de espaldas—: Tengo hambre.

-Espera a que coma y te llevas el plato.

-Yo también voy a comer -su voz iba adquiriendo el cansancio de quien no está acostumbrado a hablar.

-Mírame siquiera.

—Me voy ya.

—Mírame, aunque sea por respeto.

La hija volvió la cabeza por encima del hombro y sin lograrlo intentó una sonrisa.

—¿Por qué no te quedas un momento? —el padre se levantó y la tomó de los brazos.

-Por eso -dijo ella liberándose—, porque no me gusta que me toque —se encaminó a la puerta, pero el padre volvió a asirla.

-Suélteme —gritó la hija sin vigor, y más que un grito

pareció un ruego.

—Tutéame por lo menos, no me trates como a un extraño.

—Suélteme.

Pero ya el padre la había sujetado más fuerte e intentaba tenderla sobre la cama, acto que logró sin dificultad dada su corpulencia. La dominó luego por completo lanzándose sobre ella mientras murmuraba palabras entre el alcohol y la súplica, repitiéndolas aunque ni él ni ella las oyeran, dejando que se convirtieran en simples formas para evidenciar el desarrollo maquinal del momento.

Con el tremendo esfuerzo que requería la acción que libraba desesperada, sin sollozos porque se habían perdido desde tiempo atrás, vino a la mente de la hija, reproduciéndose sin cohesión para alterarla aún más, la ocasión en que al entrar al cuarto del padre lo encontró desnudo, casi revolcándose en la cama, susurrando como tantas veces. Cansada de forcejear inútilmente, comprendiendo que al final todo sería estéril, sabiendo que para conquistar su soledad tenía primero que ser derrotada, en lo único que ocupó sus últimos alientos fue en cerrar decidida los ojos e irse del mundo.

La regresó al cuarto, a la cama, el llanto tenue y entrecortado del padre. Entonces abrió los ojos y pudo liberarse con facilidad. Se incorporó, salió a la noche y empezó a caminar por el corredor, sin rencor, sin amargura, sin

desolación, con el cuerpo vacío.

Olor de lluvia

Cuando despertó y vio por las hendidias de la persiana que el día estaba brillante, resplandeciente, sonrió. Rezó un Padrenuestro, besó el crucifijo que colgaba de la cabecera de la cama, se levantó y se asomó a la mañana tibia y cristalina. Respiró profundamente y extendió los brazos, y sus cuarenta años fueron invadidos por la sensación de una gran juventud. Cogió el periódico y lo abrió en la página del horóscopo: “(Del 24 de julio al 23 de agosto). Leo. Este es un magnífico momento para que usted saque el mayor provecho de sus ideas nuevas o de sus ideas originales. Apresúrese”. Se bañó y se vistió lentamente, bajó las escaleras y se dirigió a la cocina, donde su mujer preparaba el desayuno. Se paró detrás de ella, le pasó los brazos por la cintura, le dio un beso en la nuca y, con voz cantada, dijo estoy listo. En el comedor lo esperaban los hijos: tres niñas y un niño que no pasaban de los once años. No están mal, pensó, y dijo: es mejor que Ricardito se acueste, aunque haya amanecido mejor. Jugó con ellos desordenándoles el cabello —a mí, papi, a mí- y haciéndoles cosquillas. Devoró casi sin darse cuenta el jugo de naranja, el huevo pasado por agua, el café con leche y las tostadas con mantequilla, ante la extrañeza que se había instalado en los ojos de la mujer. —¿Qué te pasa, Sebastián? Se levantó como un resorte, besó a la esposa en la frente y se encaminó a la puerta. Apresúrense,

es hora He entrar al colegio, dijo, y luego, casi gritando: es un día hermoso.

Salió a la calle y lanzó una exclamación de complacencia. Unas pequeñas y blanquísimas nubes caían por el norte de la ciudad y el cielo se extendía intensamente diáfano. Caminaba hacia el paradero del bus, con los tres botones del saco abrochados, el quiebre del pantalón bastante marcado, pasos cortos y acelerados, moviendo la cabeza sobre los hombros como si quisiera absorber todo el aire, y se dijo: hoy es un día para coger taxi. De este modo le quedaría más tiempo para caminar, sentir el día hasta palparlo, respirar profundamente y repetirse cuantas veces quisiera es un día hermoso. Llegó a la carrera trece a esperar el carro cuando sintió una brisa que le acariciaba el rostro, y por su mente cruzó como una desgracia el presentimiento de lluvia. Su cuerpo se estremeció por un momento y luego quedó paralizado tratando de percibir la brisa. —Pura imaginación —sonrió—, en un día como este no puede llover.

Subió al taxi: Avenida Jiménez carrera séptima, dijo, pero, como un relámpago, rectificó: no, carrera séptima calle diecinueve: así podría recorrer unas cuadras a pie. El automóvil se desplazaba por la carrera trece y por primera vez a Sebastián Sotelo no le preocupó el color rojo de los semáforos.

Cuando llegó al banco se aseguró de que el nudo de la corbata estuviera bien. Esperó sin impacientarse a que los demás timbraran tarjeta y luego timbró la suya: 7:59, porque durante los quince años que llevaba trabajando en el banco

nunca se presentó un día en que llegara retrasado. Subió por el ascensor a la oficina: diez escritorios en dos filas, una frente a la otra, estaban alineados y relucientes guardando una simetría perfecta.

—Buenos días, señor Sotelo —saludaron seis voces en coro, tres de ellas femeninas.

-Muy buenas —contestó él mostrando ampliamente los dientes y dirigiéndose a su escritorio, y se sentó sin apoyar completamente los brazos, cuidando de no ensuciar los puños de la camisa. El sol se introducía con furia por las ventanas y los empleados que se encontraban a su lado cerraron las persianas mientras él permitía que continuara extendiéndose por sus espaldas, su nuca y su escritorio. Retiró los papeles que no necesitaba y extrajo de uno de los cajones un libro de cuentas: lo revisó meticulosamente, guiándose con el bolígrafo para evitar confusiones. Todo estaba bien: en perfecto orden, sin tachaduras y al día. En tanto habían llegado otros dos empleados, de manera que solo quedó un escritorio vacío. Sebastián Sotelo levantó la mirada y volvió a depositarla sobre el libro de cuentas. Pobre señor García, pensó, con esa vida desordenada siempre será un don nadie, es como hablarle a las paredes cuando se le dice que procure llegar temprano. Guardó el libro y sacó otro. En la parte superior de las columnas anotó la fecha, el mes y el año con letra pareja y elegantemente alargada. En ese instante llegó y se sentó el señor García, y Sebastián Sotelo, sin mover la cabeza, levantó los ojos para

mirarlo. Esperó un rato, se incorporó y se acercó a su escritorio.

—Buenos días, señor García —dijo frotándose las manos y sonriendo y le dio a entender que todos sabían que había llegado un poco retrasado.

El otro, de su misma edad y de pelo escaso y negro, lo miró fugazmente, agrió la cara y no contestó.

—Es como amigo y compañero que vengo.

—No se preocupe, usted sólo quiere ayudarme —dijo el señor García.

Sebastián Sotelo se dio vuelta y se dirigió a su escritorio. En sus mejillas había aparecido un intenso color rojo que lo disgustó, pero no estaba dispuesto a dejar que se le malograra el día y se paró ante la ventana, miró largamente el cielo diáfano y el sol que caía sobre la ciudad, se frotó plácidamente las manos como si regresara victorioso de una gran batalla y sonrió. Se sentó y se dispuso a continuar su labor cuando entró el ayudante del jefe del departamento que, encaminándose directamente al escritorio del señor García, dijo para que todos lo oyeran:

-Llegó usted diez minutos tarde, García, esto no es un hotel de veraneo, es una Institución Nacional, cuando el gerente sepa de su continuo incumplimiento seguramente no va a ordenar que le aumenten el sueldo, varias veces se lo he

advertido porque a mí me gusta ayudar a mis empleados y no se le olvide que es la última vez que le llamo la atención —salió con pasos largos y desmesurados, agitando las manos.

El señor García se había puesto de pie, con los ojos clavados en el suelo y los brazos descolgados. Cuando el ayudante del jefe del departamento se retiró, se dejó caer en el asiento sin levantar la cabeza.

Sebastián Sotelo, como los demás, le había depositado la mirada. Pobre diablo, pensó y volvió a sumirse en el libro de cuentas, desalojando cualquier pensamiento que pudiera manchar el hermoso día.

En el transcurso de las primeras horas de la mañana volteó repentinamente la cabeza por encima del hombro y vio a través de la ventana el movimiento del sol que abandonaba lentamente la oficina sin que nadie pudiera detenerlo. Entonces decidió sumergir profundamente los ojos en su trabajo.

La señorita Irene, alta y desposeída de formas, erguida, con la cara brillante a causa de la crema para cubrir las arrugas, espejuelos de aros dorados que descansaban sobre una nariz larga y afilada, el pelo corto y rizado, recorrió la oficina dejando en cada escritorio un sobre dirigido al nombre del empleado correspondiente. Sebastián Sotelo tomó el suyo y extrajo de él una pequeña hoja mimeografiada: “Estimado compañero: por medio de la presente queremos comunicarle con agrado que en día próximo el señor gerente, para celebrar

la fecha de su cumpleaños, ofrecerá una reunión en su residencia en compañía de sus familiares y amigos. Como en todas estas ocasiones, los empleados se harán presentes contribuyendo cada uno con una cuota voluntaria de \$30.00 (treinta pesos) que será descontada de la próxima quincena. Le agradecemos de antemano su contribución”. Es el colmo, pensó. Abrió uno de los cajones y después de guardar el comunicado quiso cerrarlo con fuerza pero se arrepintió. Cuando su compañero de la derecha, un tipo de bigote ancho, musitó cómo le parece, volvió el rostro y su compañero dijo, blandiendo el sobre con la mano levantada y dirigiéndole la pregunta: ¿cómo te parece? El señor Sotelo retiró con rapidez los ojos, los puso de nuevo sobre el libro de cuentas y se dijo muy concienzudamente que no debían hacerse comentarios con los compañeros, que podría saberlo el ayudante del jefe del departamento, luego éste y fácilmente llegarían a oídos del gerente. Se hizo el desentendido a las exclamaciones del tipo de bigote ancho que había estado repitiendo cómo le parece mientras movía las manos y golpeaba el escritorio, y que cortó las palabras de repente y bajó la cabeza al ver a la señorita Irene que, desde la puerta, levantaba adrede la comisura de los labios para enseñarle una sonrisa. Te vas a comer los aretes, quiso gritar el señor Sotelo, y se dijo que lo mejor era olvidarse de todos y trató de sonreír pero no pudo hacerlo con facilidad.

Cuando el reloj que colgaba al fondo de la oficina colocó sus manecillas sobre el número doce, diez figuras se

levantaron mecánicamente como accionadas por una máquina, cerraron los libros y desfilaron hacia la puerta. Tomaron el ascensor y abajo, al timbrar tarjeta, se encontraron con los demás empleados, salieron a la calle y dijeron como un gemido hasta la tarde.

Sebastián Sotelo levantó la cabeza y vio que desde un punto vertical el sol continuaba lanzando sus rayos frenéticamente. Le provocó estar solo y lanzar una exclamación, y una expresión de alegría cambió de nuevo los gestos de su rostro. Caminó dos cuadras entre el río de gente que se precipitaba hacia los paraderos de bus, se abalanzaba sobre los taxis libres y maldecía al tropezarse entre sí. Decidió no ir a la casa: evitaría la aglomeración del bus, el humo de los cigarrillos, podría almorzar con calma y leer todos los titulares del periódico las veces que quisiera. Entró a una droguería y llamó desde el teléfono público a su casa: hoy no puedo ir a almorzar, oh Sebastián te estamos esperando, tenemos mucho trabajo, mi amor, es un día sólo un día. Salió de la droguería y se devolvió hacia la Avenida Jiménez con la intención de almorzar en un restaurante situado a pocos pasos del banco. Compró el periódico y sin detenerse leyó mentalmente y accionando los labios el gran titular que a ocho columnas se destacaba en la primera página: Hoy llega De Gaulle a Bogotá. Lo dobló y lo metió bajo el brazo, entró al restaurante y buscó inútilmente una mesa vacía con ventana a la calle, y se vio obligado a sentarse ante una colocada casi en el centro del

salón. Repasó varias veces la carta, lentamente, hasta encontrar un buen plato que le fuera fácil pagar. Lo ordenó y fue a lavarse las manos, y mientras esperaba el almuerzo, con el cuerpo erguido y el rostro grave, leyó algunas noticias cortas. Dejó a un lado el periódico y retiró los brazos de la mesa para dar campo al consomé y al *cheeseburger* con ensalada de papa que le traía la mesera.

Antes de dirigirse al Banco se mandó lustrar los zapatos y se detuvo en la vitrina de una librería a leer, sin ningún interés y con lentitud los títulos de los libros: *The short happy life of Fruncís Macomber*. La corta feliz vida de Francisco Macomber, tradujo. Entró a la oficina y lanzó un je al ver la figura insípida del señor García, encorvada y temerosa, abyecta, incapaz siquiera de moverse. Ya nunca aprenderás a ser un hombre, pensó, sólo a ti se te ocurre poner esa cara en un día tan hermoso. Se sentó y al notar que los puños de la camisa se habían ennegrecido un poco dio un leve golpe con la punta de los dedos sobre el escritorio. Sacó el libro de cuentas y se hundió en él por completo, sin prestar atención a nada ajeno, hasta cuando se acercó la señorita Irene con su sonrisa.

—El doctor Martínez quiero verlo.

Sebastián Sotelo se levantó con agilidad y precedido por la señorita Irene salió de la oficina con un ligero sudor en la frente y acompañado del canturreo del tipo de bigote ancho que pensó te van a fregar, te van a fregar.

El jefe del departamento, un hombre delgado, de aspecto tranquilo, cabeza prematuramente canosa y dedos largos, se echó hacia atrás y abrió los brazos.

—No me explico -dijo—, a una persona como usted no le suceden estas cosas, siéntese, póngase cómodo, qué le sucedió ayer señor Sotelo, no podía concentrarme doctor Martínez era imposible, que le ocurra a cualquier empleado no tiene nada de raro, trataba pero uno de mis hijos tenía tos, usted que nunca había cometido un error grave, mi esposa me llamó por teléfono y me dijo que Ricardito tenía una tos terrible, y por eso es usted un empleado modelo, ya no pude concentrarme y llamaba a la casa a todo momento, confundir 20 con 200, Ricardito tuvo que ir al médico de urgencia, pero afortunadamente vimos el error a tiempo y lo corregimos, gracias a Dios hoy despertó mejor, estaba en el comedor sonriente, señal de que amaneció aliviado. Por favor, diga algo para justificar su descuido.

-No, señor —la voz salió trémula y vibrante.

El jefe del departamento se levantó y empezó a pasearse por el amplio despacho con los pulgares guardados en el chaleco.

—Espero que no vuelva a suceder. Puede retirarse.

—Sí, señor —contestó Sebastián Sotelo levantándose y dirigiéndose de espaldas a la puerta. Se detuvo e inclinó la

cabeza para decir: con su permiso, doctor Martínez. Vio el retrato del fundador del banco que colgaba detrás del escritorio del jefe del departamento y sintió un temblor, cerró la puerta, dio media vuelta, se encontró con la sonrisa de la señorita Irene y se precipitó a la oficina. La atravesó y se sentó custodiado por la mirada de sus compañeros. Practicó unos movimientos equivocados y cogió el pañuelo del bolsillo delantero del saco para secarse la frente. El señor García le tenía clavados los ojos y esperó a que Sebastián Sotelo lo mirara. Entonces rió, de forma que todos los oyeran.

—¿Te fregaron? —preguntó el tipo de bigote ancho.

Sebastián Sotelo no lo oyó y guardó el pañuelo.

—Okey, si no quieres contestar no contestes -el tipo del bigote ancho intentó acercársele—, sólo te pregunto porque no me gusta que frieguen a nadie, okey, okey.

El señor Sotelo pasaba las hojas del libro de cuentas para ambos lados, sin saber lo que hacía, lo cerraba y lo abría, volvió a enjugarse la frente y las manos, y resolvió levantarse y pararse

junto a la ventana. A lo largo de la Avenida Jiménez y la carrera séptima se apiñaba la gente. Habían suspendido el tránsito de carros y la calle estaba despejada. Una interminable hilera de soldados aferrados a un grueso cordón empujaba a la gente hacia atrás impidiéndole abandonar la acera, y las personas a su vez empujaban a los soldados, levantaban la

cabeza y miraban en una misma dirección. De los postes colgaban los letreros: Viva Francia, Viva Colombia, y de acera a acera grandes pancartas de tela escritas con letras rojas: Bienvenido presidente De Gaulle. Piquetes de policías detenían a la gente, le pedían identificación y la requisaban, mientras otros permanecían apostados en las azoteas y ventanas de los edificios mirando en varias direcciones para mayor seguridad. Se escucharon unas sirenas y todos volvieron la cabeza hacia el mismo lado, permanecieron atentos, estiraron los cuellos, se agitaron nerviosamente y cuando apareció De Gaulle, de pie en el carro azul convertible y saludando amablemente con el brazo a medio levantar, blandieron con fervor sobre sus cabezas pañuelos blancos, aplaudieron y las voces salieron frenéticas: ¡Viva Francia! ¡Viva De Gaulle! ¡Vive la Colombie! Cuando el carro desapareció la calle fue invadida por una multitud y los empleados se retiraron de las ventanas para regresar a sus escritorios. Sólo Sebastián Sotelo continuaba mirando hacia afuera, escuchando como alelado los gritos ¡Viva Francia! ¡Viva De Gaulle! ¡Vive la Colombie! ¡Es usted el colmo, señor Sotelo! Sebastián Sotelo dio media vuelta al instante. El aspecto tranquilo del jefe del departamento no se había alterado pero su cara estaba malhumorada. Tenía los brazos atrás, con la mano izquierda frotaba fuertemente la derecha y luego se retiró moviendo la cabeza como diciendo es usted el colmo. Un sopor como si hubiera permanecido varios meses en una tormentosa convalecencia se apoderó del señor Sotelo. Se sentó,

elásticamente, creyendo que se descolgaba en el vacío, y continuó anotando días y fechas y números en el libro de cuentas.

Cuando salió de la oficina su cuerpo transpiraba y una atmósfera acre se paseaba por su interior. Introdujo la mano derecha en el bolsillo del pantalón, sacó el último peso que le quedaba y maldijo. Levantó la cabeza y vio unas nubes que se desplazaban desde el sur de la ciudad, se acercaban oscuras, amenazantes. Con el cuerpo inclinado hacia delante y los ojos en el suelo empezó a caminar en dirección al paradero del bus.

El primo que cantaba

Siempre que me acuerdo de Mauricio me duele la garganta. Y creo que a mamá se le pone la carne de gallina, como ella decía que se le ponía en esos casos. Y el hermano Gerardo, director del coro, se dará la bendición y mirará al cielo. La única que no hace nada es la mamá de Mauricio porque siempre piensa en él y siempre está llorando. En todo caso no hay nadie que se olvide de Mauricio y mucho menos yo que fui su más amigo, aparte de ser su primo. Ni papá mismo creo que se olvide porque ese día salió de la casa sin decir nada, tumbando todo lo que estaba por delante. Cada vez creo más que no hay nadie que se olvide de Mauricio, ni Vicente ni Ernesto que primero se acordarán de mí. Aunque la verdad es que no era nada especial. Es que le gustaba dárselas, siempre estaba metido en todo, se las daba de obediente y de estudioso, de que lo sabía todo. Eso era lo que pasaba con Mauricio. Desde que llegó a la casa empezó con sus cosas, que yo ahí mismo le noté que eran de un papelero, porque por ejemplo decía que le daba pena pero no se ponía colorado. Lo malo es que el único que se dio cuenta fui yo. Cuando tía lo trajo a la casa dijo que era muy juicioso y no iba a poner pereque, y papá y mamá creyeron el cuento, dijeron que estaban felices porque ahora tenían otro hijo y yo tenía con quién jugar. Yo tenía con quién jugar sino que a ellos no les

gustaba que saliera con Vicente y con Ernesto porque dizque no eran iguales.

Esa misma noche cuando nos acostamos Mauricio me dijo que cantaba muy bien, que estaba en el coro del colegio donde estudiaba. A mí no me importaba en ese momento nada, sólo pensaba que de ahora en adelante ya no podía dormir solo en mi cuarto, tendría que aguantármelo en el colegio, y todo porque a mis tíos se les metió en la cabeza que era mejor que estudiara en Bogotá.

Estábamos a 31 de enero, o sea que sólo faltaba una semana para entrar al colegio. En esos días nos la pasamos en el solar: mamá dijo que no saliéramos a la calle, que era mejor que jugáramos en la casa, y me dijo que ya no tenía necesidad de jugar con Vicente y con Ernesto. Pero Mauricio no sabía hacer nada, estuvo todo el tiempo sentado diciendo que cantaba muy bien, preguntando que si en el colegio había coro. Yo me aburrí mucho, lo único que hice fue sacar lombrices de la tierra y echarlas en un tarro. Cuando estaba lleno, de la pura rabia que tenía se lo mostré a Mauricio que se fue a un rincón y vomitó. Esto me dio más rabia, y también que mamá cada vez que almorzábamos decía que estaba muy contenta, que ahora tenía dos hijos que iba a querer por igual. Yo no ponía cuidado, pensaba en que iba a entrar a primero bachillerato y eso me alegraba porque el bachillerato es muy importante.

El primer día de clases todos nos preocupamos por

aprendernos los nombres de los nuevos alumnos. El profesor, que había sido director de grupo de los que ahora estaban en segundo, nos dijo que quería ser un nuevo amigo de nosotros, que ya este año empezábamos una nueva etapa, que él siempre había dirigido este curso, que el bachillerato era algo serio. Luego el rector nos reunió a todos en el patio y nos contó lo importante que era estudiar para defenderse en la vida. Esa mañana no hubo clases, todos nos quedamos en el patio dizque conociéndonos. Faltando un cuarto para las doce sonó la campana y formamos por cursos. El rector habló otro rato de que hay que ser buen estudiante y dijo que por la tarde no tocaba ir por ser el primer día. Después de que nos soltaron Mauricio fue adonde el profesor y le dijo que sabía cantar y que quería entrar al coro.

Cuando llegamos a la casa mamá nos cogió a besos, que qué tal el profesor, nos hizo mil preguntas, que cuántos nuevos había, nos dio unas onces grandes por ser el primer día, que cuándo teníamos que volver, y esa tarde me tocó quedarme en el solar sacando lombrices y por la noche aguantarme la cantaleta de Mauricio.

Al otro día nos dedicamos a marcar los cuadernos. Siempre al principio de año uno se promete que los va a llevar muy ordenados, sin una mancha, haciendo los márgenes con regla y los títulos con tinta roja. En los recreos rodeamos a los nuevos y les preguntamos de qué colegio venían, por qué se habían salido, si ya sabían fumar y si iban a fiestas. Desde ese

día Mauricio empezó a hacerse notar. Agrandaba los ojos y ponía una cara de susto cuando le decían que si iba a fiestas, que si sabía fumar, y después se acercaba al profesor para repetirle lo bien que cantaba y que quería entrar al coro. El profesor le decía que la próxima semana el hermano Gerardo empezaría a organizarlo y haría una selección entre todos los alumnos.

En los días siguientes, al salir del colegio, yo invitaba a Mauricio a jugar con Vicente y *con* Ernesto, pero no, él mejor se iba a hacer las tareas. Entonces a mí también me tocaba irme para la casa y hacerme el que estudiaba. Miraba el libro y me quedaba así todo el tiempo, pensando en Vicente y en Ernesto, con los únicos que me metía de la cuadra. Nos encontrábamos después de salir del colegio, hablábamos o jugábamos, a veces al cuadro, siempre se ganaba todas las bolas Vicente, o nos inventábamos juegos. Era lo mejor de todo, tenía más emoción, escribir nombres en la tierra, el que más claro lo hiciera. Yo me aguantaba todo el día en el colegio sin orinar para poder hacer los nombres más largos, aunque me doliera debajo de la barriga y casi no pudiera caminar. Si había que escribir algo largo como por ejemplo Marida Hernández yo lo hacía con tilde y todo, sin unir las letras que era lo más difícil, después de poner la M trancaba, ponía la a y trancaba, la r y así hasta completar. Cuando ya no podíamos más descansábamos un rato, volvíamos a empezar, pero casi nunca pasábamos de las tres veces, por más fuerza que hiciéramos era imposible, apenas

salían góticas, entonces apostábamos al que más góticas sacara.

Una vez le dije a Mauricio que antes de hacer las tareas fuéramos y le presentaría a Vicente y a Ernesto, y aunque se hizo de rogar al fin me acompañó. Ese día me di cuenta de lo taimado que era, pues apenas le explicamos el juego agrandó los ojos y dijo que no podía orinar si lo estaban mirando, pero no se puso colorado y salió corriendo para la casa. Cuando llegué mamá estaba hecha una furia, movía rápido las manos y me amenazaba con el índice, me dijo vulgar, a confesarse al otro día, eso era lo que aprendía de Vicente y de Ernesto y qué tal que mis tíos lo supieran, y a mí me pareció que Mauricio se reía por allá escondido.

De todo esto lo único que se sacó fue que sentí más rabia contra Mauricio, ya no podía aguantármelo más, aparte de que todas las noches era con la cantaleta de que era el mejor del coro, ahora me venía con que también era un sapo, que tenía que contar lo que uno hacía.

La cosa aumentó al terminar el primer mes: entregaron las libretas de calificaciones, Mauricio tuvo todas las notas por encima de 4,5, y en las observaciones decía que era aplicado y que su conducta era intachable. Yo me rajé en dos materias, Aritmética y Canto, lo peor fue Canto porque Mauricio se volvió insoportable, y en las observaciones el profesor anotó que era indisciplinado y desaplicado. Habría que ver a mamá para saber cómo se puso. No me dejó salir el domingo, empezó

con que quisiera tener un hijo como Mauricio y lo mandó a cine. Si hubiera sido otro le hubiera importado mucho, pero a mí no se me dio nada, ya conocía a Mauricio, total que me dije que pronto mamá también se daría cuenta de quién era.

Desde ese día me alejé más de su lado. En el salón no me sentaba junto a él y en los recreos me iba a la otra parte del patio de donde él estaba. Lo malo era que todos, aunque a veces se burlaran, hablaban de él, porque les explicaba lo que no entendían o porque creían que cantaba mejor que un ruseñor. Algunos le pusieron el ruseñor de Colombia.

Todo hubiera seguido así si no hubiera cometido la brutalidad de invitarlo otra vez a jugar con Vicente y con Ernesto. Fue que de tanto oír hablar de él pensé que de pronto yo estaba equivocado, además de que cuando salimos un día del colegio me dijo que no tenía ningún amigo aparte de mí. Yo me dejé convencer.

Vicente y Ernesto le explicaron un juego que nos habíamos inventado. Dos de nosotros nos escondíamos detrás de una tapia o entre unos pinos mientras el otro esperaba a que pasara por ahí una muchacha del colegio. A veces había que esperar mucho pero no importaba, era parte del juego, nos poníamos nerviosos aunque lo hubiéramos hecho antes o nos cogía un ataque de risa. Cuando pasaba, el que estaba esperando se le iba por detrás, le alzaba la falda y salía corriendo: ella del susto gritaba y soltaba los libros. Los dos

que estaban escondidos aparecían, insultaban al que salía corriendo y recogían los libros. Seguramente la muchacha estaba sollozando o permanecía alerta, y ellos le hablaban de la mala educación de estos días y la acompañaban para que se calmara.

Esa vez intervino papá. No dijo casi nada, pero se le notó en los ojos lo que quería decir. Mamá lloró un día completo, juró que iba a llamar a un policía para que se llevara a Vicente y a Ernesto, duró tres días lanzando exclamaciones, sin hablarme, lo mismo que papá.

Después no me volví a meter con Mauricio. Nadie puede soportar que los papás no le hablen a uno por las cosas que va a decirles otro. Sin embargo él siempre trataba de empezar alguna conversación, que estaban ensayando otra canción en el coro o que si no se me hacía difícil la lección de geografía. Yo no le contestaba, me parecía que se estaba preparando para decirle algo a mamá, entonces volverían a que no me hablaban y a las exclamaciones. Pero Mauricio siempre estaba espiándome, por eso él tuvo la culpa. Si iba al baño se me iba detrás para ver qué estaba haciendo, en los recreos trataba de acercárseme para oír lo que estaba hablando, en el salón me miraba de reojo para que pusiera atención a las clases, salíamos del colegio y *no se* me despegaba para que me fuera directo a la casa, en la casa no despegaba los ojos de los libros, mamá empezaba que hiciera lo mismo, por las noches lo descubría sentado en la cama mirándome fijo como un gato,

por las mañanas se levantaba muy temprano haciendo ruido para que me despertara, se comía todo el almuerzo, toda la comida y mamá me obligaba a hacer lo mismo. Esa noche yo estaba tranquilo, sin invitarlo a nada, recortando unas mujeres desnudas de una revista que me habían regalado Vicente y Ernesto, así que él agrandó los ojos, se paró de un salto, ordenó que no hiciera eso, que mejor debería estar haciendo las tareas o cualquier otra cosa menos eso. Yo también me levanté de un salto, entonces fue cuando Mauricio gritó, después gritaron todos, mientras yo pensaba que Mauricio nunca más volvería a cantar, porque nadie puede cantar con unas tijeras entre la garganta.

UNA LECCION DE LA VIDA (1984)

Un día Carlos Guillermo no volvió al colegio

Rodrigo pensó que a la mañana siguiente su compañero se presentaría en el salón de clases con un papel escrito en su casa y dirigido al rector general para justificar su ausencia. Durante tres semanas Rodrigo llegó más temprano al colegio con los ojos inquietos, sin sentir la falta de sueño, tratando de encontrar a Carlos Guillermo entre los alumnos que puntuales se acercaban por las calles vecinas al portón de la entrada y que luego se ordenaban por filas en el patio. Lo buscaba en el aula, lo buscaba sentado a su lado en el pupitre vacío. Entonces se encaminó a las oficinas de la rectoría, y en el trayecto ya llevaba el ansia de que iba a escuchar una mala noticia. No hubo una respuesta personal para él acerca de la ausencia de Carlos Guillermo, y más tarde el rector del colegio, sin que nadie se sorprendiera, se presentó en el salón de clases. Era una de las acostumbradas apariciones a la hora de libre estudio cedida cada semana a los estudiantes, y que el rector les robaba una vez al mes para comprobar y deleitarse con su rendimiento. Distribuía los días para visitar las diversas aulas y hoy le correspondía la de Rodrigo. El rector les hizo un repaso de conocimientos generales mediante preguntas formuladas al azar y dirigidas al alumno que como una ruleta señalara su

dedo, Gómez habló de geografía y Pedraza de aritmética, y Martínez y Morales de física y de literatura y se habló de otras lenguas, de inglés y de francés. Antes de que la campana diera fin a la hora de estudio, el rector les iba a dar noticias de su compañero Carlos Guillermo, y les dijo que una enfermedad no lo dejaría asistir durante un tiempo al colegio y que muy posiblemente su ausencia se prolongaría por el resto del año. Tras un silencio en el que no se oyeron ni las exclamaciones íntimas el salón se transformó en un murmullo que hubiera sido un vuelo desordenado sin la presencia del rector, en un asombro y en un pesar en los que no participó Rodrigo. Él se quedó mirando al rector como si aún fuera posible cambiar la noticia, se quedó lívido, con los labios enmudecidos y sintiendo en ellos los golpeteos como un eco del corazón.

Fue vana la curiosidad que llevó a un grupo de estudiantes a la rectoría a indagar las señas de la casa de Carlos Guillermo, y el nombre de la enfermedad se quedó en la intriga, oculto en la discreción del rector. Y como ningún signo le borraba la incertidumbre de Carlos Guillermo, Rodrigo, en el aula, se volvía a un lado, a otro para atraparlo invisible, miraba el pupitre vacío ya con el presentimiento de que ese fuera su estado normal y esperanzado en que en cualquier momento volviera a ocuparse. Guardaba esa esperanza, esa inútil esperanza. De ella sólo sacó la decisión de ir a la rectoría, y quizá porque al final apareció con una súplica que podía repetirse, el rector le concedió al menos una revelación. Por la

tarde se oía en el colegio el rumor de la enfermedad que padecía Carlos Guillermo. Surmenaje, le dijeron a Rodrigo, una enfermedad provocada por exceso de trabajo, cansancio mental. Cuando Carlos Guillermo superara la crisis del surmenaje Rodrigo le prestaría los apuntes de las clases y lo pondría al corriente de las asignaturas, pero entretanto debía comprobar que su compañero era algo más que un nombre casi olvidado en los rumores del colegio. Obtuvo el dato del domicilio de Carlos Guillermo a través del muchacho que atendía la tienda de pasteles y de bebidas gaseosas del colegio, y quien en sus horas libres ayudaba a la limpieza de las aulas y de las demás dependencias, entre ellas la oficina de la rectoría y de los archivos. Rodrigo le alargó un dinero, y el muchacho, que hubiera podido ser su compañero de curso, le hizo jurar hasta el último momento que guardaría el secreto y antes de soltarle el papel con el dato le hizo darle otro billete. Las señas ubicaron a Rodrigo en la zona suroeste de la ciudad y lo llevaron a imaginar viviendas y calzadas y la fachada de la casa de su compañero. Sabía que era un lugar remoto, ahora a su alcance. Le consultó a su padre, y éste, antes de darle las indicaciones de la travesía, aún sin devolverle el papel, le preguntó qué horas tenía programadas. A la salida de clases, fue la respuesta de Rodrigo y para abreviar las precauciones del padre le dijo que iría con otros compañeros. Sin embargo el padre le pidió que por ese barrio no alargara la visita hasta la noche.

Calles sin pavimentar lo esperaban al descender del bus, charcos de lluvia que el viento deslizaba y aceras de polvo entre piedras de estructura desigual. Rodrigo, en su apuro, no pudo aprovechar el alumbrado público de los antiguos faroles que hubieran resultado raros porque eran postes de madera ennegrecidos por el tiempo y con un bombillo que apenas si soltaba una débil luz amarilla en lo alto. Quizá bastaran para localizar la casa pero Rodrigo dio con ella a tientas y comprobó los números de las señas dos veces. Pensó con fuerza en Carlos Guillermo como si alguien más allá de la puerta debiera acudir a su llamado. La fachada tenía la apariencia de un solo cuarto, aunque en realidad había dos espacios y un patio improvisados en un pequeño terreno. Una mujer le abrió la puerta y Rodrigo, antes de ninguna pregunta, quiso mirar detrás de ella por si descubría algo, al menos una sombra. La mujer no se preocupó de quién preguntaba por su hijo y no supo si invitar a pasar al desconocido, quizá un amigo del barrio o a lo mejor alguien que se valía de esa treta para introducirse en la casa. Pero enseguida la mujer se rió de haberle dado dignidad a lo que era su casa con tamaña ocurrencia, y por entre la penumbra condujo a Rodrigo a un cuarto. Quedaba a dos pasos de la puerta de entrada, se presentía que era minúsculo y todavía no se distinguía su mobiliario. La mujer lo dejó de pie y se fue al cuarto de enfrente, separado del primero por dos tabiques de madera que formaban un corredor, y de donde salía una luz de una vela que iluminó a la mujer en el momento de reanudar el

oficio de doblar pilas de prendas de vestir y de ordenarlas en una canasta. Rodrigo no se detuvo a observarla y buscó por todos lados con la mirada, por donde hubiera un rayito de luz o por donde la oscuridad pudiera brindarle una sorpresa. Esperó que la mujer regresara para guiarlo por fin al lecho de Carlos Guillermo, dejó pasar un minuto o un siglo y decidió indagar él mismo. Con sólo intentar volverse su pie tropezó, y luego sus ojos, esclarecidos por el tiempo transcurrido y con la ayuda de los reflejos del otro cuarto, vislumbraron dos camas y en medio de ellas una mesita de noche. Frente había un armario. Rodrigo quiso buscar más cuando se oyeron unos pasos. Del patio de atrás llegó Carlos Guillermo portando sobre el hombro una palangana de ropa. Rodrigo lo vio acercarse a su madre y dejar la carga al lado del otro montón, y le pareció que la mujer protestaba porque no iba a alcanzar a entregarles a sus clientes el trabajo acumulado. Carlos Guillermo empezó a sacar la ropa de la palangana para hacer otra pila, pero la mujer lo interrumpió con algo como un susurro y señaló a Rodrigo. A pesar de la corta distancia Carlos Guillermo no pudo identificar la silueta que se erigía como una sombra en medio del otro cuarto, pero percibió un olor que se había alejado de él hacía unos días, y se estremeció, y creyó que era como tantas veces una ilusión. Se aproximó y con el tenue resplandor de la vela del cuarto vecino descubrió el rostro de Rodrigo y dejó que el suyo apareciera por fin ante él. Rodrigo musitó el nombre de Carlos Guillermo, quiso abrazarlo y se contuvo, temiendo

perjudicar en algo su enfermedad. También Carlos Guillermo dio un paso, uno solo, y también aguardó. Los dos se apretaron las manos y Rodrigo cedió a su impulso y tomó a su compañero de los hombros y lo abrazó. Carlos Guillermo lo ayudó en el abrazo con las pocas fuerzas que le había dejado el sobresalto. Rodrigo lo soltó para examinarlo, feliz. Lo encontraba rebosante de salud como si estuviera simulando el surmenaje para faltar al colegio, y se lo dijo sonriendo porque ignoraba lo que en realidad los había separado tantos días hasta ese momento, Carlos Guillermo no tenía preparada ninguna mentira y se le ocurrió decir que la fiebre se le había subido a cuarenta grados. Rodrigo le tocó la frente, le controló el pulso y le examinó los ojos hasta donde le permitió la penumbra, y celebró con otro abrazo la mejoría de su compañero.

Los dos se sentaron en el borde de una de las camas. El alborozo de Rodrigo ocultaba el desconcierto de Carlos Guillermo, quien pasados los primeros segundos sólo podía susurrar qué alegría, qué alegría, como si fuera cierto y a la vez como si le saliera de un hondo pesar. Rodrigo no dejaba de mirarlo, lo sacudió de los hombros para participarle el alivio en que descargaba el bochorno de los últimos días, lo miró, quería llevárselo de vuelta ya mismo al colegio. En el cuarto vecino se oyó el trasego de unas ollas de aluminio, seguramente colocadas sobre un fogón al lado de la pila de ropa, fuera de la vista de Rodrigo. De todos modos la llama que cocía el caldo no hubiera atraído sus ojos, cuando Carlos Guillermo regresara

al colegio tendría en sus manos los cuadernos, los apuntes al día, se los traería a la casa para que los aprovechara en el tiempo de reposo, cuándo, cuándo volverían a estar juntos en el salón de clases y en los recreos hasta sonar la campana de salida. Carlos Guillermo no sabía, pronto, dijo, sabía que nunca. La luz de la vela, en la mano de la mujer, iluminó mejor sus siluetas y proyectó en la pared sus sombras unidas, y los distrajo por un instante, mientras ella se dirigía al patio y se llevaba el único rayo que les había permitido ver mejor sus rostros. Pronto, sí, y entretanto Rodrigo le adelantaba a Carlos Guillermo el avance de los estudios en su ausencia, de todas las asignaturas para que alcanzara hoy mismo a los compañeros, de modo que si ese hubiera sido el deseo de Carlos Guillermo, no hubiera sacado nada de tantas lecciones.

La mujer regresó del patio con un andar más pesado y luego se oyó el ruido que hacía en el cuarto de enfrente al librarse de la carga de la palangana. Tras unos segundos Rodrigo vio una sombra blanca en el marco de la puerta. La mujer no siguió adelante sino que fue a traer la vela porque quería ver al amigo que le hablaba y le hablaba a su hijo, y cuando todos estuvieron iluminados también Rodrigo pudo ver por primera vez el rostro de la mujer y el camisón que le llegaba hasta los pies. Ella sonrió, sin decir ninguna palabra, pero es que de momento le pareció inverosímil la presencia de alguien distinto a ella y a Carlos Guillermo en el cuarto, y al cabo de contemplar la escena lo único que dijo fue que iría por

dos tazas de café. Antes de salir dejó la vela en la mesita de noche, y aún antes se le oyó decir que no la necesitaba, que la luna brillaba alto e iluminaba bien el patio. De allí, mientras el café se hacía en el otro cuarto, llegó el ruido de la ropa que la mujer restregaba contra un lavadero de piedra y del agua que vaciaba con una totuma.

Rodrigo y Carlos Guillermo quedaron con más luz de la que habían tenido desde el comienzo del encuentro, y fue como si se descubrieran por primera vez, lo que motivó la sonrisa de ambos y un gesto desbordado de Rodrigo que aprovechaba cualquier ocasión para tomar a Carlos Guillermo de los brazos y decirle vamos de vuelta al colegio. Pero era visible el esfuerzo de Carlos Guillermo por responder al entusiasmo, y en una pausa en que fue mayor el desaliento, Rodrigo le preguntó, aún a sabiendas de lo que iba a oír y precisamente para sacarle una sonrisa más amplia, si no se alegraba de verlo. Carlos Guillermo le apretó las manos en silencio sin mirarlo, y luego levantó la cara y le brindó la sonrisa esperada. Estoy feliz, le dijo con otro apretón y mientras lo soltaba repitió estoy feliz y quiso demostrarlo cuando ya Rodrigo había percibido el tono contrario de sus palabras. Lo contempló y temió que no estuviera curado del todo, y le preguntó si le dolía algo. Carlos Guillermo negó sin mirarlo. Entonces lo único que podía pensar Rodrigo era que con una visita había interrumpido los cuidados de su compañero, y le recomendó acostarse en la cama, bajo las cobijas, y le dijo que si Carlos Guillermo quería,

Rodrigo hacía el sacrificio de dejarlo solo. La mujer los encontró en silencio. Llegó con dos tazas de café y como la bebida se había calentado demasiado por andar ella en otros oficios, los previno para que no se quemaran los labios. Se retiró, y luego no se oyó en la casa sino el golpe de la ropa y el chorrear del agua en el lavadero.

Carlos Guillermo dio la impresión de tener en cuenta la prevención de su madre en cuanto al ardor de la bebida, y no preguntaba nada del colegio, nada de Rodrigo. Lo dejaba solo, intentando acercársele con unas palabras, perdido en el silencio del cuarto, y lo dejó contemplando sobre el armario los escombros reconstruidos de una estatua, cuya falta de la espada le daba la apariencia de haber sido recogida por pedazos afuera de la casa. De pronto la mujer vino corriendo del patio y le preguntó a Carlos Guillermo si este que estaba a su lado era su amigo Rodrigo. Carlos Guillermo no tuvo necesidad de contestar. Era Rodrigo, claro, la mujer había debido suponerlo, siempre mejor vestido, lo sabía. La mujer lo miró otro rato asombrada de no haberlo identificado antes, pero es que ahora estaba tan apartada del colegio, lo mismo que su hijo, olvidada de lo que él le contaba de su Óptica de Newton, de sus cuadernos, de su querido Rodrigo. Pero pronto regresaría, dijo Rodrigo levantándose y dejando a un lado la taza de café que ni siquiera había probado. También Carlos Guillermo dejó la suya y quiso huir. Rodrigo buscó un poco de aliento en la mujer para ver si ella ayudaba a infundírselo a su hijo, y le dijo que en el

colegio tenía quien lo esperara con los brazos abiertos cuando se mejorara. La mujer no entendió y al cabo de un rato preguntó, ¿mejorarse?, y al cabo de otro rato preguntó de qué. Rodrigo guardó silencio y aunque supuso que era lo más obvio dijo que de la enfermedad, y como nadie agregaba nada dijo que del surmenaje. El desconcierto de la mujer se fue transformando en una larga sonrisa. Con una exclamación dio a entender que ahora sí comprendía, y se mostró asombrada de que llamaran de ese modo a esto. Ella lo conocía con otro nombre, era una enfermedad que a ella le había durado toda la vida, y sin levantar el brazo hizo creer que señalaba todos los objetos, la casa entera y que ni el decoro escapaba al peso de su gesto. Rodrigo la miró espantado y no supo qué oyó de pronto en ese sarcasmo ni con qué amargura se le revelaba la amargura de la mujer. Fue lanzado al vértigo de su propio horror y cuando pudo se sentó de nuevo al lado de Carlos Guillermo, esta vez más cerca, le buscó los ojos en los que se había reflejado tantas veces y vio el calor que siempre los poblaba, y allá en el fondo vio que se extendía una llama fría, por fortuna no contra él.

Ninguno de los dos se percató de la vuelta de la mujer al patio ni del coraje con que reanudaba la tarea de darle duro a su ropa contra el lavadero. Carlos Guillermo le cogió una mano a Rodrigo como si fuera éste quien debiera ser consolado, pidiéndole excusas por no haberlo enterado desde el principio de la catástrofe. Rodrigo cerró la caricia y emergió de su

pesadumbre, Carlos Guillermo estaba vivo y había que preparar el regreso al colegio. No dijo cómo hacerlo y más bien creía no encontrar ningún impedimento y de nuevo le preguntó cuándo, cuándo volvía a acompañarlo en los momentos de recreo. Carlos Guillermo negó en silencio con un movimiento de cabeza que puso sus ojos frente a los de Rodrigo, y a la otra insistencia ya no repuso sino apretándole más la mano. Esperó a que Rodrigo entendiera y se incorporó sin soltarle la mano y dejó de mirarlo para facilitarle la partida. No quería hablar más del colegio, de nada más. Cogidos de la mano, en la que Carlos Guillermo sujetaba la de Rodrigo, se encaminaron a la puerta de salida. Allí los alcanzó la mujer. Le agradeció a Rodrigo la visita y le ofreció la casa para cuando él quisiera volver, y le recomendó guardar el secreto para que en el colegio no sufrieran con el surmenaje de su hijo. Carlos Guillermo le dio a Rodrigo un abrazo y le pidió que no volviera a visitarlo.

Una lección de la vida

Un muchacho llamado Mario salió de su casa. Llevaba en las manos un asiento estropeado y se dirigía a la carpintería. No sabía, ni nadie sabía, que su padre marchaba detrás de él escondiéndose en los árboles y vigilando en las esquinas. Dentro de un rato el padre comprobaría, al acecho en la puerta, el resultado de las charlas mantenidas con su hijo acerca de los

carpinteros. En meses anteriores también lo había adiestrado en el trato con el gremio de los dispenseros y con la asociación de lampistas, y poco antes de esta incursión Mario aprendió otro oficio, el de manejar los utensilios del afeitado: supo que se humedecía la cara con agua tibia utilizando la mano o la brocha para que la barba se fuera ablandando, y sólo cuando cedía un poco se blanqueaba extendiendo la crema. El padre lo alertó al pasar el filo de la cuchilla por el mentón y sobre el labio superior, que eran las partes más sensibles a las heridas, le confió el secreto de estirar la piel y dirigir la máquina en sentido contrario y le recomendó el lavado de los utensilios, lavarlos y también secarlos. Secar la máquina para que no se oxidara, la brocha para que sus cerdas no se entraparan, pero no secar la cuchilla porque perdía filo al rozar con la toalla. El padre presenció la primera afeitada y al día siguiente no dejó que Mario olvidara el aseo de la máquina y le recordó colgar la brocha hacia abajo para que escurriera la última gota de agua. Pronto los utensilios quedaron dispuestos en el gabinete del baño con la técnica del padre, y si en el momento de sacar espuma con la brocha y de deslizar la máquina los movimientos se iban con un impulso distinto, era porque, como dijo el padre:

—Cada uno tiene su estilo.

De modo que cuando puso el descuajaringado asiento en las manos de Mario y lo mandó a que lo repararan en la carpintería, ya lo había preparado, con toda la teoría de sus

años, para que le ocultara al carpintero el desconocimiento en el oficio, para que le regateara el precio y no se mostrara conforme con la fecha de la entrega del arreglo. Mario entró en la carpintería y dejó el asiento en el suelo sin soltarlo del todo. Por lo pronto, el olor le hizo evocar las veces que venía con un talego para llevar el aserrín que adornaría el pesebre de las celebraciones de diciembre, construido en un rincón visible de la casa, sobre una mesa cubierta de papel encerado que formaba cerros y sostenía campos de musgo en los cuales pastaban ovejas moldeadas en yeso, transitaban reyes magos de cerámica y declinaban sus aguas los ríos de papel plateado por entre casas alejadas y pueblos, comunicados por caminitos de aserrín. El carpintero, situado al fondo del establecimiento, tenía varias tachuelas en la boca, de la cual las iba cogiendo a manera de reserva para hundirlas una por una con un martillo en una madera. Mario esperó a que tuviera la boca libre y le diera la cara. El padre, atisbando desde la puerta con el sombrero en la mano para no revelar su presencia, pensó en el primer error de su hijo al permitir que el otro iniciara el encuentro. El carpintero se tomó más tiempo y le limpió a la madera las virutas con un trapo antes de acercarse a Mario. Le bastó un solo vistazo al trasto, que Mario no terminaba de soltar como si temiera que se viniera abajo, para saber del negocio que se le avecinaba, y con una expresión del rostro, sin nada más, se puso a las órdenes de su cliente. Mario quiso minimizar el trabajo requerido por el asiento y dijo que venía a

que le pusieran unos clavitos, y quizá no recordó bien el segundo paso y al fin preguntó cuánto costaba el arreglo. El carpintero midió la inexperiencia de su cliente.

—El precio depende de la cantidad de clavitos —le dijo, y por si el deseo de Mario no era hablar en serio se previno y agregó—: y depende también del tamaño de los clavitos.

Y sin alejarse demasiado volvió a llenarse la boca de tachuelas y reanudó su tarea en otra madera. El padre se estremeció ante el nuevo error, pero en ese momento Mario se había olvidado del asiento y observaba la fantasía con que el carpintero atrapaba las tachuelas de la boca y las hundía en la madera con un solo movimiento, dejando el martillo estático con la impresión de una corta y lejana campanada. El carpintero terminó con el mismo sortilegio la segunda tanda de tachuelas y tomó otra para llevársela a la boca. Antes de hacerlo le dirigió una mirada a Mario y parsimonioso y preciso como los de su oficio dejó las tachuelas hechas un montoncito sobre la madera y volvió a su lado. Tomó el asiento, lo encaramó a una mesa y con un repaso veloz de los ojos, sin tocarlo siquiera, dijo:

—Este arreglo necesita algo más que unos clavitos.

Mario guardó silencio. El padre, ya sin hacer cuenta de los errores, asomando los ojos con menos frecuencia al interior de la carpintería pues le bastaba con oír, supo que el carpintero

había acaparado el derecho a decidir el resto de las condiciones del trato. Pero la esperanza lo mantuvo atento. El carpintero extendió una mano sobre el asiento, sin presionarlo de ninguna manera, evitando que aparte de las puntas de los dedos algo más pudiera rozarlo, y dijo que era necesario desarmarlo y volverlo a armar. Mario hizo un gesto de asombro o de incredulidad ante la magnitud del trabajo. El carpintero echó hacia atrás el espaldar del asiento, que traqueteó como si por fin fuera a derrumbarse.

—Aquí no se sienta ni una mosca.

El padre ya ni se impacientó con el silencio de su hijo. El carpintero le indicó para que observara unos soportes que debían ser sustituidos, y un resorte destemplado y dijo que además las cuñas estaban podridas.

-Hay que reconstruir las piezas y asegurarlas con un pegante de buena marca —añadió—, y quizá entonces podamos poner unos clavitos.

El precio del asiento serían unos sesenta pesos, pero si Mario quería el asiento con su aspecto original había que lijarlo, lacarlo, bruñirlo, en total cien pesos. A Mario, sinceramente y sin acordarse de ninguna charla con su padre, se le salió una exclamación:

- ¿Tanto?

El carpintero lo miró, sin una sonrisa y sin un disgusto.

—Arreglar estos trastos que ya no sirven para nada es un trabajo muy engorroso —dijo, y por lo tanto le estaba cobrando un poco menos del precio justo para que a Mario no lo regañaran en la casa. El padre sintió deseos de interrumpir ese encuentro desigual. El carpintero tomó el puñado de tachuelas y aún con la boca libre miró a Mario.

—En verdad, el asiento no es ninguna joya para que merezca el arreglo —le dijo y le aconsejó llevárselo y con ese dinero comprar uno nuevo.

—No es exactamente eso lo que vamos a hacer —dijo el padre entrando en escena, y dijo que se llevarían el asiento ahora mismo, no lo dude, pero no para comprar uno nuevo sino para mandarlo a arreglar en otra carpintería. Tomó el asiento, lo sacudió para que el carpintero viera que no se desbarataba tan fácil y salió con su hijo a la calle. Se alejó y más adelante se le oyó murmurar:

-Esto vas a tener que aprenderlo tú solo en la vida.

La compra de un libro

La librería de viejo de don Julio, a partir de la puerta, incluida la pesada aldaba en forma de cabeza de león y los goznes embadurnados por manos inexpertas para cubrir la herrumbre, hasta el estante del fondo, y los anaqueles laterales repletos de libros y de revistas que se habían oscurecido con el mismo tono y se apretujaban con un solo olor para todos, e incluido el propietario trajeado con una blusa de dependiente extraída de alguno de los estantes, y el ancho escritorio de caoba que como los mostradores de la entrada desprendía por su antigua fortaleza una combinación de resina y de sudor, y los papeles y los periódicos que desde hacía veinte años aguardaban ser ordenados en sus rincones, constituía una vista más valiosa que cuanto se ponía en venta. Sin embargo, al repasar la sección de las obras de Ciencias Políticas, el abogado Vallejo divisó el canto de tafetán negro de una constitución inglesa del siglo XVI transcrita en su lengua de

origen. Aún ignoraba que había sido auspiciada por Isabel I, y nada por el momento, ni el título *English Constitution*, le hizo fijar más la atención ni inspiró el gesto presuroso de la mano. Luego leyó la fecha de edición en el año 1568, y encandilado pasó por alto lo improbable de la visión. Don Julio, detrás del escritorio en el que llevaba transcurrido el tiempo para que los libros que alguna vez vendió como novedades resultaran ahora atractivos en la biblioteca, había seguido desde su entrada los movimientos del posible y familiar comprador, observándolos por rutina pero con una mirada atenta que regresaba a las páginas que tenía enfrente. Cuando el abogado Vallejo vio la fecha, reaccionó de manera que don Julio sintió el efecto de sus vibraciones. El abogado Vallejo miró apenas la portada y la primera página roída y se dejó llevar por el nerviosismo y por la general apariencia de objeto antiguo, e inquirió el precio levantando la mano con el libro. Don Julio procedió conforme a su experiencia, en la que hacía mucho no descubría un gesto comparable, y desde su distancia y empezando a incorporarse mientras el abogado lo observaba, pretendió analizar el libro cuyo valor era de dos pesos. Pero no lo dijo, calculó que esa emoción valía cuatro veces más y sonrió con benevolencia compartiendo el extraordinario suceso acaecido a su cliente. Caminó hacia él con paso lento y casi arrastrando los pies.

—Ocho —dijo.

- ¿Ocho pesos, don Julio? —se le escapó el asombro al abogado Vallejo e iniciando un ademán para hojear el libro

agregó en un murmullo—: no puede ser.

—¿Y cuánto quiere que valga? —preguntó el otro hombre, cogió el libro de sus manos sin dejárselo hojear todavía y contempló la portada y la contraportada, y para ver si le sacaba al menos los cuatro pesos que consideraba normarles de acuerdo a la primera sacudida, le puso un punto más alto:

—En realidad vale nueve, pero ya se me salió decirle que ocho.

El abogado Vallejo creyó resolver su confusión al suponer que don Julio abreviaba la charla y que cuando decía ocho debía interpretarse como ochocientos o quizá ocho mil. Esta última duda le quedó al abogado, sobre todo por ser posible aunque resultara el valor de una casa, y mirando el libro, que el otro aún retenía, le pidió revelar el precio sin ahorrar ningún cero. Don Julio conservaba la esperanza de obtener los cuatro pesos, y haciendo creer que también él sabía deleitarse con el bello ejemplar de la constitución isabelina, lo contempló de nuevo, se lo devolvió al abogado Vallejo con alegría como si ya le perteneciera y le dijo:

—Está bien, usted es cliente de esta librería y no me va a dar sino siete pesos.

Sólo entonces el abogado Vallejo empezó a sospechar que el guarismo que le daba don Julio no tenía ningún cero, y ya con la certeza de su despiste se apresuró a hojear el libro. Don Julio no pudo interpretar el cambio del semblante del

abogado cuando llegó a la primera página ni el color de sus mejillas al pasar a las dos siguientes.

—Con razón el libro vale eso -exclamó el abogado. Don Julio pensó: “hubiera podido sacarle hasta veinte pesos”. El abogado Vallejo se apartó y dio una vuelta por el local mientras se recobraba, y empezó a sonreír y a reírse de las emociones que había manifestado. Comprobó que el libro apenas si valía dos pesos, y sin embargo oyó que don Julio le decía:

—¿Se da cuenta de que vale casi veinte?

—Claro, don Julio —se precipitó a decir el abogado Vallejo, preocupado más en su turbación que en la voltereta de don Julio. Cuando pensó en sus movimientos se volvió hacia él y lo vio con una interrogación en el rostro, y de pronto tan desconcertado como seguramente se mostró el abogado Vallejo hasta hacía un momento. Se veía además que empezaba a cansarse de negociar de pie. Los dos se miraron en silencio, cada uno a la espera de que el otro precipitara el final. El abogado Vallejo blandió el libro y dijo:

—Parece una edición original.

—Si fuera así costaría lo de tres casas —repuso don Julio.

—Yo le había calculado lo de una mansión —dijo el abogado Vallejo.

—Y dentro de cuatrocientos años costará lo de diez

—dijo don Julio y enseguida sonrió con un gesto más real—: pero por ahora no vale sino casi veinte.

El abogado Vallejo contempló al anciano darle la espalda, dirigirse al escritorio y descolgarse en la silla liberando al alma del esfuerzo de acarrear el cuerpo, y pensó: “voy a dejarle diez pesos”, y dijo:

—Pues sí, don Julio, entonces cuál es el último precio.

Don Julio hizo un intento por incorporarse que no llevó a su fin y lo único que logró fue acomodar mejor los brazos en la silla.

—Usted sabe que vale casi veinte —dijo y simuló posar los ojos en la lectura que tenía sobre el escritorio.

—Muy bien -dijo el abogado Vallejo y a estas palabras don Julio levantó con un movimiento brusco la cara. El abogado agregó—: Le voy a dar diez pesos por este y por este otro —y tomó de los anaqueles un compendio de viejas leyes.

Don Julio quedó azorado con su logro y escasamente pudo darle las gracias a su cliente y ponerse a las órdenes para cualquier otro servicio, y el abogado Vallejo salió de la librería pensando en lo que llevaba en las manos y olvidando los diez pesos. En cambio don Julio contempló el billete sin que nada más le perturbara la mente, se convenció de que era suyo y lo escondió en el bolsillo. Su primer razonamiento fue: “tengo asegurada la comida de media semana”, y después quiso

abstraerse de nuevo en la lectura. Al poco rato lo distrajo un sentimiento que lo hizo pensar: “pobre hombre, cómo se puso de rojo y de nervioso”. Y añadió: “seguramente está enfermo del estómago”.

El caballero de la gran avenida

Ciro Bernal transitaba con su taxi, tan viejo como él y más destartado, por la aglomeración del centro de la ciudad, al atardecer, aún con un poco de luz natural, cuando con su experiencia vislumbró adelante a un hombre asomándose a la calzada con una nerviosa actitud de espera. Le pareció que era un caballero por la manera en que colgaba el abrigo del brazo y el paraguas salía de la mano, o quizá quiso imaginárselo un gran caballero apremiado por el tiempo y al cual no le importaría tomar, a falta de otro, el pobre automóvil en ruinas de Ciro Bernal ni pagar una buena suma por el servicio. El hombre no tuvo más alternativa y le hizo una seña, y Ciro Bernal, mientras rodaba hacia él, creyó verle un gesto de protesta, o a lo mejor ese fuera el carácter habitual del hombre en la acera, pero de cualquier manera tuvo el deseo de dejarlo plantado en la calle esperando la carroza que según su gesto prefería. “No es un caballero”, pensó se detuvo a su lado y él mismo abrió, desde adentro, la puerta.

-Buenas tardes, caballero -le dijo antes de que entrara, sacando él el vigor que en apariencia le faltaba al automóvil. El hombre no dijo que tenía prisa. Lo demostró en la manera de contestar al saludo y de acomodarse en el asiento posterior.

—Por favor, lléveme hasta las urbanizaciones del

segundo puente de la autopista -agregó, y con el solo tono dio a entender que era verdad que tenía que ir rápido. Pero al mismo tiempo se mostró consciente de la molestia que ocasionaba. Ciro Bernal se alegró al comprobar que había acertado en la primera visión que tuvo de su cliente.

-Lo llevo adonde usted guste, caballero -le dijo y así volvió a revelar su satisfacción por la condición del hombre que lo acompañaba y por el largo trayecto que sería bien remunerado. Unos metros adelante, tal vez buscando disculparse de nuevo, el hombre dijo:

-A esta hora es difícil coger taxi.

-Son nada menos que las seis de la tarde -repuso Ciro Bernal valorando cada vez más la calidad de su pasajero y pensando que con la urgencia podía subirle cinco pesos a la tarifa final del servicio. Además, por el espejo retrovisor descubrió los rasgos de un hombre tolerante. Avanzaban despacio debido al tráfico del centro de la ciudad, de manera que aún no podía ser puesta a prueba la capacidad del automóvil. “Ánimo, mi carrito”, le decía con el pensamiento Ciro Bernal: “estamos viejos pero todavía no para sacar la mano”. Abandonaron el centro, continuaron por la carrera séptima y más adelante el tráfico se descongestionó. El pasajero, animado por el tiempo que ahorrarían en el próximo tramo, se puso en actitud de reposo. Ciro Bernal aceleró y el automóvil ganó impulso, más del que él, para no agotarle las

fuerzas, le imprimía a diario, pero menos del que precisaba el pasajero, que miró el reloj con un movimiento en el que Ciro Bernal reparó a través del espejo. A medida que el taxi avanzaba sonaban sus latas y piezas desajustadas dejando la impresión de que rodaban veloces. “No creo que tenga derecho a quejarse”, pensó Ciro Bernal. Y el pasajero: “ojalá que lleguemos”, y añadió resignado: “al menos eso, ya que no será a tiempo”. Seguramente Ciro Bernal recibió algunos reflejos de este sentimiento de incredulidad, porque cuando el tránsito volvió a ponerse pesado él ejecutó varias maniobras entre los demás vehículos para recuperar los minutos y justificar el viaje hasta el segundo puente de la autopista.

- ¡Si no se me atravesaran por delante! -exclamó y de un timonazo maestro evitó estrellarse contra un bus que lo obligó a reducir la marcha. Accionó la palanca de cambios, cogió nuevas fuerzas y con un ruido de latas, pero primero que los otros, salió del nudo que se había formado en el cruce de varias vías. El pasajero supo apreciar la habilidad, y aunque no era su costumbre aprobó que Ciro Bernal compensara el poco rendimiento en los tramos libres subiéndose a la acera y dejando así rezagados a otros vehículos. Sin embargo no albergaba el convencimiento de que llegaría a la hora, no sólo por las condiciones del automóvil, y dejó en claro que su inquietud se mantenía intacta.

—Esta ciudad es increíble -dijo.

Tampoco Ciro Bernal se convencía de que las circunstancias lo ayudarían a cumplir el servicio completo, y aunque la vía se despejó un poco, señaló afuera.

—Así nadie llega a ninguna parte -dijo, y descubrió por el espejo retrovisor que esta vez el rostro del pasajero no aceptaba la justificación. Más adelante le arrebató a otro automóvil el derecho de cruzar una esquina y un bus tuvo que frenar para no chocarlos de costado. Ciro Bernal no sintió consideración por el hombre que llevaba atrás y pensó: “vamos, que el caballero nos va a dar para un cafecito extra”. Ganó otros segundos al virar hacia la calle cien y tomar unos metros en contravía, y con algunas maniobras más, realizadas antes de encontrar la autopista, calculó que ya en ese momento estaba autorizado por su esfuerzo a aumentar la tarifa. “Aunque nos matemos, esto es lo único que nos queda a nosotros”, pensó Ciro Bernal resuelto a desquitarse de tantos desprecios y a equilibrar por un día las ganancias. Atajó camino atravesando un descampado de tierra y piedras y se arriesgó en un paso a nivel de un tren, y captó por el espejo el sobresalto del pasajero. Pero a éste no se le oyó ningún reproche y Ciro Bernal se lanzó con toda su maestría. Al tomar la autopista, al lado norte de la cual se extendían las urbanizaciones y al opuesto los campos verdes de la sabana, vio que el pasajero consultaba el reloj y por su gesto dedujo que empezaba a creer en la demostración de voluntad humana. Para ello Ciro Bernal había tenido que asustar a varios transeúntes

en las aceras, armar un escándalo con sus latas cuando desafiaba los huecos de la calzada y dejar atrás como si fuera una ficción el color rojo de los semáforos. Por la autopista el taxi avanzó entre el tránsito fluido y consiguió una velocidad uniforme, suficiente para suponer que el servicio resultaría completo. Eso parecía, según la expresión que Ciro Bernal observaba por el espejo retrovisor y por lo cual se dijo: “el caballero está contento, un poco asombrado pero si lo vieras, yo creo que lo logramos”, y como ya no se trataba de idear maniobras para salir de los nudos del tránsito, Ciro Bernal relajó los músculos y dominando el timón con una sola mano le mantuvo el acelerador apenas lo necesario a su compañero de trabajos. “Los viejos son otros”, pensó, le hizo una caricia y por el espejo corroboró en el rostro del caballero lo que habían sido capaces de hacer. Y ni siquiera pensó que le cobraría mucho por el esfuerzo y el riesgo, y quiso que compartieran entre ambos la satisfacción que tenía cada uno. Comentó, girando un poco el rostro para ver al pasajero directamente y no a través del espejo, que por esta época del año oscurecía quince minutos más tarde y podía ahorrar un poco de batería en el carro.

—No es que valga la pena -agregó— pero uno lo nota.

-Además, se pueden ver los campos de la sabana desde este asiento tan cómodo —repuso el pasajero. Ciro Bernal sonrió agradeciendo con este gesto la flor como si fuera para él.

Pero se la transmitió a quien debía: “ ¿si oyes lo que te dice el caballero? , es que todavía soplamos y no es mucho lo que tenemos que limosnear, ¿cierto?”, y lo palmeó como si fuera en la espalda.

La hora de las visitas

La sesión de clases del colegio fue interrumpida por un mensajero que llegó a cada salón en nombre de la oficina de la rectoría. El mensajero abrió resuelto las puertas y transmitió la orden: los alumnos debían coger sus útiles de estudio y reunirse en el patio de la primera planta. La irrupción sorpresiva, antes del fin de la jornada, causó un barullo con los profesores imponiendo disciplina. En el patio los cursos comenzaron a formarse por filas, de mayores a menores, y el rector del colegio esperó hasta percibir un silencio completo y vio aumentar la curiosidad en los rostros. Quizá había muerto algún familiar de los alumnos, pero el rector, con un semblante distinto al de aquellas ocasiones, aunque cruzado por una gravedad similar, los mandó abandonar el edificio en absoluto orden, y ahorrándose comentarios les puntualizó que sin pronunciar una sílaba se encaminaran directo a sus casas. Los alumnos aguardaron en vano algunas otras palabras y luego se elevó un rumor de las filas. El rector dio una palmada y gritó:

—¡En silencio he dicho! —y hubo unos segundos de inquietud antes de que en el patio se oyeran de nuevo los ruidos de otros lados. Sólo el revoloteo tranquilo de unos gorriones cuyo trino indiferente desafinaba con la ficticia calma de la calle. A una señal del rector los alumnos iniciaron el desfile,

ávidos por conocer la sorpresa, y afuera se movilizaron a lo largo de la acera mientras los profesores los apremiaban a alargar el paso. Frente a la puerta esperaban los padres de los alumnos menores que venían a recoger a sus hijos, conformes al consejo del rector del colegio. Otros acudieron porque ahí estaba su pensamiento. La señora Gloria se acercó a su Juan Diego y lo tomó de la mano, y en ese momento él no preguntó por qué venía a buscarlo ni por qué salían más temprano de clases. Frente al colegio, en el césped rodeado de sardineles entre las dos calzadas de la calle, vio un grupo de soldados. Los alumnos continuaban dispersándose y los padres se aproximaban a la puerta a recoger a los menores rezagados. La señora Gloria se alejó llevando a Juan Diego de la mano y él se dejó tironear mientras volvía la cabeza para observar las espaldas de los soldados en escuadra, inmóviles con los fusiles al hombro, cubriendo una distancia de varias manzanas y encabezados por un cañón que apuntaba hacia la iglesia de Santa Teresita. Al llegar a la casa la madre le prohibió salir a la calle y lo mandó a jugar al patio. Él siguió los pasos de la madre a la sala, donde otras mujeres y algunos hombres hacían rueda en plan de visita, se dejó saludar, acercándose a los más íntimos de la casa, y corrió a la cocina a mostrarle a la muchacha del servicio lo temprano que había regresado del colegio. La señora Gloria conservaba la inquietud en las manos y murmuró que este gobierno vivía sus últimas horas. El doctor Fonseca, en el mismo tono de voz, recordó que durante todos

los gobiernos habían matado estudiantes.

—Pero ahora es mucha la gente que se muestra descontenta -dijo ella.

—La gente, siempre la gente -protestó el doctor Fonseca—, y sin embargo no ha tumbado ningún gobierno.

Al regresar de la cocina Juan Diego oyó los susurros con que se comunicaban sus secretos. Llegó, fascinado todavía por la hora en que se encontraba en la casa, y su descontrol lo hizo pasar por medio, a fin de que le hicieran un nuevo recibimiento. La señora Gloria lo atrajo y lo sentó a su lado en la alfombra, sin que hubiera alcanzado a distraer a la visita. A veces subían el tono sin temerle a las consecuencias. Se aseguraba como un rumor confirmado que el ejército había disparado contra un grupo de estudiantes en la carrera séptima cuando una manifestación desfilaba en homenaje de protesta por la muerte de un compañero en los prados universitarios. Una señora se horrorizó, por lo cual intervino el señor Marcia para culpar a los estudiantes que andaban con sus gritos en el centro de la ciudad.

—¿Y los soldados? —preguntó el doctor Fonseca.

—En ninguna parte del mundo están para repartir dulces a la salida de los colegios -replicó el señor Marcia.

—Pero en otras no andan echando bala como si fueran dulces —dijo el doctor Fonseca.

—¿En cuál?

La señora Gloria no controlaba aún las manos. Salió de la sala y se dirigió a la cocina a ordenarle a la muchacha del servicio limpiar los ceniceros y llevar café a la visita, y en tanto ella fue al teléfono, se comunicó con su esposo y aliviando con un sollozo el mal rato le dijo:

—Ya tengo a Juan Dieguito en la casa.

El hombre la tranquilizó acerca de su seguridad personal, y con la voz a medias le informó que hubiera sido mejor cerrar las puertas del negocio, la calle era un desierto transitado por soldados que hacían temer un recrudecimiento del estado de sitio, se había impuesto el toque de queda y no se sabía cuántos estudiantes habían muerto pues el oficial dio la orden de improviso y ante el número creciente de manifestantes tenían vigiladas las iglesias y los estadios que eran aprovechados como refugios. Antes de regresar a la sala la mujer fue a ayudar a la muchacha en la cocina. Ella había vaciado los ceniceros y los limpiaba con un trapo húmedo mientras los primeros hervores de una olleta aromatizaban de café el aire, y sentado en un butaco de la pequeña mesa Juan Diego remojaba el pan en una taza de chocolate. La mujer se retiró y la muchacha llenó los pocillos ordenados en un charol, lo sostuvo con una mano y con la otra cogió los ceniceros. Juan Diego terminó la merienda y siguió a la muchacha a la sala. La atmósfera allí era una fragancia de café recién preparado y de

humo de cigarrillo impregnado en los visillos de las ventanas, y los concurrentes se hacían la visita sin descuidar las próximas noticias de la emisora de la radio, que en ese momento pasaba un programa musical. Cantaban: “ya no canta el gallo viejo como cantaba primero porque ha venido otro gallo a cantar al gallinero”. Unos toques en el portón de la calle los alertaron y todos permanecieron a la espera de que la muchacha del servicio trajera las noticias del nuevo visitante. Ella apareció en la sala y anunció que el niño Rigoberto venía a invitar al niño Juan Diego a jugar en la calle. Juan Diego se levantó, pero la madre le impidió salir a ninguna parte. Él imaginó que con una muestra de cariño obtendría como en otras ocasiones el permiso y que se trataba de ese juego entre él y su madre en el cual a ella le gustaba hacerse de rogar y luego abarcándolo con una sonrisa o haciéndole daño con un beso le decía:

-Anda mi niño primoroso -y él podría ir al encuentro de Rigoberto y de sus primos. Pero el corazón de la madre no se ablandó y ante un paso que dio él como si aún no se convenciera, lo miró fijo:

-No vas a ninguna parte.

Juan Diego no regresó al lado de la madre aunque permaneció en la sala.

—Algo debían estar haciendo —se oyó decir a la señora Berta como una afirmación que ya nadie se preocuparía en replicar, pero la señora Gloria, a pesar de haberse desocupado

apenas ahora de la atención dedicada a su hijo, la sacó del error:

—Así, de improviso, un oficial dio la orden.

—O algo tenían intenciones de hacer —arguyó entonces la señora Berta. El señor Marcia aprovechó la ocasión.

—No somos niños para pensar que los soldados son los malos —dijo.

—Al contrario —replicó la señora Gloria y agregó que eran los niños los que jugaban a los soldados como héroes. El programa musical de la emisora de radio finalizó con el punteo de una guitarra que sacaba las notas del bambuco Esperanza. El locutor informó la hora, cinco en punto de la tarde, y continuó notificando a los oyentes con una voz que no terminaba de afirmarse, a causa del duelo fúnebre de los recientes acontecimientos o porque debía fragmentarlos a saltos sin agregar nada nuevo, a no ser, lo cual era cierto, que la calma, a su modo, empezaba a llegar a las calles. Enseguida el locutor repitió un comunicado oficial firmado por el teniente general, Presidente de la República, quien lamentaba los sucesos registrados en el centro de la capital, ajenos a su intención, y condenaba los resultados. Eso ante todo, pero también entre las urgencias del país se solicitaba dar prueba de espíritu cívico y ayudar a recobrar el orden para desmilitarizar la ciudad. En todo caso, algunos en la sala acogieron la voluntad de la propuesta, mientras el doctor Fonseca tosió, dejando en los

demás la incertidumbre de si era por exigencia de su garganta. Y no pareció haber una intención maliciosa ya que se vio al doctor Fonseca ocupado de verdad en evitar que se le regara el pocillo de café a causa de la tos.

-La situación actual es más grave -dijo en cambio otro visitante que no se había dejado distraer. La señora Gloria recordó que nunca habían tenido un presidente militar, lo que dio lugar para que interviniera el señor Marcia:

—¿Entonces les gustaría que el fantasma se apoderara de país? —preguntó como si nadie en el mundo pudiera imaginarlo.

—Todavía no lo sabemos —repuso la señora Gloria con toda naturalidad. Este gesto ayudó a que el señor Marcia atenuara la sorpresa y dejara un silencio en el que algunos colaboraron. Pero luego encontró un pequeño desquite con algo que también creía obvio.

—Así, pues, hubieran preferido de presidente a alguien del estilo de Jorge Eliécer Gaitán -dijo—: pues a él le oí afirmar en un discurso en la plaza del pueblo de Montenegro que durante su mandato todos los partidos políticos tendrían fuero legal para cotejar por el poder.

El ardor de las palabras del señor Marcia sobrepasaba la audiencia que tenía en ese momento, tres personas en total, pues el doctor Fonseca intercambiaba fuego para encender los cigarrillos con otros dos hombres y los demás se acordaban de

distintos comentarios o daban fin a su pocillo de café. Al poco rato la charla general se dispersó hasta que la visita quedó haciéndose confidencias por parejas. El hombre que por ser el más cercano al señor Marcia lo escuchaba, pedía disculpas antes de responder pero le manifestaba su desacuerdo.

-Por lo menos eran honrados -dijo el hombre cuando el señor Marcia afirmó que el lema de los períodos anteriores era a sangre y fuego. De pronto la atención de todos volvió a coincidir, aparte de esperar las noticias del radio, en un mismo acontecimiento. Se escucharon unos toques en el portón de la calle y por la poca fuerza con que venían la señora Gloria dedujo de quién se trataba. No permitió que la muchacha del servicio abriera y fue ella misma y le dijo al niño Rigoberto que si quería jugar con Juan Diego tenían que encerrarse en el patio. Ellos dos quedaron un poco asustados y obedecieron en el acto pues la mujer dio la orden como si les hubiera tenido que prohibir mucho más de dos veces seguidas salir a la calle. Y quizá también para deshacerse del todo de los nervios ordenó traer más café y ella misma sirvió en la mesita de centro un plato de dulces, abrió los batientes de la ventana y despejó la humareda. Luego se sentó, y no entendió por qué el señor Marcia, con intenciones de que lo oyera siquiera más de una persona, dijo que la vida era una parábola. Otros dos hombres acomodados a su lado tampoco entendieron, pero como no participaban de ninguna visita en especial de las que se hacían en otros lados de la sala acerca de los recientes acontecimientos

y, si había lugar, de la vida de los vecinos, estuvieron de acuerdo en aceptar la invitación del señor Marcia.

—Yo lo he experimentado en mí mismo —dijo él y como si un mal recuerdo le entrecerrara los ojos se dirigió al hombre con quien había venido hablando-: por eso no me convencen sus períodos anteriores.

Porque el señor Marcia era propietario de un café por los lados de la estación del ferrocarril, cerca del barrio de San Victorino, donde al atardecer el ambiente se alegraba con el fluir de otras gentes. El establecimiento era amplio, dotado de mesas para tomar café durante el día y cerveza por la noche, con luces adecuadas para cada ocasión, un traganíquel cuya capacidad pasaba de cien discos, música variada que hacía bailar y llorar y con una sala en la cual cabían sin estorbarse nueve mesas de jugar billar y cinco de billarpul, es decir, un negocio de ganancias aceptables para que el señor Marcia y su socio vivieran bien. Los dos hombres se alternaban el rodaje del bar y durante una semana uno de ellos llevaba el turno desde el mediodía hasta la medianoche, el otro cubría el segundo turno y a la semana siguiente trocaban la jornada y el horario administrativo no se hacía monótono aunque las esposas opinaran lo contrario. El señor Marcia sonrió con desdén, para no dejar duda de lo que pensaba sobre otros periodos.

—En cierta ocasión —dijo— llegué al café y encontré a

mi socio ante una mesa, hablando con otros dos hombres.

En ese momento el señor Marcia no supo si eran amigos, pues según podía apreciar desde lejos parecían proponerle algo al socio pero éste lo rechazaba, a cada intento daba una nueva negativa y ya irritado lo denegó con un gesto brusco como golpeando las objeciones. El socio abandonó a los dos hombres y se acercó al mostrador a efectuar la entrega del turno, mientras el señor Marcia empezaba a sospechar.

—No porque me hubieran enterado de nada —les dijo a los visitantes que lo escuchaban—, sino por el desparpajo de los dos hombres sentados y por su sarcasmo al sonreír.

Los dos hombres, según el socio, pretendían que el café inscribiera un anuncio publicitario en el periódico del gobierno, cuyo precio ascendía a cinco pesos.

—Dizque sería provechoso para el negocio —le contó el socio al señor Marcia—, y el no acceder a ese anuncio podría ser catastrófico.

Los otros dos hombres, que habían permanecido en la mesa mirando divertidos desde allí a los socios, se incorporaron y salieron sin cancelar las consumiciones. El socio hizo ademán de ir en pos de ellos y cobrarles pero el señor Marcia, que contaba el cuento en la casa de la señora Gloria, se lo impidió. El socio agregó que además los dos hombres buscaban que el café obtuviera una póliza contra incendios.

-Y otra que lo proteja de escándalos -dijo el socio riendo de la que a él le parecía una propuesta ridícula— y de destrozos ocasionados por personas desconocidas.

El señor Marcia confirmó su pálpito y dejando en el aire las quejas del socio se precipitó a la puerta de salida en persecución de los dos hombres. Se situó en la calzada, entre el peligro de los vehículos, para dominar con la vista el largo espacio de la acera, y los divisó lejos, confusos en el tránsito de la muchedumbre, y llegó a su lado cuando se disponían entrar en otro local.

—Por favor, señores —dijo el señor Marcia. Él era copropietario del café ubicado a cien metros de distancia, del cual acababan de salir— ¿Me reconocen?

Les dijo que su socio lo había enterado del propósito de su visita.

—Qué casualidad, señores —simuló asombrarse el señor Marcia—, por estos días yo andaba buscando una compañía de seguros para comprar las pólizas ofrecidas por ustedes.

Debían disculpar al socio, ajeno hasta ahora a las intenciones del señor Marcia y poco enterado de lo beneficioso de inscribir el anuncio.

—Pero el acuerdo se firmará —dijo el señor Marcia—. ¿Podemos hablar tranquilamente?

Podían regresar al café, tomarse una cerveza y concertar amigablemente las condiciones del contrato. En ese momento la señora Gloria, sin desatender al señor Marcia, vio dos pequeñas sombras que pasaron más allá de la puerta de la sala. Fue un instante pero la señora Gloria alcanzó a reconocer a su hijo y al niño Rigoberto, y al rato vio aparecer los ojos del primero por el marco de la puerta. A pesar de la distancia, pero por su misma actitud, vislumbró la súplica que irradiaban, y supuso que los dos niños querían buscar otros juegos. Ellos, momentos antes, en el patio, habían hecho funcionar el tren eléctrico sin rieles que ayer, como nadie los obligaba, los había transportado en su maravilloso viaje, y cuya gracia consistía en enderezar por sí solo la marcha cuando lo detenía un obstáculo.

-Qué bobería -exclamó Rigoberto y Juan Diego estuvo de acuerdo. Ensayaron el rompecabezas de paisaje bucólico poblado de ovejas y gorriones inofensivos, y después las piezas para construir castillos de mentiras. Pero las sacaron del juego a puntapiés y Juan Diego, estimulado por la compañía de Rigoberto, se acercó a la sala en busca del permiso. No se hizo visible y mientras su compañero escuchaba a hurtadillas él asomó los ojos. Observó discreto, inmóvil y suplicante sin pasar inadvertido. La señora Gloria adivinó la petición que se le formulaba en silencio y sin esperar a que su hijo se le ocurriera pasarla a palabras lo sacó corriendo con una mirada que decía: ¿qué quieres, Juan Diego?, ¿qué quieres Juan Diego? ¡Qué quieres, Juan Diego! El señor Marcia se instaló

con los dos hombres en la oficina privada de su propiedad y no pidió cerveza porque, señores, los buenos negocios se hacen en torno al tibio buqué del whisky, sacó una botella de su escaparate particular, una garrafa de soda, ordenó un cubo de hielo y cerró la puerta con solo los tres adentro. Con whisky, pues, firmaron el contrato. El anuncio en el periódico recomendado por los dos hombres aparecería a partir del día siguiente y durante tres días sucesivos porque con un solo día surtía menos efecto. El señor Marcia estuvo de acuerdo, claro, señores, que apareciera tres días, aunque costara tres veces más. Le presentaron la póliza contra incendios y otra de incalculables garantías:

—Nadie armará escándalos en el café —aseguró uno de los hombres y agregó que nadie se marcharía sin cancelar las consumiciones ni destrozaría los muebles del establecimiento.

—Gracias, señores, permítanme les pago con un talón de banco -dijo el señor Marcia y preguntó—: ¿Todo junto?

Todo junto, el dinero iba a dar al mismo fondo. El señor Marcia dejó una pausa que en la casa de la señora Gloria fue confundida con el final, pero él se apoltronó del todo y contó que al día siguiente volvieron los dos hombres a la misma hora, se sentaron ante una mesa y pidieron un par de cervezas.

—Me acerqué a saludarlos y ellos me acogieron gentiles —dijo el señor Marcia—. Querían hablar a solas con mi socio y me pidieron el favor de comunicarle el deseo.

Tras unos instantes, el señor Marcia, desde su sitio en el mostrador, vio al socio aproximarse a los dos hombres y los vio a ellos desplazar con los pies los asientos libres, impidiéndole al otro elegir su manera de acomodarse. El socio puso los brazos en forma de jarra y los miró a los ojos, a ver qué se les ofrecía. Los dos hombres se echaron hacia atrás en sus sillas y empezaron a hablarle, con lentitud, y se notaba desde lejos que alargaban las frases y a nadie le permitían terciar. Provocadores y socarrones los dos hombres se miraban y murmuraban algunas palabras alusivas seguramente al socio porque lo señalaban con gestos atrevidos y se dirigían de nuevo a él, es de suponer que con inoficiosas repeticiones. Finalmente los dos hombres se fueron callando y quedaron a la espera de una respuesta. Ellos parecían tan ofendidos como el socio, pero también él sabía mirar tumbando los párpados sobre los ojos indiferentes como lo demostró en el silencio que le dejaron, e inició un ademán de retirada. Uno de los hombres lo retuvo llamándolo y enseñándole un arma. Entonces se oyó en el patio de la casa un gran alboroto, que obligó a la señora Gloria a abandonar su puesto en la sala y acudir asustada. Encontró a su hijo Juan Diego y a Rigoberto trenzados en una fuerte pelea, revolcándose en el suelo sobre un montón de cacharros. La guerra había empezado en el patio cuando ambos decidieron llevarla a juego, después de haber ensayado otras diversiones y de pensar en correr a la calle sin permiso. Juan Diego trajo los soldados de plomo, los tanques y los morteros de latón y los

aviones y los barcos de plástico, y con otros trebejos, trozos de madera o cajetillas de cartón, improvisaron un armamento y entre los dos se dividieron las piezas. Se situó cada uno en un extremo del patio y según su criterio dispuso en el suelo su ejército, cuyas filas se asemejaban en que los veinticinco soldados marchaban en la retaguardia protegidos por el armamento pesado. Los jugadores, sin pasar de una línea reglamentaria, lanzarían como proyectil una canica grande contra las tropas enemigas, rodándola por el suelo y alternándose en el disparo. En el primero de Juan Diego, sacado de atrás con la mano a ras de tierra y calculado para segar en diagonal las otras escuadras, la canica volcó un tanque y pese a perder impulso averió dos aviones y arrasó cinco soldados. El disparo del lado opuesto salió lleno de prisa en la cual se extravió el tino y además la canica fue elevada por una basura interpuesta en el campo de batalla y se desvió demasiado hacia la derecha rozando apenas un tanque y dejando ileso el resto de cacharros rivales. El segundo disparo de Juan Diego no sacó de juego sino a uno de los aviones antes averiados y a dos soldados descubiertos de sus trincheras. A su turno Rigoberto estuvo cerca de igualar los destrozos ocasionados por Juan Diego, quien perdió seis soldados y recibió el cañonazo en un barco. Luego cayeron, mientras crecían las voces de júbilo y de protesta que creaban el fragor de la batalla, dos tanques, un barco, un avión y cuatro soldados de Juan Diego. El proyectil cruzaba el patio, destruía con

estruendo los ejércitos y llegaba con fuerza a la pared descascarándola a cada golpe. Juan Diego, situado hasta ahora al lado izquierdo de sus piezas, cambió de posición para enfocar en sesgo los morteros, todos en pie pero expuestos sin defensa por el daño en las primeras filas del ala izquierda. Dos de ellos sufrieron el tino de su estrategia que de paso derribó tres soldados. Rigoberto impulsó la canica sin dejarse desalentar y efectuó el mejor ataque hasta el momento: dos morteros, un barco, un tanque y cuatro soldados. En otros pocos disparos el campo de batalla presentaba en ambos ejércitos la mayoría de sus filas dadas de baja. Juan Diego conservaba apenas la quinta parte de las suyas, y al otro lado fueron abatidos dos tanques más, tres barcos, los últimos tres aviones y nueve soldados. Entonces Rigoberto contempló su artillería deshecha y las reservas que no lo salvarían de la derrota, y a su turno de lanzar la canica pasó la línea reglamentaria. Juan Diego lo imitó y como a cada disparo los dos rivales avanzaban y efectuaban más de cerca la masacre, hubo un momento en que se encontraron en medio del patio y ninguno quiso ceder el paso. Las piezas volaban, ya no debido al proyectil sino a los puntapiés, y al caer cubrían todo el campo. Los dos muchachos empezaron a intercambiar empujones y luego forcejearon por derribarse apoyando bien los talones para aumentar la presión, pujaron de pie hasta agotar las fuerzas y perder el equilibrio, y en el suelo se trenzaron a cogotazos, se revolcaron por entre la lata y el

plomo de los trastos y destruyeron de veras los dos ejércitos. La señora Gloria llegó afanada y los separó tironeándolos del cuello de la camisa. Zarandéó un buen rato a Juan Diego, y le dijo al niño Rigoberto lo que se merecía, pero ella no era su mamá y lo mandó a que lo educaran en su casa.

—¿Por qué eres tan desconsiderado? —le dijo a Juan Diego, lo zarandéó de nuevo y lo dejó solo en el patio jugando a darles patadas a las ruinas de los trebejos. Pero cuando llegó a la sala ya el señor Marcia había contado que al ver a uno de los hombres retener a su socio con un arma, él abandonó su sitio en el mostrador y se aproximó a ellos. Los dos hombres continuaban sentados y el socio de pie. El señor Marcia llegó en el momento en que uno de los hombres decía que el socio era alto pero que caía.

—También los grandecitos se vienen abajo —agregó el hombre—, yo los he visto de mayor talla y me consta que caen como un sopapo.

-Por favor, señores —se alarmó el señor Marcia y les recordó que su socio estaba incluido en la póliza de seguros, nada de destrozos en el café. El del arma la guardó en el bolsillo sin soltarla de la mano y dijo que el señor Marcia era un caballero y por lo tanto los dos hombres lo respetaban. El señor Marcia les agradeció, y por el aprecio que él les retribuía, les rogaba, señores. Los dos hombres terminaron la bebida a sorbos cortos haciéndolos más largos ante el silencio de los

otros, y se levantaron negligentes como si no supieran qué decidir. Así dejaban las cosas en consideración al señor Marcia, una persona inteligente y decente, no como el socio, ignorante en materia de negocios. Los dos hombres se retiraron y al pasar por entre los otros empujaron al socio con el hombro, rozándolo apenas pero dejando saber que lo empujaban, y se encaminaron a la puerta dando la impresión de que aún eran capaces de devolverse, y por fin desaparecieron, y reaparecieron al mes y al otro y cada uno para cobrar las pólizas de seguros.

Índice

LOS SONIDOS DEL FUEGO (1968)

Los momentos del verano	9
Otra tarde en el pueblo	15
Esperando el amanecer	19
Un destino para Vidal	27
Los sonidos del fuego	33

OLOR DE LLUVIA (1974)

Cantor está de viaje	43
Hasta mañana por la noche	65
El entierro de Mico	73
Tigre	79
Un lugar para la hija	85
Olor de lluvia	91
El primo que cantaba	101

UNA LECCION DE LA VIDA (1984)

Un día Carlos Guillermo no volvió al colegio	109
--	-----

Una lección de la vida	117
La compra de un libro	121
El caballero de la gran avenida	125
La hora de las visitas	129
Libros publicados del autor	

Novela

Los parientes de Ester	1978
Compañeros de viaje	1991
La caída de los puntos cardinales	2000
Testamento de un hombre de negocios	2004

Relato

La carta del futuro	1993
El regreso de los ecos	1993
Un espejo después	1993

Las transformaciones urbanas en el tránsito hacia la modernidad son el eje en el que se mueven los cuentos reunidos en este volumen. Sin duda este es el tema que Luis Fayad ha sabido tratar de forma magistral a través de su obra, y que constituye una mirada plural al desarrollo del ser humano urbano movido por sus contradicciones. Bajo esta mirada estos tres libros de cuentos reunidos por primera vez en un solo volumen ofrecen al lector una mirada, una introspección a la diversidad de las aristas del alma humana que se configuran de manera solitaria en la segunda mitad del siglo veinte.

En *Los sonidos del fuego* (1968) Luis Fayad enmarca sus personajes en el escenario anterior al tránsito urbano. El pueblo es el universo de la acción, plagados de nostalgia y desesperanza los cuentos acá reunidos son la premonición de las circunstancias que encontrarán en su dolorosa travesía hacia la ciudad reflejado en *Olor a lluvia* (1974). Son estos inmigrantes rurales que a partir de la década de los años 50 del siglo XX, marginados por las dinámicas sociales y económicas, los personajes centrales de estos cuentos. Son sus sueños,

fracasos y conflictos personales a través de los cuales Fayad refleja el conflictivo tránsito a la modernidad y sus promesas no cumplidas.

En *Una lección de la vida* (1984) la nostalgia por el pasado es dejada atrás y son los conflictos de una clase media golpeada por recurrentes crisis económicas en la que se enmarcan los cuentos acá reunidos. El constante desengaño de sus personajes frente a su impotencia por sobrellevar los conflictos cotidianos revelan el estado social del país de finales de la década de los setenta y comienzos de los ochenta.